



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA
DE MÉXICO

FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES
ACATLÁN

LENGUAJE Y FICCIÓN. LA REPRESENTACIÓN DEL PASADO
A TRAVÉS DEL TEXTO HISTÓRICO

T E S I S A

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:

LICENCIADO EN HISTORIA

P R E S E N T A :

ENRIQUE PÉREZ MORALES

ASESOR: LIC. MANUEL ORDÓÑEZ AGUILAR

NOVIEMBRE, 2011



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Agradecimientos

El presente trabajo es producto del proyecto de investigación PAPIME PE-400109 “*El pensamiento historiográfico de la antigüedad al siglo XV. Nacimiento y desarrollo de las visiones del ‘yo’ frente al ‘otro’*”. Como tal, quiero agradecer a la Universidad Nacional Autónoma de México, mi *Alma Mater*, así como a la Dirección General de Asuntos del Personal Académico (DGAPA) por otorgarme la beca sin la cual la conclusión de este trabajo hubiera sido imposible. De la misma forma, quiero brindar mi más profundo agradecimiento y admiración al Lic. Manuel Ordóñez Aguilar no sólo por haber asesorado este trabajo, sino también por haberme permitido participar en el antedicho proyecto de investigación del cual, igualmente, se desprendieron mis dos primeras publicaciones profesionales. Profesor Manuel Ordóñez, con toda sinceridad, muchas gracias por todo.

Índice

Introducción	3
1. La filosofía del lenguaje en el siglo XX. El giro lingüístico: del estructuralismo al posestructuralismo	8
1.1 La dimensión cultural del lenguaje.....	8
1.2 La visión estructuralista.....	12
1.3 La visión posestructuralista	16
2. Lenguaje, ficción e historiografía	25
2.1. La filosofía narrativista de la historia	25
3. La ficción en el escrito histórico: “la poética de la historia”	32
3.1 Narración y representación histórica	32
3.2 Retórica y tropología en la representación histórica	35
3.3 Análisis tropológico-composicional de la obra histórica	40
3.3.1 La teoría tropológica de Hayden White.....	40
3.3.2 La poética de la historia en la obra <i>El queso y los gusanos. El cosmos, según un molinero del siglo XVI</i> de Carlo Ginzburg.....	54
4. El lenguaje en el escrito histórico: “la estructura lógica de la narrativa historiográfica”	69
4.1 El texto histórico: entre la declaración y la interpretación (narrativa)	70
4.2 Las sustancias narrativas	74
Conclusiones	81
Fuentes	86

Introducción

El presente trabajo es un análisis sobre el lenguaje histórico. Su objetivo general es conocer la estructura lingüística empleada por el historiador para dar cuenta del pasado y, a su vez, develar sus implicaciones en el proceso de representación a través del texto histórico. Intenta, entonces, ser una contribución al debate sobre la naturaleza del conocimiento histórico. Generalmente se piensa que el lenguaje (histórico) es un conducto transparente y neutro que, cuando se aplica para representar acontecimientos reales del pasado, nos da una visión clara y limpia de ellos. Esta visión “realista” del lenguaje es la que yace en el fondo cuando se afirma que el historiador difiere en esencia del novelista porque aquel, gracias a su lenguaje formal, prescinde de todo uso del lenguaje figurativo o metafórico característico de los escritos de ficción. Sin embargo, gracias a los estudios de la filosofía del lenguaje contemporánea y la filosofía narrativista de la historia, se ha demostrado que, de hecho, el historiador, de una manera muy importante, se vale de los mecanismos metafóricos y ficcionales propios del lenguaje figurativo para lograr su objetivo de representar el pasado.

Desde ese punto de vista, mi postura, que puede ser llamada “narrativista” o “posmoderna” si se prefiere, parte de las siguientes tres consideraciones fundamentales. 1) Entiendo por “historia” los diferentes modos que tienen colectividades dadas de concebir el tiempo y figurarse sus relaciones con el pasado. O, dicho en palabras más sencillas, la acción de dar al pasado un significado.¹ 2) Dichos modos de significar el pasado dan como resultado

¹ Françoise Perus (comp.), *La historia en la ficción y la ficción en la historia. Reflexiones en torno a la cultura y algunas nociones afines: historia, lenguaje y ficción*, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Sociales, 2009, p. 13. El término *historia* no tiene un significado preciso, por lo cual reviste de una gran ambigüedad. Como refiere Guillermo Zermeño, “se le utiliza de manera axiomática, como si su significado fuera evidente por sí mismo [...] La dificultad radica en que se procede deductivamente para designar una clase de objetos en los que la noción utilizada está implicada en la descripción de los mismos. Esto significa que [el término *historia*] es una creación conceptual para describirse a sí misma”, G. Zermeño, “Introducción. La historiografía entre la teoría y la investigación histórica” en Luis Gerardo Morales Moreno (comp.), *Historia de la historiografía contemporánea (de 1968 a nuestros días)*, México, Instituto Mora, 2005, pp. 86-87. Sin embargo, generalmente esta palabra se utiliza para referirse a dos cosas distintas: la *historia* entendida como las acciones y procesos humanos en el tiempo (*res gestae*); y la *historia* entendida como la disciplina que investiga y narra los sucesos pasados (*narratio rerum gestarum*). En el primer caso, la historia es equiparada con el pasado mismo dando lugar a una confusión de categorías. Es decir, tenemos que ser conscientes de que historia y pasado no son lo mismo (para superar esta confusión tenemos que tomar en cuenta que la historia siempre se hace desde el presente y, por tanto, viene de un lugar distinto de los hechos pasados). En el segundo caso la *historia* se refiere a la ciencia o disciplina académica que estudia el pasado, y a la narración escrita que esta crea como producto de su investigación. En esta forma de concepción, la historia es restringida al ámbito científico-académico. Es decir, se hace a un lado otras formas legítimas de *historizar* el pasado

muchas visiones diferentes, inclusive mutuamente excluyentes, sobre los acontecimientos y procesos hallados en el pasado *per se*. Este hecho indiscutible sugiere que la práctica histórica, antes de ser un producto científico, es un producto cultural y en sí mismo histórico que no puede reclamar un estatus independiente propio. 3) Como consecuencia de esto, considero al texto histórico ya no como un objeto transparente que nos permite ver el pasado tal cual, sino, parafraseando a Hayden White, una forma discursiva que supone e impone al pasado determinadas opciones ontológicas y epistemológicas con implicaciones ideológicas e incluso específicamente políticas. Así, la narración histórica, lejos de ser un medio neutro para la representación de acontecimientos y procesos históricos, es la materia misma de una concepción mítica de la realidad, un contenido conceptual o pseudoconceptual que, cuando se utiliza para representar acontecimientos reales, dota a éstos de una coherencia ilusoria (ficcional) y de tipos de significaciones más características del pensamiento figurativo o ficcional que del pensar formal o lógico.

Ahora bien, cuando hablo de ficciones en la historiografía por ningún motivo quiero decir que el pasado es imaginado en el sentido de que no haya ocurrido, sino que es un imaginario respecto de los significados que los historiadores le atribuimos. El sentido del término “ficción”, que tomo del filósofo francés Jacques Rancière y que es utilizado en el presente trabajo, requiere de una distinción con el término “falsedad”. Hacer ficción no es proponer engaños, sino proponer estructuras inteligibles. El arreglo ficcional es un arreglo entre signos/significados: es una modalidad de contar historias que consiste ante todo en dotar de sentido al mundo empírico de las acciones obscuras y los objetos cualquiera. El lenguaje figurativo o metafórico es en esencia ficcional no porque invente (en el sentido de engaño o fantasía) y trate de pasar como reales diferentes situaciones, acontecimientos o hechos, sino porque dota de significado o sentido a esas situaciones, acontecimientos o hechos reales.

De este modo, y teniendo en cuenta el objetivo general de este trabajo, la hipótesis que planteo es que el historiador, o cualquier otra persona cuyo objetivo es representar el pasado a través de un texto, no sólo lo describe y lo explica. También utiliza diversas estrategias retóricas, metafóricas o tropológicas, en otras palabras lingüísticas, para dar coherencia, veracidad e inteligibilidad a los hechos. Estas estrategias figurativas son las que permiten afirmar que el historiador crea ficciones pues otorga al pasado toda una estructura conceptual significativa que no pertenece propiamente al pasado en sí. Sin embargo, como intentaré demostrar, estas ficciones lingüísticas no son arbitrarias ni engaños premeditados: son parte importante del quehacer historiográfico y de la naturaleza del conocimiento histórico. Así, entonces, responderé las preguntas ¿cuáles son las implicaciones del lenguaje en el proceso de representación del pasado a través del texto histórico? ¿Cuál es ese contenido ficcional creado por el historiador y cómo identificarlo dentro del texto histórico? ¿Cómo crea este contenido? ¿En qué medida este contenido determina nuestras visiones y comprensiones del pasado? ¿Cuál es la relación entre el contenido ficcional y el pasado real?

(como las de las culturas, pasadas y presentes, sin un sistema alfabético de escritura, que se rigen por la memoria y la oralidad). Ejemplo de esto es el término *prehistoria* que refiere al tiempo anterior a la aparición de la escritura. De allí que muchos estudiosos estén en busca de un término de *historia* que englobe a todas las formas que el hombre ha utilizado para significar el pasado. Y es básicamente por esta razón que prefiero considerar dicho término como se mencionó en el texto.

¿Existe un nivel de referencia o correspondencia entre las ficciones lingüísticas y el pasado en sí mismo?

Para resolver a estas cuestiones, me valgo de las aportaciones teóricas de la filosofía del lenguaje estructuralista y posestructuralista de autores como Roland Barthes, Michel Foucault y Jacques Derrida. Pero, especialmente, retomo las ideas de la teoría tropológica de Hayden White y de la teoría de la lógica narrativa, en concreto el concepto de “sustancias narrativas”, de Frank Ankersmit. Estos dos últimos son los máximos representantes de la llamada “filosofía narrativista de la historia”. De esta forma procedo en dos niveles. Primero intento determinar las características específicas de la filosofía del lenguaje, su sentido y sus aportaciones para conocer de qué trata y cuál es su objeto de estudio. Después establezco su influencia específica en los estudios historiográficos, en concreto en la filosofía narrativista de la historia, determinando, igualmente, su crítica, su sentido y sus aportaciones. En un segundo nivel intento hacer una demostración práctica de toda la teoría esbozada. Aquí, el objetivo es hacer un análisis lingüístico, utilizando la teoría tropológica de White y la lógica narrativa de Ankersmit, de la conocida obra *El queso y los gusanos. El cosmos, según un molinero del siglo XVI* del historiador italiano Carlo Ginzburg.

¿Por qué escogí el texto de Ginzburg y no otro? En primer lugar, la filosofía narrativista de la historia, al concentrar sus esfuerzos en el lenguaje histórico, en principio puede ser aplicada a cualquier tipo de texto “científico” o de “ficción”. Debido a esto, en realidad, el único requisito indispensable para elegir un texto es que fuera una obra historiográfica del siglo XX o XXI, es decir, de la época de profesionalización de la historia. En textos historiográficos anteriores a la profesionalización de la práctica histórica, donde la objetividad, seriedad y una buena metodología y técnicas investigativas, en otras palabras, los ideales de cientificidad no eran esenciales, los elementos figurativos o de ficción son relativamente fáciles de ubicar. El reto se hace más difícil, pero al mismo tiempo más enriquecedor, cuando la teoría lingüística se aplica a una obra donde dichos ideales de cientificidad están presentes y juegan un papel determinante en el proceso de dar cuenta del pasado. En concreto, lo quise hacer al escoger una obra del siglo XX y XXI fue demostrar que, pese a esos ideales cientificistas, el elemento subjetivo, figurativo y de ficción siempre está presente. En segundo lugar, me decidí definitivamente por *El queso y los gusanos*, porque su autor, Ginzburg, ha sido uno de los más fervientes enemigos de la filosofía narrativista de la historia, en especial de los aportes teóricos de Hayden White.² Sin embargo, además de mostrar que pese a sus críticas Ginzburg no escapa del elemento figurativo, también quise demostrar que es gracias a ese elemento de ficción que su obra obtuvo su fuerza explicativa y genio representacional, lo que puede explicar su innegable aceptación y valor historiográfico actual.

Por otra parte, tengo que mencionar que el análisis de *El queso y los gusanos* que hago en este trabajo, difiere de un análisis historiográfico convencional. Mi objetivo no es conocer al autor y su contexto o época, sus técnicas y metodologías de investigación o sus aportes a

² La polémica entre Carlo Ginzburg y Hayden White es recogida por Justo Serna y Anaclet Pons en su obra *Cómo se escribe la Microhistoria. Ensayo sobre Carlo Ginzburg*, Madrid, Cátedra, Universitat de València, Frónesis, 2000.

la disciplina. Tampoco trataré de decidir si dichas metodologías y técnicas son las mejores o más correctas maneras de acercarse al pasado. Más bien, mi objetivo es develar la estructura lingüística profunda que, considero, sancionan sus consideraciones teóricas y determinan las técnicas y metodologías usadas. Esto requiere de una lectura distinta del texto a la manera convencional, como se verá en el desarrollo de este trabajo. En suma, mi método de análisis lingüístico es formalista; apunta a la identificación de las características exclusivas en la manera de representar el pasado. Todo esto, como ya mencioné, ayudándome de los lineamientos y teorías de Hayden White y Frank Ankersmit.

El desarrollo del trabajo se estructura en cuatro capítulos, cada uno dividido, a su vez, en ciertos subcapítulos para la mejor comprensión de la exposición. En el primer capítulo, se habla sobre el llamado “giro lingüístico”, así como de la visión estructuralista y posestructuralista del lenguaje. Se sostendrá que el giro lingüístico es, en esencia, la consideración del lenguaje como una expresión cultural más que la matriz lógica de todo conocimiento fidedigno del mundo. Como tal, se argumenta a favor de que la relación entre lenguaje y realidad es arbitraria porque las palabras y las cosas no están conectadas entre ellas por una necesidad lógica sino por una convención cultural. En este aspecto el lenguaje es una creación de sentidos o significados metafóricos pues busca explicar algo (la realidad) a través de otra cosa (las palabras). Así pues, se rechaza la visión de que el lenguaje es un vehículo neutro y transparente entre la realidad y el sujeto que trata de captarla.

En el segundo capítulo se expondrá que la introducción del giro lingüístico en los estudios historiográficos, tiene su expresión en la filosofía narrativista de la historia. El narrativismo tal cual es expresado por Hayden White y Frank Ankersmit, rechaza la idea de que el producto de la investigación histórica, el texto histórico, sea sólo un reflejo objetivo y científico de la realidad pasada, proponiendo a su vez, que es un aparato semiológico eficaz en la producción de significados. Así, como un *complejo de símbolos*, la obra historiográfica nos señala direcciones para encontrar un *icono* de la estructura de los acontecimientos reales que representa. Además de producir un conocimiento sobre ciertas circunstancias pasadas, nos dice en qué dirección pensar acerca de los acontecimientos que describe y carga nuestros pensamientos de ciertas valencias emocionales. Se argumentará que, en este sentido, la relación entre historiador y realidad está lingüísticamente mediada; por ese motivo cualquier problema sobre el conocimiento histórico y su naturaleza al nivel de la representación o interpretación, no pueden ser resueltas por la epistemología. Como se verá, uno de los objetivos de la filosofía narrativista de la historia es determinar la distinción entre el lenguaje del historiador y su objeto de estudio; es decir, entre pasado *per se* y las formas en que el historiador da cuenta de él.

En el tercer capítulo se abordará el tema particular del pensamiento de Hayden White. Se darán a conocer sus fundamentos principales sobre la materia y los aportes teóricos de su topología o “poética de la historia”, además de su influencia en los análisis historiográficos. En este mismo capítulo se hace el análisis lingüístico de la obra *El queso y los gusanos* donde intento de una forma demostrativa responder las preguntas planteadas en la hipótesis de este trabajo. En el cuarto capítulo se aborda el tema de la teoría de la lógica narrativa de Frank Ankersmit. Se concentra, en especial, en el concepto de “sustancias narrativas” y su importancia para la representación histórica a través del texto histórico. En estos dos últi-

mos capítulos se aboga por hacer una distinción entre hecho e interpretación, además de la necesidad de dividir el trabajo del historiador en un nivel de investigación y un nivel de escritura. La defensa de esta división y distinción, además de los hallazgos y respuestas que puede arrojar este trabajo, se desarrollan más sutilmente en las conclusiones.

A grandes rasgos, el presente trabajo intenta ser tanto un aporte al debate sobre la naturaleza del conocimiento histórico, como un aporte a la reflexión sobre el trabajo práctico del historiador. Tanto si es vista como una introducción a los autores aquí mencionados y al tema lingüístico y su importancia dentro de la historiografía, o como una invitación al relativismo y escepticismo histórico (el lector está en libertad de interpretarlo y usarlo como más le convenga), al final mi ánimo es inculcar en el lector un pensamiento reflexivo y crítico (autocrítico) sobre nuestra disciplina, además de dar una propuesta teórica y filosófica de cómo podemos relacionarnos con ella y con el pasado.

1. La filosofía del lenguaje en el siglo XX. El giro lingüístico: del estructuralismo al posestructuralismo

Todas las formas de comunicación son artificiales pues su funcionamiento se debe a una estructura y la estructura sólo puede funcionar en tanto y en cuanto vivamos dentro de una sociedad y no en estado "natural".

Roland Barthes

1.1 La dimensión cultural del lenguaje

Los filósofos de los siglos XVIII y XIX, es decir, los pensadores ilustrados y positivistas, veían en el lenguaje formal de las ciencias naturales la matriz lógica de todo conocimiento fidedigno del mundo. En su concepción, el lenguaje se pensaba como un vehículo neutro y transparente entre la realidad y el sujeto que intentaba captarla. En otras palabras, la reducción silogística (en el empirismo lógico con el esquema de explicación nomológico-deductivo) de los problemas hallados en la realidad, permitiría al sujeto aprehender dicha realidad de forma objetiva e inequívoca. La suposición detrás de esta visión, es que el lenguaje (formal) es la condición principal de la posibilidad de todo conocimiento y pensamiento significativo.³ Más aún, el lenguaje formal era la *única* posibilidad de una comprensión “realista” del mundo. Así, se pensó que la dimensión retórica y figurativa del lenguaje (metafórica) —que se conocía y aceptaba— no era la apropiada para generar conocimiento, relegando su actuación a la literatura y las artes, formas ficticias y menos logradas de hablar sobre la realidad.

Sin embargo, a finales del siglo XIX y principios del siglo XX, tres estudiosos del lenguaje Friedrich Nietzsche (1844-1900), Ferdinand de Saussure (1857-1913) y Ludwig Wittgenstein (1889-1951) voltearían a ver al lenguaje ya no como un cálculo lógico, sino como una práctica cultural. Las dimensiones formales y retóricas del lenguaje se concibieron como dos aspectos o construcciones sociales que representaban maneras simplemente *diferentes*, y hasta cierto punto relacionadas entre sí, (sin una supuesta superioridad de una a la otra) de

³ Estos ideales cognoscitivos cientificistas tiene su inspiración fundamental en el trascendentalismo kantiano: el yo trascendental transforma la realidad de nómenos (“la cosa en sí”) en una realidad de fenómenos (en este caso el lenguaje formal) que se adaptó a sí misma en la estructura del yo trascendental. Así, el yo trascendental se “apropia” de la realidad. Véase, F.R. Ankersmit, “Introducción. Trascendentalismo y el ascenso y caída de la metáfora” en, Ankersmit, *Historia y tropología. Ascenso y caída de la metáfora*, Fondo de Cultura Económica, México, 2004.

ver y entender el mundo. Más aún, con Nietzsche, quedaron de relieve las bases metafóricas-tropológicas del propio discurso formal o lógico. Este nuevo enfoque o giro cultural del lenguaje, mejor conocido como “giro lingüístico”, permitió el desarrollo posterior de las dos teorías del lenguaje prominentes en el siglo XX: el estructuralismo y el posestructuralismo.

La inquietud intelectual de Nietzsche por el arte, la ciencia, la filosofía y la historia, lo llevaron a análisis más profundos sobre la moral, el hombre y la cultura. El método utilizado por él, la genealogía, intentaba mostrar de qué manera el sistema de creencias, valores y pensamiento occidental, que se basaba en ideologías metafísicas y que suponía un orden natural y fundamental (esencialista) discernible en la realidad sociohistórica, no era más que una construcción lingüística y cultural. Las verdades en que hasta ese momento la tradición cultural de occidente estimaba como indubitables y trascendentales, resultaron para Nietzsche contingentes y relativas. En el ámbito del lenguaje, la genealogía nietzscheana era una especie de semiótica en donde se percibía el movimiento, las vicisitudes, los cambios y las modificaciones de códigos lingüísticos e ideologías. A su vez, se observaba cómo éstos se transformaban en nuevos códigos, en nuevas formas de expresión, en nuevos campos semánticos.

Estos cambios semánticos en los códigos lingüísticos se dan porque el lenguaje se forma en una sociedad concreta, en un contexto concreto y sometido a las variantes que acontecen dentro de esa misma comunidad. Nietzsche observó que los supuestos significados *hallados* en la realidad, eran realmente *construcciones* sociales y, por tanto, manifestaciones culturales producto de una visión particular de dicha realidad. El lenguaje por sí sólo no expresa de manera transparente la esencia de las cosas (de hecho, dicha esencia no se encuentra en la realidad misma, sino que le es impuesta). Lo más que puede lograr es transmitir la sensación que se tiene de las cosas, es decir, lo más que puede hacer es transponer una palabra a una cosa. Así, para Nietzsche el lenguaje no es de naturaleza formal o lógica, sino retórica o figurativa. Al limitarse el lenguaje a transponer una palabra a una cosa, lo que hacemos es trabajar dentro de una metáfora: se nos indica que entendamos una cosa (la realidad) en términos de otra (las palabras).

El lenguaje, para Nietzsche, funge como una especie de puente entre la realidad y el sujeto que trata de captarla —entre la extrañeza de la realidad y nuestra “domesticación” conceptual de ella. Para expresar nuestra experiencia con la realidad y dotarla de sentido y significado, (hacer conocido lo extraño) tenemos que valernos de figuras retóricas, de tropos: metáfora sinécdoque, metonimia, ironía, etc. Incluso el lenguaje formal, que pretende alcanzar un entendimiento fuera de toda aprehensión figurativa, no escapa de esta. El pensamiento lógico categoriza, objetiva y generaliza, porque deduce de una observación la supuesta esencia de las cosas. Y eso no es más que el resultado de un proceso de simplificación que totaliza una parte en el todo y opera, por eso, como una sinécdoque.⁴ Igualmente

⁴ F. Nietzsche, *Escritos sobre retórica*, (ed. y trad. Luis Enrique de Santiago Gervós), Madrid, Trotta, 2000, p. 32.

sucede con los procesos abstractivos que propone la lógica en el cambio de lo individual a lo general, pues también las abstracciones de este tipo son metonímicas.⁵

Como diría Luis Enrique Gervós, la tesis de la estructura figurativa del lenguaje permitió fácilmente a Nietzsche develar las raíces metafóricas del lenguaje y, al mismo tiempo, dismantelar mediante el análisis genealógico de los conceptos, ideas y pensamientos occidentales, las ilusiones epistemológicas de la metafísica. Los aportes de Nietzsche llevarán a Hayden White al análisis tropológico y figurativo del lenguaje dentro de la historiografía, cosa que veremos en el siguiente capítulo.

La ciencia, entonces, nacen como un sistema figurativo cuyo lenguaje formal es una metáfora. Asignar nombres, medidas y dimensiones a las cosas no es descubrir su esencia y verdad intrínseca, es más bien, construir y crear conceptos y categorías para dotarlas de cierto sentido. Esas categorías y conceptos no pertenecen a las cosas mismas, son producto del sistema de valores creencias y pensamiento de una cultura. Como diría el propio Nietzsche:

[...] la Naturaleza no sabe de formas ni de conceptos, ni tampoco, por consiguiente, de especies, sino tan sólo de una "X" inaccesible e indefinible para el hombre. Pues también nuestra oposición entre individuo y especie es de carácter antropomórfico y no se deriva de la esencia de las cosas, aun cuando no nos atrevemos a afirmar que no le corresponde; pues se trataría de una afirmación dogmática y, como tal, tan indemostrable como la afirmación contraria.

¿Qué es, pues, verdad? Respuesta: una multitud movable de metáforas, metonimias y antropomorfismos, en una palabra una suma de relaciones humanas poética y retóricamente potenciadas, transferidas y adornadas que tras prolongado uso se le antojan fijas, canónicas y obligatorias a un pueblo. Las verdades son ilusiones que se han olvidado que lo son, metáforas gastadas cuya virtud sensible se ha deteriorado, monedas que de tan manoseadas han perdido su efigie y ya no sirven como monedas, sino como metal.⁶

Por su parte, Ludwig Wittgenstein, en su obra *Investigaciones filosóficas*, rechaza la idea de que el lenguaje guarde una relación intrínseca con los objetos que refieren. Esto es, que entre las palabras y las cosas exista una correspondencia en razón de una naturaleza común. En su lugar, Wittgenstein declara que "el significado de una palabra es su uso en el lenguaje". Preguntar por su significado es equivalente a preguntar cómo se usa dentro un grupo social. Debido a que existen una gran variedad de formas de referir una cosa con un nombre, el uso correcto de las palabras estará determinado por el grupo social y contexto al cual pertenezca. Para Wittgenstein, este contexto recibe el nombre de *juego de lenguaje*. Participar en un juego requiere que todos los jugadores acepten las reglas, y lo mismo sucede con los hablantes de un idioma.⁷

⁵ *Ibidem*.

⁶ F. Nietzsche, *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, Obras Completas, vol. 1, Ediciones Prestigio, Buenos Aires, 1970, p. 548.

⁷ F.R. Ankersmit, *op. cit.*, p. 12. La defensa del carácter convencional del lenguaje recuerda las posturas de Protágoras, con su teoría del *homo mensura* (hombre medida) y los sofistas del siglo V a.n.e. en la Grecia clásica. En el diálogo *Cratilo*, Platón en boca de Sócrates afirma que el lenguaje, formado por signos convencionales, es mejor tanto más afinidad tenga con las cosas que representa, y que por eso existen nombres bien o mal puestos. Así, afirma Cratilo, cada cosa tiene un nombre, existiendo entre ambos una correspondencia en

El lenguaje, entonces, emerge de lo que él llamó “formas de vida”. Lo que hacemos, lo que sentimos, lo que vivimos, es lo que da significado a nuestras palabras. Una palabra aun teniendo el mismo referente no significará lo mismo para tal o cual grupo social. Por ejemplo, la palabra “agua”, aunque hace referencia a la sustancia líquida en sus respectivos idiomas, no tendrá el mismo significado para un grupo que vive en el desierto del Sahara que para uno que vive en la selva amazónica. La escasez del líquido vital para la primera, y la abundancia de dicha sustancia para la segunda afectarán sus formas de vida y, por ende, sus respectivos significados de la palabra “agua”. Es el énfasis en presentar atención a la dimensión cultural contra el cual se vuelve inteligible el lenguaje, que Wittgenstein comentaría que “si un león pudiera hablar, no entenderíamos lo que diría”. No entendemos el lenguaje de un león, porque no sabemos cómo ve, cómo imagina y cómo es su mundo: “los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo” afirmaría Wittgenstein.

Así, para este filósofo, no existe una sola manera de hablar sobre el mundo, de formas de vida o de hacer cosas con las palabras. La ciencia y la filosofía (y la historia igualmente) son también juegos de lenguajes que están determinadas por formas de vida específicas y por eso no pueden reclamar un estatus independiente propio. Aprendemos a usar las palabras porque pertenecemos a una cultura, a una manera práctica de hacer las cosas, por tanto, el lenguaje es una herramienta para dar sentido a nuestra realidad y no para descubrir el sentido de la realidad.

Intencionalmente he dejado al último a Ferdinand Saussure ya que sus ideas sobre el lenguaje dieron origen a las teorías estructuralistas. En su obra póstuma *Curso de lingüística general* (1916), quedan sentadas las bases de una concepción hasta ese momento novedosa sobre el lenguaje. Su afán era hacer del estudio del lenguaje una ciencia rigurosa, con un objeto de estudio bien definido así como establecer la naturaleza de dicho objeto. A diferencia de las concepciones posteriores a él de la gramática, la filología y la gramática comparada⁸, Saussure contrasta la diferencia entre *lenguaje (langue)*, por un lado, y *habla (parole)*, por el otro. La primera refiere al sistema de signos o sistema semiótico del lenguaje, y la segunda refiere a la manifestación de ese sistema en el acto mismo de comunicación.⁹

Para este lingüista suizo, el lenguaje precede al habla ya que sin la generalización del sistema lingüístico no se puede llevar a cabo la *parole*. Por lo tanto, la *langue* es identificada como una actividad social, cultural, general y objetiva (externa al sujeto y por ende imposible de modificarla); y la *parole* como una actividad puramente individual y subjetiva. Lo que de aquí desprende Saussure, es que el objeto de estudio de la lingüística debe ser lenguaje y no el habla ya que en aquella no existe la variedad como en ésta que, por eso mismo, se hace inestudiable. Igualmente, y como consecuencia con lo anterior, Saussure

razón de una naturaleza común. Pero Hermógenes, que representa la postura sofista, dice que: “la naturaleza no asigna nombre a ningún objeto. Lo hacen el uso y la costumbre entre los que tienen el hábito de poner nombres [...] Yo llamo a cada objeto con un nombre establecido por mí, tú con el escogido por tí”. Véase, José Barrio Gutiérrez (trad., introducción y notas), *Protágoras. Fragmentos y testimonios*, tercera edición, Argentina, Aguilar, 1977.

⁸ Véase su crítica a aquellas posturas en el capítulo I, “Ojeada a la historia de la lingüística” en *Curso de lingüística general*, (traducción, prólogo y notas de Amado Alonso), Buenos Aires, 24ª edición, Losada, 1945.

⁹ *Ibid.*, p. 41-43.

propondría el estudio del lenguaje desde una metodología sincrónica, es decir, estudiado como sistema en un momento determinado dentro del tiempo, no diacrónicamente en su desarrollo histórico.¹⁰

Así, Saussure concibe el lenguaje como un sistema semiótico cerrado de relaciones estructurales entre sus componentes, y cuyo resultado es la formación de signos lingüísticos. Ver al lenguaje como un sistema estructural implica definirlo como un proceso psíquico y no físico o material (como en su caso lo es el habla al intervenir en su proceso la fonación o sonido y la audición). Para Saussure lo que el signo lingüístico une es un concepto con una imagen acústica. La imagen acústica, dice el lingüista suizo, no es el sonido material sino la huella psíquica del concepto, la representación que de él nos da el testimonio de nuestros sentidos.¹¹ Saussure propone los nombres de los dos componentes estructurales de los signos lingüísticos: el *significado* (el concepto) y el *significante* (la imagen acústica o su equivalente gráfico).

Estas cuatro marcas negras, *g-a-t-o*, son el significante que evoca al significado “gato” en la mente del individuo. Sin embargo, para Saussure (y como ya vimos igual para Wittgenstein) las relaciones entre el significado y el significante son arbitrarias: no existe una correspondencia intrínseca en razón de una naturaleza común. No hay razón por la cual aquellas cuatro marcas signifiquen “gato”. Más bien, el significado del significante se da por una convención social, por una práctica cultural. En cualquier lugar el significado “gato” puede tener significantes diferentes: *chat* en francés, *cat* en inglés, *katze* en alemán, etc. Igualmente, como afirma Terry Eagleton, la relación entre todo el signo lingüístico y el referente (ese animal real de cuatro patas) es también arbitraria. Al referente real podemos darle sin problemas otro signo lingüístico ya que aquí tampoco existe relación intrínseca. Cada signo dentro del sistema tiene significado sólo por virtud de que se diferencia de otros. “Gato” no está por sí mismo dotado de significado, sino porque no es “pato” o “rato” o “dato”. No importa cómo se modifique el significante (*chat*, *cat*, *katze*, etc.) ni tampoco que se pronuncie con diferentes acentos a condición de que subsista esa diferencia.¹²

La conclusión a la que llega Saussure es que en el sistema lingüístico sólo existen diferencias y que, por lo mismo, el sistema lingüístico se crea con base en diferencias. El significado no se halla inmanente en un signo; el lenguaje no halla ese significado o esencia de las cosas sino, por el contrario, la construye por medio de una convención cultural.

1.2 La visión estructuralista

El estructuralismo nace como un intento por aplicar las teorías saussureanas de la lingüística a objetos y actividades diferentes del lenguaje propiamente dicho. Así, se intentó estudiar el mito, el matrimonio, la familia, el arte, la literatura, etc., como actividades culturales y, sobre todo, como sistemas de signos. Un análisis estructuralista procura aislar el conjunto de leyes o reglas subyacentes por los cuales esos signos se combinan y forman significados.

¹⁰ Terry Eagleton, *Una introducción a la teoría literaria*, (trad. José Esteban Calderón), México, Fondo Cultura Económica, 1998, p. 120.

¹¹ Saussure, *op. cit.*, p. 91-92.

¹² Eagleton, *op. cit.*, p. 120.

Su tarea principal se concentra menos en lo que de hecho “dicen” los signos, y más en las relaciones internas que mantienen entre sí (las estructuras son, de hecho, esas leyes generales que se piensa regulan los fenómenos sociales).¹³

Para el estructuralismo la noción fundamental no es el sujeto sino el comportamiento humano colectivo, sus relaciones como un todo. Los hombres individuales, como las piezas de ajedrez, no tienen significado y no existen fuera de las relaciones que los constituyen y especifican su conducta. El sujeto, un ser inmerso en estructuras psicológicas, económicas y sociales pierde su sentido como “yo”, “conciencia” o “espíritu” (de allí precisamente la denominación de *sujeto* que refiere a un ser “subyugado” o “dominado” por estructuras cualitativamente mayores a él). Su metodología es sincrónica y por eso muchos críticos tienden a verlo como ahistórica.

Dos áreas de estudio principales dominaron la escena intelectual del estructuralismo en las décadas de 1940 a 1960: la antropología —con el francés Claude Lévi-Strauss (1908-2009) como máximo representante— y la literatura —donde destacan el ruso Roman Jakobson (1896-1982) y el francés Roland Barthes (1915-1980) entre otros. Antes de seguir adelante me gustaría aclarar que, para los fines que persigo con este trabajo, me concentraré solamente en los aportes de la teoría y crítica literaria estructuralista, dejando por el momento los no menos importantes estudios de la antropología estructural.¹⁴

El estructuralismo literario propiamente dicho, se enriquece gracias a la crítica literaria de los teóricos formalistas rusos (1915-1930 aproximadamente), que posteriormente serían conocidos como el Círculo Lingüístico de Praga. Los formalistas rusos, aunque consideraron “estructuralmente” al texto literario, su enfoque esencialmente se centró en el estudio de su forma y no tanto de su contenido. Desplazaron la atención del referente para examinar los signos y significados que a éste se le atribuían como tal. Debido a este enfoque, Roman Jakobson prestó especial interés en el funcionamiento poético del lenguaje. Para él, este tipo de lenguaje “fomenta la palpabilidad de los signos” ya que no sólo se concentra en comunicar significado, sino que lo hace de una manera tal que la atención se centra en la forma de hacerlo. En lo “poético”, el signo queda disociado de su objeto: se perturba la relación usual entre signo y referente lo cual le da al signo una cierta independencia como objeto de valor en sí mismo. Así, los signos en el lenguaje poético serían estudiados por propio derecho y no como un reflejo de una realidad externa.¹⁵

Para Jakobson cualquier tipo de comunicación encierra seis elementos: quien la dirige, quien la recibe, el mensaje entre uno y otro, una clave o código gracias al cual el mensaje se

¹³ *Ibid.*, p. 121.

¹⁴ Para una referencia más amplia sobre las implicaciones y aportaciones del estructuralismo antropológico véase el clásico libro de Claude Lévi-Strauss, *Antropología estructural*, Buenos Aires, Eudeba, 1977. Como referente secundario véase Wiseman Boris, *Lévi-Strauss para principiantes*, Buenos Aires, Errepar, 1998. Jaques Derrida hace un buen análisis sobre las ideas de Lévi-Strauss en su ponencia “La estructura, el signo y el juego en el discurso de las ciencias humanas”, que se puede consultar en su misma obra *La escritura y la diferencia*, España, Anthropos, 1989. Dicha ponencia, presentada en la Universidad Johns Hopkins de Baltimore, EU. en 1966, se considera el texto que rompe con el estructuralismo y anuncia la llegada del posestructuralismo.

¹⁵ Eagleton, *op. cit.*, p. 122 y 123.

hace inteligible, un medio físico de comunicación y un “contexto” en el cual se inserta el mensaje y/o se refiere dicho mensaje. En el acto comunicativo cualquiera de estos seis elementos puede predominar. Así, la comunicación tendrá una función “emotiva” cuando se centra en quien la dirige; tendrá una función “conativa” si se centra en el destinatario; una función “metalingüística” si se orienta al código o clave; una función “referencial” cuando se refiere al contexto; y una función “fáctica” cuando la comunicación es orientada hacia el contacto o medio propiamente dicho. Sin embargo, la función “poética” predomina en el acto comunicativo cuando éste se enfoca en el mensaje, cuando las palabras mismas “ocupan lo esencial de nuestra atención”, más que lo que se dice, por qué se dice, por quién se dice, para qué se dice y en qué circunstancias se dice.¹⁶

En el uso figurativo o retórico del lenguaje es en donde se puede apreciar mejor la función poética del acto comunicativo. En la metáfora un signo *substituye* a otro porque de alguna forma se les atribuye una relación de semejanza: “rosa” con “belleza”. En la metonimia un signo se *asocia* con otro: “mil brazos” con “mil hombres” como parte de este último. Podemos hacer metáforas porque dotamos de equivalencias a una serie de signos (sobra decir que dichas equivalencias son arbitrarias y, por ende, construcciones culturales): “rosa”, “amor”, “pasión”, “llama”, etc. Igualmente, podemos hacer metonimias y sinédoques porque de los fenómenos hacemos abstracciones (de lo individual a lo general) y/o generalizaciones (totalizar una parte en el todo), características ambas de la literatura realista y del discurso científico. Por eso Jakobson afirmó que “la función poética proyecta el principio de equivalencias [semejanzas y diferencias] desde el eje de la selección [de las palabras] hasta el eje de la combinación [para formar oraciones]”.¹⁷

La noción de Saussure de la arbitrariedad entre signo y referente, entre la palabra y la cosa, ayudó a los estructuralistas literarios a separar el texto del medio que lo rodea y hacerlo autónomo del objeto que representa. Sin embargo, esto no quería decir que la obra literaria no tuviera una relación con el mundo o fuera un ente independiente de la realidad. Más bien, lo que ellos proponían era que el lenguaje (poético, retórico) utilizado en el texto literario para representar al mundo ayudaba a reorganizar el sistema de signos y significados, renovando, con ello, nuestras percepciones de la realidad. El semiólogo ruso Yuri Lotman afirmaría que siempre que estamos frente a un hecho del lenguaje nos estamos remitiendo al plano de la significación, que en la obra literaria sería el contenido organizado como una construcción. Para él, el valor semántico de una obra se devela en la relación entre la forma y el contenido.¹⁸

El estructuralismo revolucionó igualmente el estudio de la narrativa; siguiendo esta línea de investigación, creó una nueva ciencia literaria: la narratología. La narratología, siguiendo el mismo método utilizado con anterioridad en la poesía y en el mito, buscaba identificar y analizar los elementos constituyentes que formaban las narrativas y los modos en que esos elementos se combinan. Así, procuró elaborar algo como una gramática de la narrativa,

¹⁶ *Ibid*, p. 122.

¹⁷ Phillippe Lacoue-Labarthe y Jean-Luc Nancy (comp.), *Les fins de l'homme* (París, 1981), pp.526-529, citado en *Ibid*, p. 123.

¹⁸ Véase, Yuri Lotman, “Sobre la delimitación lingüística y literaria de la noción de estructura”, en *Estructuralismo y Literatura*. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1964.

aislando diferentes niveles estructurales, tales como la trama y la narración, e identificando estructuras de tramas básicas y variantes de ellas, así como los diferentes modos posibles de presentar los acontecimientos. Roland Barthes propuso varios niveles semióticos con los cuales se forma una obra literaria: la frase (un enunciado, oración o acontecimiento singular), el relato (sucesión de frases o acontecimientos), la narrativa (estructura argumental o modo de presentación de la sucesión de frases o acontecimientos), y el discurso (mensaje o significado de la obra). Barthes señala que: “comprender un relato [una obra literaria] no es sólo seguir el desentrañarse de la historia, es también reconocer *estadios*, proyectar los encadenamientos horizontales del *hilo* narrativo sobre un eje implícitamente vertical; leer un relato, no es sólo pasar de una palabra a otra, es también pasar de un nivel a otro”.¹⁹

Ahora bien, para hacer posible un análisis estructural de los diferentes niveles de la obra literaria, los estructuralistas ocuparon una distinción básica que los formalistas rusos llamaban *fábula* y *sujet*, esto es, la distinción entre una sucesión de acontecimientos y la presentación narrativa de dichos acontecimientos.²⁰ En historiografía, esta distinción se realiza entre los acontecimientos del pasado y la visión que de ellos nos dan los historiadores — cosa que veremos más adelante. Tzvetan Todorov afirmaría que la obra literaria es al mismo tiempo una historia y un discurso. Es historia en el sentido de que evoca una cierta realidad, acontecimientos que habrían sucedido, personajes de la vida real, lugares y contextos verídicos, etc. Es discurso porque existe un narrador que relata la historia y frente a él un lector que la recibe. A este nivel, dice Todorov, no son los acontecimientos referidos los que cuentan, sino el modo en que el narrador nos la hace conocer.²¹ En cierta medida, los acontecimientos relatados en una obra literaria toman un plano de segundo orden, ya que, en última instancia, es el modo en que el narrador evoca los acontecimientos y el lector los aprehende, lo que dota de significado y relevancia a dichos acontecimientos. Para Todorov, dentro de la obra literaria la presentación narrativa de la historia es una abstracción pues siempre es percibida y contada por alguien, no existe “en sí”²², está siempre mediada por el lenguaje, por la intersubjetividad.

En términos generales, el estructuralismo logró grandes avances teóricos importantes. La idea de la mediación lingüística entre la realidad y sujeto que trata de captarla, derrumbó las certidumbres ideológicas de quienes deseaban “domesticar” el mundo, hallar sus significados y comunicarlos bajo el traslúcido espejo de su lenguaje. La crítica estructuralista convirtió los discursos en *construcciones* culturales cuyos mecanismos pueden ser clasificados y analizados como objetos de cualquier otra ciencia. Así, ya no era posible ver la realidad como algo que simplemente está “allí”, como un orden fijo de las cosas que el lenguaje solamente reflejaba de forma clara y objetiva. Si la relación entre signo y referente era arbitraria ¿cómo podía mantenerse en pie cualquier teoría de la “correspondencia”? La realidad no se reflejaba en el lenguaje pues era *producto* del lenguaje; era, como Eagleton afirma,

¹⁹ Roland Barthes, “Análisis estructural del relato”, en Roland Barthes y *et al.*, *Análisis estructural del relato*, Argentina, Tiempo Contemporáneo, 2ª ed., 1972, p. 15.

²⁰ Jonathan Culler, “La crítica postestructuralista”, en *Criterios*, La Habana, no. 21-24, enero 1987-diciembre 1988, p. 32.

²¹ Tzvetan Todorov, “Las categorías del relato literario”, en Roland Barthes y *et al.*, *op.cit.*, p. 157.

²² *Ibid.*, p. 159.

una manera particular de esculpir el mundo que dependía a fondo de los signos-sistemas de que disponemos.²³

Al ver al lenguaje como una práctica cultural, quedaron a la vista las dimensiones “artificiales” de nuestras certezas cognoscitivas. El significado era el producto de ciertos sistemas lingüísticos de significación. El significado no era “natural”, no era meramente cuestión de ver y mirar, o algo decidido para siempre; la forma en que se interpreta nuestro mundo era una función de los lenguajes que tiene uno a su disposición, los cuales, evidentemente, no tiene nada de inmutables.²⁴ Después de todo, el significado era producto de los sistemas de creencias, valores y pensamientos de una cultura dada. Estas críticas estructuralistas del lenguaje llevarían implícitamente a algún analista a una postura escéptica y relativista sobre cualquier noción de verdad, de objetividad y, por lo tanto, de conocimiento —cosa que efectivamente sucedió. Sin embargo, en muy rara ocasión los estructuralistas tendieron a dichas posturas. Igualmente, muy pocos cayeron en cuenta de que sus mismas críticas, legítimamente, podían ser aplicadas a sus propios discursos. A fin de cuentas, su pretensión era llevar a cabo análisis objetivos sobre el lenguaje; sus conclusiones pretendían ser científicas y que generaran un conocimiento verdadero (con todo el sentido que la palabra implica) sobre la forma en que trabajaban las estructuras que ellos estudiaban.

Si el analista estructuralista aceptaba que el lenguaje es el que construye nuestra realidad y los discursos sobre ella, entonces él mismo, supuestamente situado fuera de los discursos como observador objetivo de éstos, quedaría irremediabilmente atrapado dentro de las estructuras y juegos del lenguaje. Los estructuralistas no podían pretender un estatus independiente propio, es decir, no podían adoptar un *metalenguaje* que diera cuenta del propio lenguaje. Como diría Jacques Lacan “*Il n’y a pas de métalangage*” (no existe el metalenguaje).²⁵ Todo metalenguaje resulta más lenguaje, sujeto a las fuerzas que él pretende estar analizando.

Debido a esto, comenzó a sospecharse que el estructuralismo no era sólo una forma de empirismo, sino una forma del antiguo esencialismo o idealismo filosófico de la metafísica platónica. Esta crítica puso en tela de juicio la posibilidad de un análisis estructural no sólo del lenguaje, las narrativas y el discurso, sino también de la realidad. El problema del metalenguaje y, por tanto, de la metafísica platónica, fue lo que llevó a la teoría y metodología lingüística del estructuralismo al posestructuralismo.

1.3 La visión posestructuralista

Como bien afirma Françoise Perus, la transición que llevó del estructuralismo al posestructuralismo no consistió simple y llanamente en la sustitución de un paradigma por otro. Fue más bien un tránsito difícil y conflictivo, cuyo proceso no puede considerarse lineal y progresivo. Las interferencias, los traslapes de nociones y conceptos de un ámbito de pertinencia a otro, dejan ver una tendencia más o menos generalizada a subsumir los múltiples aspectos de lo social a la noción totalizadora de “cultura”, y la continuidad en ver al len-

²³ Eagleton, *op. cit.*, p. 133.

²⁴ *Ibid.*, p. 32.

²⁵ Citado en Culler, *op. cit.*, p. 38.

guaje desde la perspectiva saussureana.²⁶ Es, sin lugar a dudas, en el contexto de finales de los años sesenta cuando se puede ver un cambio de actitud en algunos intelectuales europeos, más concretamente franceses (y posteriormente por intelectuales estadounidenses), que comienzan a poner en duda las teorías y métodos que hasta ese momento habían regido tanto los estudios literarios como los estudios sociales.

Este cambio de actitud, que generalmente se asocia al posmodernismo, se caracterizó por un creciente escepticismo hacia los paradigmas explicativos del marxismo ortodoxo, el estructuralismo, el funcionalismo y la escuela de los *Annales*. Todos ellos se identificaban con los modos de operar de las ciencias naturales, la creencia en la superioridad del método empírico y la creación de explicaciones y leyes generales. Este “desencanto”, por decirlo así, produjo un debilitamiento de la creencia en la posibilidad de una ciencia objetiva del hombre.²⁷ Así, la crítica posmoderna y posestructuralista consistió, en su manera más general, en la negación de que el pensamiento racionalista de la modernidad conduzca al progreso humano. Jean François Lyotard (1924-2001) definió al posmodernismo como “la incredulidad respecto a las metanarrativas”: las explicaciones teleológicas, metafísicas y especulativas tanto de la filosofía como de la historia.²⁸ La posmodernidad significaría, pues, el abandono de todo discurso ideológico y de todas las formas de representación del mundo que, basadas en la idea de progreso, construyó la *modernidad* europea, ese proyecto intelectual y cultural global que nace en los siglos XVIII y XIX: la Ilustración.²⁹

Los intelectuales posestructuralistas, entre ellos Michael Foucault (1926-1984) y Jaques Derrida (1930-2004), se propusieron “descentrar” y “desmitificar” las estructuras del pensamiento occidental, heredera de la metafísica platónica. Las certezas en las nociones y relaciones tradicionales entre verdad, objetividad y realidad recibieron un duro golpe al ser puestas en duda. Y, por supuesto, la filosofía del lenguaje jugó un papel capital en este proceso deconstructivo. El primer paso, dado por Derrida, fue problematizar la noción misma de estructura. Como afirmé anteriormente, la conformación de una estructura —o la estructuralidad de la estructura como diría Derrida— depende de las relaciones mutuas entre sus partes, de sus diferencias, del “juego” continuo entre ellas. Para dotar de un orden a este juego de relaciones diferenciales, que a primera vista es caótico, la estructura reclama un “centro”, un orden fijo y estable que la organice. La función de ese centro, además de organizarla, también es la de limitar el juego de la estructura. Así, afirma Derrida, “siempre se ha pensado que el centro, que por definición es único, constituía dentro de una estructura justo aquello que, rigiendo la estructura, escapa a la estructuralidad.”³⁰ El centro, entonces,

²⁶ Françoise Perus (comp.), *La historia en la ficción y la ficción en la historia. Reflexiones en torno a la cultura y algunas nociones afines: historia, lenguaje y ficción*, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Sociales, 2009, p. 41.

²⁷ Julio Aróstegui, *La investigación histórica: teoría y método*, Barcelona, Crítica, 2001, p. 134.

²⁸ Véase la obra Jean François Lyotard, *La condición posmoderna. Información sobre el saber*, Madrid, Cátedra, 1987.

²⁹ A este respecto véase la interesante obra de Antonio Campillo, *Adiós al progreso. Una meditación sobre la historia*, Barcelona, Anagrama, 1985. Aquí Campillo aborda el nacimiento y las contradicciones que pusieron en crisis al pensamiento de la modernidad, planteando, a su vez, una nueva filosofía de la historia que no se rija por la idea moderna de “progreso”, ni la premoderna de “repetición” sino, más bien, por la idea posmoderna de “variación” (o “diferencia”).

³⁰ Derrida, “La estructura, el signo y el juego...” en Derrida, *op. cit.*, p. 383 y 384.

es concebido como inmutable y sublime (no se puede concebir una estructura desorganizada); es impensable una estructura privada de su centro.

Las implicaciones del concepto de una estructura centrada, es afirmar el concepto de un juego fundado, es decir, constituido a partir de una inmovilidad fundadora y de una certeza tranquilizadora que al mismo tiempo se sustrae al juego. El centro trae consigo certidumbre, y como dice Derrida:

A partir de esa certidumbre se puede dominar la angustia, que surge siempre de una determinada manera de estar implicado en el juego, de estar cogido en el juego, de existir como estando desde el principio dentro del juego. A partir, pues, de lo que llamamos centro, y que, como puede estar igualmente dentro que fuera, recibe indiferentemente los nombres de origen o de fin, de *arkhé* o de *telos*, las repeticiones, las sustituciones, las transformaciones, las permutaciones quedan siempre cogidas en una historia del sentido —es decir, una historia sin más— cuyo origen siempre puede despertarse, o anticipar su fin, en la forma de la presencia.³¹

Para Derrida, el centro recibe de forma regular nombres o formas diferentes. Toda la historia de la metafísica y, por lo tanto, de todo el pensamiento filosófico occidental, sería la historia de esas metáforas:

Su forma matriz sería [...] *la determinación del ser como presencia* en todos los sentidos de esa palabra. Se podría mostrar que todos los nombres del fundamento, del principio o del centro han designado siempre lo invariante de una presencia (*eidós, arché, telos, energeia, ousía* [esencia, existencia, sustancia, sujeto], *aletheia*, trascendentalidad, consciencia, Dios, Hombre, Verdad, Razón, etc.).³²

El movimiento que va desde el estructuralismo al posestructuralismo, del modernismo hacia el posmodernismo, está caracterizado, precisamente, por esta descentralización del centro, por este rechazo del ser (sustancia) como presencia (existencia). En otras palabras, en darse cuenta que las cosas no cuentan con una esencia, fundamento o significado intrínseco que las reviste; que esa supuesta esencia no se encuentra *allí* en lo real, como un árbol, una hoja o una montaña. Desde ese momento la estructuralidad de la estructura se piensa de nuevo:

A partir de ahí, indudablemente se ha tenido que empezar a pensar que no había centro, que el centro no podía pensarse en la forma de un ente-presente, que el centro no tenía lugar natural, que no era un lugar fijo sino una función, una especie de no-lugar en el que se representaban sustituciones de signos hasta el infinito. Este es entonces el momento en que el lenguaje invade el campo problemático universal; este es entonces el momento en que, en ausencia de centro o de origen, todo se convierte en discurso —a condición de entenderse acerca de esta palabra—, es decir, un sistema en el que el significado central, originario o trascendental no está nunca absolutamente presente fuera de un sistema de diferencias. La au-

³¹ *Ibid.*, p. 384.

³² *Ibid.*, p. 385. Las cursivas son mías.

sencia de significado trascendental extiende hasta el infinito el campo y el juego de la significación.³³

Lo que Derrida señala aquí, es que el supuesto significado trascendental de todo discurso, el centro inamovible y organizador de toda estructura, no es más que el resultado del juego de diferencias de la significación. El centro, otrora considerado fuera de aquel juego, no puede sustraerse a este, es producto de sus conceptos, producto del lenguaje. Así, el significado que pretende dar *fundamento* a todos los demás significados no es más que una ficción (aunque útil y necesaria). Es por eso que, afirma Derrida, con la ausencia de significado trascendental, el juego de significados se extiende hasta el infinito. Ahora bien, la aseveración del lenguaje como juego infinito de significados, es el resultado de la radicalización de la teoría lingüística de Saussure. Allí donde se quedó el estructuralismo, el posestructuralismo comienza.

En la sección anterior había dicho que si bien los estructuralistas reconocían que el significado es el resultado del juego de las diferencias entre el signo y el referente, entre el significante y el significado (la realidad como producto cultural del lenguaje), ellos todavía pretendían descifrar una verdad objetiva, un origen que se sustrajera de dicho juego: un meta-lenguaje que diera cuenta del propio lenguaje —el centro de la estructura. La *langue* de Saussure forma un sistema cerrado estable delimitado por el significado. Es decir, cuando el signo es encontrado a partir del juego de las diferencias entre los demás signos, el lenguaje se cierra: el signo neto “gato” es lo que es porque no es el signo “pato” ni “dato” o “rato”. Pero, a su vez, los signos “pato”, “dato” o “rato” también están constituidos por los mismos principios de diferencias y si queremos saber lo que es “gato” igualmente tenemos que tomar en cuenta esas oposiciones con las que se componen los signos de los que se diferencia. Con esto uno puede caer en la cuenta de que cada signo está constituido por una urdimbre de diferencias potencialmente infinitas, entonces si no hay un centro “natural” que delimite y pare el juego ¿hasta dónde hay que detenerse?

Lo mismo puede ser aplicado al significado ya que éste siempre resulta de la división o “articulación” de los signos. El significante “bote” nos da el significado o concepto “bote” porque se separa del significante “lote”. En otras palabras, el significado “bote” es también producto de las diferencias existentes entre el grupo de otros significantes: “dote”, “pote”,

³³ *Ibidem*. Este proceso de descentramiento no es invención teórica de Derrida; en sus argumentos se alcanza a percibir la influencia de la filosofía de Nietzsche y Heidegger. En efecto, el propio Derrida comenta: “¿Dónde y cómo se produce este descentramiento como pensamiento de la estructuralidad de la estructura? Para designar esta producción, sería algo ingenuo referirse a un acontecimiento, a una doctrina o al nombre de un autor. Esta producción forma parte, sin duda, de la totalidad de una época, la nuestra, pero ya desde siempre empezó a anunciarse y a trabajar. Si se quisiera, sin embargo, a título indicativo, escoger algunos «nombres propios» y evocar a los autores de los discursos en los que se ha llegado más cerca de la formulación más radical de esa producción, sin duda habría que citar la crítica nietzscheana de la metafísica, de los conceptos de ser y de verdad, que vienen a ser sustituidos por los conceptos de juego, de interpretación y de signo (de signo sin verdad presente); la crítica freudiana de la presencia a sí, es decir, de la consciencia, del sujeto, de la identidad consigo, de la proximidad o de la propiedad de sí; y, más radicalmente, la destrucción heideggeriana de la metafísica, de la onto-teología, de la determinación del ser como presencia.” *Ibidem*. Podemos decir que esta vuelta o rescate de las críticas nitzscheanas y heideggerianas (principalmente las primeras) es una característica tanto del posestructuralismo como del posmodernismo.

“mote” etc. Como afirma Eagleton, esto pone en tela de juicio el concepto de Saussure de signo como unidad simétrica neta colocada entre un significante y un significado. El significado “bote” es realmente producto de la interacción de los significantes, no es un concepto firmemente atado a éste. Es decir, el significante no nos presenta directamente un significado, a la manera en que un espejo presenta una imagen.³⁴

Esto nos lleva a la conclusión de que el lenguaje no es autoexplicativo ni autosignificativo —es decir, con un significado intrínseco—, no es idéntico a sí mismo. Si tomamos como ejemplo la palabra (significante) “iterativo” y le preguntamos a alguien que nunca se la ha topado antes qué podría significar, no nos dará una respuesta con conocimiento. Y si la persona interrogada busca dicha palabra en el diccionario y si el lenguaje fuera realmente autoexplicativo y autosignificativo de modo que el diccionario dijera simplemente “iterativo = iterativo”, entonces la persona seguiría sin saber su significado. Y esto es así porque las palabras (significantes) sólo significan algo en relación con otros significantes. Siempre necesitan ser complementados por otros significantes que no son idénticos a ellos.³⁵ Ese “juego de las diferencias” (que es constitutivo del significado) es componente de lo que Derrida llama *différance* —que se traduce como *diferancia*.

La implicación de todo lo anterior es que no existe un significado “puro”, intrínseco o inequívoco que pueda servir de sustento a los demás signos-significados. Su identidad no sólo está demarcada por lo que no es, sino también por lo que los demás signos-significados son: el significado es una especie de constante y simultánea fluctuación de la presencia y de la ausencia. “Gato” es lo que es porque excluyo a “pato” y a “dato” pero estos otros signos permanecen inherentes en el primero en cierta forma porque en realidad son constitutivos de su identidad. Nunca es posible encerrar el significado en un puño, siempre hay más en el lugar de donde el primero provino.³⁶ Además, aun cuando un significante pueda tener una consistencia en su significado a lo largo del tiempo, nunca es rigurosamente el mismo. Podemos encontrar significantes y signos iguales, pero que su significado varía de contexto a contexto. “Gato” puede significar mamífero doméstico de la familia de los felinos, herramienta que sirve para levantar grandes pesos a poca altura, símbolo “#”, sirviente, etcétera.

La noción de un lenguaje estable y cerrado propuesta por Saussure y tomada por los estructuralistas, comienza a presentarse con mayor claridad como un tejido “caótico”, irregular y abierto. Derrida piensa que cualquier intento por detener este incesante juego, característica *natural* del lenguaje, es un bloqueo arbitrario y autoritario; el caos natural es violado por la fijeza (por los centros). Sin embargo, esto no quiere decir que debemos dejar de hacer estabilizaciones, de hecho son necesarias pero tenemos que estar conscientes de que dichas estabilizaciones son artificiales, que no están *allí* presentes de forma intrínseca en el las cosas —pensar en el ser como presencia—, que son producto de nosotros mismos y nuestros discursos. Derrida llama la atención al plano “logocéntrico” del pensamiento occidental, es decir, en la creencia de la suprema “palabra”, presencia, esencia, verdad o reali-

³⁴ Eagleton, *op. cit.*, p. 155.

³⁵ Keith Jenkins, *¿Por qué la historia?*, México, Fondo de Cultura Económica, 2006, p. 76-77.

³⁶ Eagleton, *op. cit.*, p. 156.

dad que servirá de cimiento a todo pensamiento, lenguaje y experiencia (la libertad, la democracia, la igualdad, la justicia, en otras palabras, todas las teleologías o metas hacia las cuales debemos dirigirnos constantemente).³⁷ Este logocentrismo que Derrida, y anteriormente Nietzsche y Heidegger, tilda de metafísica, es el que ha permitido la construcción de centros en torno al cual deben girar los demás significados, y que, además, los jerarquiza verticalmente privilegiando a unos y desechando a otros. Es en el concepto de “oposición binaria” donde Derrida ejemplifica lo anterior.

Las oposiciones binarias son la principal forma en que significantes naturalmente “horizontales” (que están en el juego natural y constante del lenguaje), son congelados en la verticalidad de la autoridad. Los significados (occidentales) que son fijados de esta manera, privilegian al primer término del binomio por encima del segundo término “suplementario”.³⁸ Por ejemplo, tenemos los clásicos binomios: razón-emoción, objetivo-subjetivo, literal-metafórico, absoluto-relativo, empirista-idealista, verdadero-falso, racional-irracional, etc. Una vez establecidas tales opciones son ordenadas de modo jerárquico, en un proceso de superposición vertical, de modo que generalmente los términos primarios dominantes quedan juntos y se convierten en reglas necesarias. Así, para seguir con el ejemplo, lo que se privilegia y se relaciona es la razón, con lo objetivo, con lo literal, con lo absoluto, con lo empírico, con lo verdadero, con lo racional; a su vez, los que se relaciona, y por ende se “desecha” es la emoción con lo subjetivo, con lo metafórico con lo relativo, con lo idealista, con lo falso, con lo irracional (dentro de éste ejemplo de oposición binaria opera la ciencia). Esta forma de acomodar los significados siempre responde a una consideración ideológica y moral que, no está por demás decirlo, es relativa y culturalmente determinada —depende del sistema de valores, creencias y pensamiento de una cultura, en este caso la occidental. En consecuencia, ya que estas oposiciones binarias no son algo natural sino *construcciones* artificiales, Derrida afirma que pueden ser *deconstruidas* de tal forma que es posible poner de manifiesto “para quién trabajan”.³⁹

Ahora bien, se podría argumentar, y con cierta justicia, que la deconstrucción derridiana parece ser otro metalenguaje más que intenta describir al propio lenguaje. Sin embargo, Derrida está consciente de la ingenuidad que esto conlleva. No podemos salir de la metafísica (y del lenguaje) para *destruirla*, porque todas nuestras herramientas discursivas están involucradas en ella, dependen de ella para obtener su fuerza. Lo que podemos hacer, y esto es la intención de la deconstrucción, es *deshacerla* para demostrar que es una construcción ficticia.⁴⁰ Si no podemos salir de la metafísica, sí podemos tener una actitud crítica hacia ella:

Pero si nadie puede escapar a esa necesidad [de utilizar la metafísica y sus conceptos], si nadie es, pues, responsable de ceder a ella, por poco que sea, eso no quiere decir que todas las maneras de ceder a ella tengan la misma pertinencia. La cualidad y la fecundidad de un discurso se miden quizás por el rigor crítico con el que se piense esa relación con la historia de la metafísica y con los conceptos heredados. De lo que ahí se trata es de una relación crítica

³⁷ *Ibid*, p. 159.

³⁸ Jenkins, *op. cit.*, p. 81.

³⁹ *Ibid*, p. 83.

⁴⁰ Culler, *op. cit.*, p. 46.

con el lenguaje de las ciencias humanas y de una responsabilidad crítica del discurso. Se trata de plantear expresamente y sistemáticamente el problema del estatuto de un discurso que toma de una herencia los recursos necesarios para la desconstrucción de esa herencia misma. Problemas de *economía* y de *estrategia*.⁴¹

Así, la desconstrucción, como estrategia o práctica de lectura, consiste en mostrar cómo se ha construido un concepto (oposiciones binarias) cualquiera a partir de procesos históricos y acumulaciones metafóricas, mostrando que lo claro y evidente dista mucho de serlo. Derrida entiende que el significado de un texto dado es el resultado de las diferencias entre las palabras (signos-significantes) empleadas y no el resultado de la referencia a las cosas que ellas representan. En otras palabras, los diferentes significados de un texto pueden ser descubiertos descomponiendo la estructura del lenguaje dentro del cual opera. Cualquier tipo de texto (literario o no) se presenta no solamente como un fenómeno de comunicación, sino también de significación.

Por su parte, Foucault, en su obra *Las palabras y las cosas*, plantea que los discursos son “conjuntos orgánicos de formas y sustancias.”⁴² Esto es, que son el punto medio entre la construcción y clasificación mental de las diferentes percepciones que los hombres tenemos del mundo que nos rodea (palabras), y lo real subyacente que está alrededor de nosotros (cosas). El discurso, así concebido, es una especie de mediador entre el lenguaje y la realidad; bajo este término incluye todas las formas y categorías de vida cultural. Ahora bien, el discurso, afirma Foucault, siempre lleva consigo la “voluntad de verdad”, es decir, “hablar de la verdad.” Sin embargo, Foucault rechaza, al igual que Derrida, que la aceptación general de dicha verdad se base en un fundamento trascendental intrínseco en las cosas, en algún referente externo al discurso.

En su lugar propone que la verdad del discurso se da por dos restricciones que se le imponen desde el momento de su creación: externas e internas. Las restricciones externas consisten en represiones o desplazamientos que corresponden a los que rigen la expresión del deseo o el ejercicio del poder; las restricciones internas consisten en ciertas reglas de clasificación, ordenación y distribución y en ciertas “rarefacciones” que tienen por efecto enmascarar la verdadera naturaleza del discurso como libre juego de las diferencias.⁴³ En cuanto al primer tipo de restricciones, el discurso se desarrolla en el contexto de “limitaciones externas” que aparecen como “reglas de exclusión” (a la manera de las oposiciones binarias de Derrida) que limitan lo que puede decirse y no puede decirse, quién tiene el derecho a hablar sobre determinado tema y quién no, qué constituye acciones razonables y acciones “insensatas”, y qué pasa por verdadero y qué pasa por falso. Como afirma Hayden White, estas reglas condicionan la existencia del discurso en diferentes épocas y lugares (o *epistemes* para utilizar el concepto del propio Foucault); y también permiten la distinción, arbitraria como se puede ver, entre un discurso “correcto”, razonable, responsable, sano y

⁴¹ Derrida, “La estructura, el signo y el juego...” *op. cit.*, p. 388.

⁴² Michel Foucault, *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, Argentina, Siglo XXI, 1968, p. 50.

⁴³ Hayden White, “El discurso de Foucault” en *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, Barcelona, Paidós, 1992, p. 129. Cfr. igualmente Foucault, *La arqueología del saber*, México, Siglo XXI, 1970.

verosímil, por un lado, y un discurso “incorrecto”, no razonable, irresponsable, insano y erróneo, por otro.⁴⁴

En cuanto al segundo tipo de restricciones, lo que opera dentro del propio discurso es un tipo de subordinación del significado al significante. En otras palabras, la creencia en la adecuación logocéntrica de que el significante describe real y perfectamente al significado en todo discurso “correcto”. Lo que está detrás de esto, afirma Foucault, es detener la capacidad del discurso, y por tanto del lenguaje, de revelar, en el libre juego de las palabras, la arbitrariedad de toda regla y norma, incluso aquellas en las que se basa la propia sociedad, con sus reglas de exclusión y orden jerárquico. A fin de liberar al discurso de estas limitaciones y abrirlo una vez más al juego infinito de las diferencias, Foucault se propone exponer el fondo oscuro de toda formación discursiva que pretende servir a la “voluntad de verdad”.⁴⁵

En resumen, el legado intelectual de Foucault y Derrida, promovió un relativismo y escepticismo más profundo sobre el lenguaje, la realidad y la verdad (sobre todo en Estados Unidos donde sus posturas fueron radicalizadas todavía más). Así, abrieron la posibilidad de que la propia búsqueda de la verdad (trascendental) pudiera considerarse como la principal ilusión occidental. A diferencia del estructuralismo que aún tenía fe en la existencia de un metalenguaje y un centro que pudiera servir como base para las certezas científicas, estos posestructuralistas vieron al lenguaje como una barrera infranqueable para conocer de manera limpia y transparente el mundo. Como menciona Joyce Appleby:

Foucault y Derrida describen a los seres humanos atrapados en la prisión del lenguaje, una cárcel aún más confinante que el determinismo económico atribuido a Marx o el determinismo psicológico de Freud. Después de todo, Marx y Freud se consideraban científicos capaces de establecer una relación objetiva con la realidad histórica o psicológica, que estaba abierta a más elaboración. Tenían la convicción de que sus teorías les daban ventaja sobre la realidad, así como un medio para transformarla. Foucault y Derrida rechazan este tipo de determinación sobre la realidad y con ello la posibilidad de una objetividad predicada sobre la separación del yo y el objeto de conocimiento. Niegan toda relación directa con la realidad del mundo exterior porque la realidad es criatura del lenguaje.⁴⁶

Las certezas metafísicas que daban firmeza a todos nuestros centros (ideas como la Democracia, la Libertad, la Verdad, Dios, la Razón, la Lucha de Clases, el Progreso etc.) quedaron reducidas a meras ficciones discursivas. Imaginarios que aunque no existen *per se* en la realidad, son constitutivos de ésta. Como probó Derrida, si bien no podemos salir de ellos para destruirlos, podemos comprobar que son construcciones lingüísticas contingentes y no necesarias. Con esto, se puso de manifiesto que el lenguaje no es un mero aparato comunicativo, que no sólo se refiere transparentemente a la realidad, sino que, de alguna forma, determina lo que se entiende por realidad.

⁴⁴ *Ibid*, p. 130.

⁴⁵ *Ibidem*.

⁴⁶ Joyce Appleby, Lynn Hunt y Margaret Jacob, “El posmodernismo y la crisis de la modernidad” en Luis Gerardo Morales Moreno (comp.) *Historia de la Historiografía Contemporánea (de 1968 a nuestros días)*, México, Instituto Mora, 2005, p. 123.

Si los estructuralistas separaron el signo del referente, los posestructuralistas separaron, a su vez, el significante del significado. El significado no es algo que se *halla* en la realidad, es algo que el lenguaje construye. Éste se forma con base en la *diferencia*, en la relación del significante (la palabra o cosa) con el significado (el concepto) y de las palabras entre sí; no con base en una correspondencia directa con la realidad. Igualmente, el significante y el significado no son lo mismo; la palabra “n-i-e-v-e” *no* es nieve en sí misma, sino, más bien, la representación o significante de los minúsculos cristales congelados que llamamos nieve. El significante representa el significado pero no es idéntico a él, y en el proceso de representación se encuentra la posibilidad de velar, distorsionar u ofuscar.⁴⁷

La estrategia de lectura diseñada por Derrida, la deconstrucción, mostró de qué manera los textos reprimían tanto como expresaban para mantener la noción occidental de logocentrismo, la idea de que las palabras expresan la verdad inequívoca o esencia trascendental de la realidad. La deconstrucción demostraba que los textos podían ser interpretados de maneras múltiples, porque los significantes no tenían ningún vínculo intrínseco con lo que representaban. Más aún, con Foucault, se puso de manifiesto el carácter relativo del significado ya que, en última instancia, está determinado por el sistema de pensamiento, valores y creencias de cada grupo en cada época (episteme). La deconstrucción y el posestructuralismo (al igual que el posmodernismo) no deben verse como una forma de “vandalismo intelectual” o escepticismo generalizado que prueba que el significado es imposible y que la verdad no existe. Si algo destruye no es el significado y la verdad *per se*, sino la pretensión totalitaria y dogmática a la dominación inequívoca de un modo de significar sobre otro, de un modelo de verdad sobre otro.

Así, para Foucault y Derrida, ya no es posible seguir pensando que el lenguaje es un vehículo neutro y transparente entre la realidad y el sujeto que trata de captarla; su presencia se deja sentir de una manera imposible de ignorar tanto en el habla como en la escritura. ¿Por qué? porque el lenguaje, como Roland Barthes señaló, es toda unidad o síntesis significativa. Los objetos se convierten en lenguaje cuando se les dota de un significado.⁴⁸

Por todo lo mencionado anteriormente, uno se podrá dar cuenta de inmediato que las aportaciones de la filosofía del lenguaje tienen hondas implicaciones para la historiografía. Si pensamos en una forma de describir y representar una realidad compleja por medio de un lenguaje complejo, el texto histórico es el ejemplo por excelencia. De allí, que el fenómeno de la historiografía haya causado fascinación en filósofos y teóricos literarios, pasando por último a los propios historiadores. Como a continuación se verá, la introducción de los planteamientos lingüísticos dentro de la historiografía tiene su expresión en la llamada “filosofía narrativista de la historia”.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 124.

⁴⁸ Roland Barthes, “El mito hoy”, en Françoise Perus, *op. cit.*, p. 85.

2. Lenguaje, ficción e historiografía

2.1. La filosofía narrativista de la historia

La adopción dentro de los estudios historiográficos, de las teorías, modelos, reglas y conceptos provenientes de la filosofía del lenguaje, provocó un inusitado y creciente interés por la cuestión del conocimiento histórico así como un debate, cada vez más intenso, sobre la naturaleza y producción de dicho conocimiento. Las tradicionales concepciones epistemológicas de la producción historiográfica comenzaron a quedar en entredicho por nuevas voces críticas, y lo hasta entonces evidente se puso en tela de juicio. Ante este acontecimiento, las posturas de los historiadores han sido varias: desde la aceptación de los postulados lingüísticos para “poner al día” teórica y filosóficamente a nuestra disciplina, pasando por el rechazo contundente a dichas posturas y las consecuentes “defensas” de la historia (tradicional), hasta una actitud de completo desprecio y evasión. No es mi intención aquí dar un estado de la cuestión sobre este interesante debate¹, sino abordar el tema particular sobre la filosofía narrativista de la historia, sus postulados y sus implicaciones para el estudio historiográfico.

Dentro de nuestra disciplina, aun hoy en día, se ha considerado que no existe nada problemático en la relación lenguaje-realidad (pasada). Igualmente se ha pensado que el producto de nuestra investigación, el texto histórico, es un reflejo objetivo de esa realidad (no sólo en el sentido de ser una representación imparcial de los hechos, sino, sobre todo, en el sentido de que capta y reproduce las propiedades, relaciones y significados intrínsecos de los

¹ Característico de la sobre abundancia de información de nuestro tiempo, la bibliografía que puede ser consultada para formarse un panorama exacto de la cuestión entre “modernistas” y “posmodernistas” dentro de la historiografía, sería imposible de enumerar. Baste con echar un vistazo a los índices de las revistas especializadas, a los catálogos editoriales o a los programas de coloquios, congresos y seminarios para percatarse al instante de esta circunstancia. Sin embargo, para un acercamiento general véase la revista *History and Theory* volúmenes VI a XXX (de 1967 a 1991) donde se puede apreciar una perspectiva amplia sobre los cambios de intereses teóricos, argumentaciones, réplicas y contra réplicas de ambos grupos. Una bibliografía más específica puede ser, del lado “posmodernista”, F. Ankersmith, *Historia y topología... op. cit.*; del mismo autor en colaboración con Hans Kellner, *A New Philosophy of History*, Chicago, University of Chicago Press, 1995; K. Jenkins, *Pensar la historia*, Madrid, siglo XXI, 2009; del mismo autor la obra ya citada *¿Por qué la historia?*; H. White, *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*, Barcelona, Paidós, 2003, y *El contenido de la forma. Narrativa discurso y representación histórica*, Barcelona, Paidós, 1992. Y del lado “modernista” véase especialmente, ya que representa la postura general de este grupo, Richard J. Evans, *In Defense of History*, New York and London, W. W. Norton & Co., 2000 y Manuel Ordóñez Aguilar, “¿Relativismo o empirismo? Crítica al posmodernismo historiográfico” en Manuel Ordóñez (coord.), *Introducción al análisis historiográfico. Problemas generales de teoría y filosofía de la historia y estudios de caso*, México, UNAM, FES Acatlán, DGAPA, 2010.

acontecimientos pasados).² Entre las posturas filosóficas que esbozan este tipo de teorías están los influenciados por los positivistas lógicos y su denominado “modelo nomológico-deductivo” (defendido, entre otros, por C. G. Hempel y que asimila la historiografía a las ciencias naturales) y por el “realismo narrativo” defendida por filósofos analíticos como W. Dray y W. B. Gallie.³ Ambas sostienen el mencionado supuesto de que el texto histórico contiene representaciones objetivas de la realidad, bien sea de las leyes que rigen ésta (en el primer caso), bien de la conexión existente entre los hechos (en el segundo caso). Un supuesto que, a su vez, comparten la mayoría de historiadores profesionales, sean estos inductivistas o historiadores sociales que hacen uso de un método hipotético-deductivo⁴, en otras palabras, de esquemas formales de argumentación.

En esta visión convencional, el proceso de investigación histórica se compone de dos variables: una, el historiador, armado con sus teorías y sus métodos e imbuido de su subjetividad; y, otra, los acontecimientos históricos. Por supuesto que aquí existe la idea de que la relación entre el historiador y la realidad histórica está mediada. Pero esta mediación se atribuye a la ideología subjetiva del historiador, subjetividad que puede interferir en la investigación y distorsionar los resultados. Sin embargo, para esta visión convencional dicha interferencia puede ser eliminada o, al menos, minimizada mediante el mejoramiento de las técnicas de investigación, la reflexión crítica y la aplicación de un método adecuado de verificación.⁵ El pensamiento detrás de esto es que, a pesar de los sesgos que pueda haber entre el historiador y el pasado, las interpretaciones históricas son perfectibles ya que más allá de todas las interferencias existe una realidad (pasada) objetiva que puede emerger a la superficie.

La consecuencia de esta forma de pensar es que cualquier dificultad que se crea existente en la representación del pasado a través del texto histórico y por tanto, en la producción de conocimiento, debe ser resuelto por la epistemología. Así, el problema de cómo justifica el lenguaje una realidad compleja en términos de textos más que de proposiciones individuales fácticas se considera un no problema. Es decir, como afirma Ankersmit, casi ningún

² Miguel Ángel Cabrera, “Hayden White y la teoría del conocimiento histórico. Una aproximación crítica”, en *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, no. 4, 2005, p. 118.

³ Podemos incluir también dentro de este tipo de filosofías a la hermenéutica analítica anglosajona de Collingwood, incluso a la hermenéutica alemana o continental de Danto y la fenomenología esbozada por Ricoeur. Estos últimos, aunque fueron más allá que sus colegas en indagar la relación entre lenguaje y realidad pasada, realmente nunca pudieron deshacerse de la idea de que el texto histórico, efectivamente, descubría y reproducía la esencia del pasado. Por tal razón Ankersmit decide cercar a todos ellos dentro de lo que denomina *filosofía de la historia epistemológica*. Esta filosofía, dice, “siempre ha tenido que ver con los criterios de la verdad y la validez de las descripciones y explicaciones históricas; ha intentado responder a la pregunta epistemológica respecto de las condiciones con las cuales nos justificamos para creer como ciertas las declaraciones de los historiadores acerca del pasado (sea singular o general) [...] La filosofía de la historia epistemológica se interesa en la *relación* entre las declaraciones históricas y de lo que se tratan.” Véase Ankersmit, “El dilema de la filosofía de la historia anglosajona contemporánea”, en Ankersmit, *op. cit.*, p. 91-150.

⁴ Cabrera, *op. cit.*, p. 118. No debe confundirse al realismo narrativo o visión narrativista de la explicación histórica, con la filosofía narrativista de la historia (esbozada, entre otros, por Hayden White y Frank Ankersmit) ya que su diferencia radica, como más adelante señalaré, en que estos últimos niegan que el texto histórico descubra los significados intrínsecos del pasado, argumentando, más bien, que los construye.

⁵ *Ibid*, pp. 120.

historiador está dispuesto a aceptar problemas aquí que no pudieran ser reductibles a la clase de problemas que se hallan cuando se analiza, por ejemplo, la verdad o falsedad de declaraciones singulares acerca de situaciones históricas, declaraciones que expresan conexiones causales, o a la perspectiva temporal de las declaraciones sobre el pasado (los “enunciados narrativos” de Danto).⁶

El estudio de las implicaciones del lenguaje en el proceso de representación del pasado a través del texto histórico rara vez ha sido tomado en serio. Esto se debe a que se sigue pensando que el lenguaje es un vehículo neutro entre la realidad y el sujeto que trata de captarla. Se sigue concibiendo al lenguaje como una ventana o pisapapeles de cristal a través del cual se capta una realidad sociohistórica objetiva. Al ser “coextensivos”, para tomar la idea de Ankersmit, la realidad histórica y el sujeto consciente, el lenguaje es derivativo y no puede pretender un estatus independiente propio.⁷ Sin embargo, como expuse en el capítulo anterior, las críticas literarias estructuralistas y posestructuralistas nos dan la pauta para pensar que eso ya no puede seguir creyéndose así. El teórico de la historia Michel de Certeau se preguntaba: ¿cómo es posible que una forma narrativa afirme producir no una ficción sino un pasado real? ¿Qué tipo de ambigüedad sostenida y permanente practican los historiadores, por la cual se da por sentado un pasado “real”, se representa en los textos otro pasado “real”, y se borra de su producción un presente “real”?⁸

El intento por dar respuesta a esas interrogantes es la filosofía narrativista de la historia. El *narrativismo* es, de manera general, la reflexión filosófica que estudia, precisamente, *las implicaciones del lenguaje en el proceso de construcción y representación del pasado a través del texto histórico*. Se opone a las filosofías especulativas de la historia, así como a las surgidas a mediados del siglo XX, de corte epistemológico y cientificista, que privilegia la “buena” metodología y técnicas en la investigación como base de una explicación histórica satisfactoria. Así, el narrativismo pone más atención a las narraciones históricas producto de la investigación —al texto histórico acabado, considerado en su conjunto. Se concentra en la naturaleza de los instrumentos lingüísticos que desarrollan los historiadores para avanzar en nuestra comprensión del pasado; en otras palabras, permanece en el campo del lenguaje histórico. Como Ankersmit indica, uno de los objetivos de la filosofía narrativista de la historia es determinar la distinción entre el lenguaje del historiador y su objeto de estudio.⁹

El narrativismo considera al texto histórico ya no como un objeto transparente que nos permite ver el pasado real tal cual, sino, como Hayden White afirma, “una forma discursiva que supone [o impone al pasado] determinadas opciones ontológicas y epistemológicas con implicaciones ideológicas e incluso específicamente políticas. Así, la narración histórica, lejos de ser un medio neutro para la representación de acontecimientos y procesos históricos, es la materia misma de una concepción mítica de la realidad, un «contenido» conceptual o pseudoconceptual que, cuando se utiliza para representar acontecimientos reales, dota a estos de una coherencia ilusoria y de tipos de significaciones más característicos del pen-

⁶ Ankersmit, “Introducción”, en *op. cit.*, pp. 14 y 15.

⁷ Ankersmit, “El uso del lenguaje en la escritura de la historia”, en *ibid.*, p. 161.

⁸ Citado en Jenkins, *op. cit.*, p. 155.

⁹ Ankersmit, “El dilema...”, *op. cit.*, p. 92.

samiento onírico que del pensar despierto”.¹⁰ Si los narrativistas consideran así al texto histórico, es porque ellos tomaron consciencia de una de sus dimensiones que hasta ese momento había pasado inadvertida por la mayoría de los historiadores: su dimensión simbólica.

En efecto, el texto histórico no es sólo una reproducción “objetiva” de acontecimientos pasados sino también, como White se dio cuenta, un *complejo de símbolos* que nos señala direcciones para encontrar un *icono* de la estructura de esos acontecimientos. Como estructura simbólica, la obra histórica, además de producir un conocimiento sobre ciertas circunstancias pasadas (es ingenuo y absurdo negar ese hecho), nos dice en qué dirección pensar acerca de los acontecimientos que describe y carga nuestros pensamientos de ciertas valencias emocionales.¹¹ Este complejo de símbolos que son el significado de cualquier obra histórica y que White identifica con la forma en que las obras literarias traman sus acontecimientos, no son hallados en los hechos mismos, son impuestos desde afuera por el historiador gracias al lenguaje; en otras palabras, son el elemento de ficción de cualquier texto histórico. En el capítulo siguiente mostraré e identificaré esta dimensión simbólica de la obra histórica, analizando para estos efectos el bien conocido libro *El queso y los gusanos* del historiador italiano Carlo Ginzburg.

Roland Barthes señaló que el texto histórico, lejos de reproducir lo real, produce lo que llamó “efectos de realidad” (*effet du réel*).¹² A partir del momento en que interviene el lenguaje, dice Barthes, el hecho sólo puede ser definido en forma tautológica. Así, el hecho no tiene sino una existencia lingüística (como término de un discurso). Sin embargo, todo ocurre como si esa existencia fuera solamente la “copia” pura simple de otra existencia situada en un campo extra estructural, “lo real”. Este tipo de discurso es el único en que el referente (en este caso el pasado) es considerado exterior al discurso (el texto histórico), sin embargo nunca es posible encontrarlo fuera de ese discurso.¹³ Lo que sucede es que en el discurso histórico el pasado (referente o significante) es sustituido por los significados que le otorgamos al pasado (el significado). Dicho de otra forma, el significante es equiparado ontológicamente con el significado, pero, como se vio con los posestructuralistas, aunque el significante *representa* al significado no es idéntico a él. El pasado mismo (que siempre se halla

¹⁰ White, *El contenido de la forma... op. cit.*, p. 11.

¹¹ White, *El texto histórico como artefacto literario... op. cit.*, pp. 120-125.

¹² Barthes, con influencia de las teorías del psicoanálisis lacaniano, distingue entre “lo real” y “la realidad”. Lo real quedaría definido como todo aquello que tiene una existencia y presencia propias, lo que simplemente está allí y que no necesita del lenguaje, la imaginación o la representación para alterar ese estatus. La realidad sería lo contrario, pertenece al orden del lenguaje y, por tanto, a lo culturalmente establecido. En la esfera de lo real se acomodaría, por ejemplo, la naturaleza: una montaña o un planeta (están allí sin la necesidad de nosotros); en la esfera de la realidad los países, por ejemplo (México no existe en lo real, no es natural, está allí porque todos acordamos su presencia. Es representable sólo gracias al lenguaje y lo simbólico —la bandera, las fronteras, las instituciones, las tradiciones, etc.— existe sólo a través de nosotros). Se puede afirmar, tomando la idea de Keith Jenkins, que vivir en una cultura es vivir en forma significativa y a través de un código, de un lenguaje; es estar constituido literalmente dentro de imaginarios que producen lo que se entiende por realidad, de modo que esa residencia en el lenguaje es simplemente la residencia en la realidad. Jenkins, ¿Por qué la historia?, *op. cit.*, p. 32. Para la diferencia entre “lo real” y “la realidad” dentro del psicoanálisis véase Jacques Lacan, “Más allá del «principio de realidad»”, en *Escritos I*, Buenos Aires, siglo XXI, 3ª ed., 2009.

¹³ Roland Barthes, “El discurso de la historia”, en Françoise Perus, *op. cit.*, p. 104.

en vez de constituirse) es confundido con los significados (que siempre se constituyen en vez de hallarse) que le otorgamos al pasado, y son estos últimos los que consideramos como el pasado “real”. En palabras de Barthes, “en la historia ‘objetiva’ lo ‘real’ es siempre sólo un significado no formulado que se refugia tras la apariencia omnipresente del referente”.¹⁴

Incluso, este autor va más lejos al considerar, de forma muy sugerente, que la necesidad de “realismo” en la historiografía es sólo una ideología. La ideología, dice Barthes, busca convertir la cultura en Naturaleza, y ocultar la condición relativa y artificial del signo y el significado. Así, la literatura realista (literatura entendida como el fenómeno de la escritura en general) encubre el estado construido del lenguaje: coadyuva a confirmar el prejuicio acerca de que existe una forma “ordinaria” del lenguaje que en alguna forma es natural. Este lenguaje natural nos ofrece la realidad “como es”, sin deformarlo. En la ideología del realismo, se cree que las palabras se eslabonan con sus objetos referenciales a través de procedimientos esencialmente acertados e incontrovertibles.¹⁵

El narrativismo pone en duda que el texto histórico solamente llegue a la verdad con base en la teoría de la correspondencia y la referencialidad. Es decir, está en contra de la afirmación de que una interpretación histórica sea verdadera, realista y, por tanto, correcta en la medida en que más se parezca o corresponda al pasado en sí (más aun sabiendo que nunca podemos tener acceso al pasado en sí y tan sólo a sus “huellas”). Como Leon Goldstein afirma, en última instancia no podemos comparar nuestros textos e interpretaciones históricas con el pasado real, sino sólo entre otros textos e interpretaciones históricas: “Con lo que comprobamos que nuestras afirmaciones de conocimiento histórico nunca es el pasado real [...] al que dicen los realistas que se refieren nuestros relatos; no tenemos acceso a ese pasado. No hay, en otras palabras, forma de determinar si el historiador razonó verdaderamente en sentido realista”.¹⁶

A diferencia de las ciencias exactas, la historiografía no dispone de un lenguaje formal e inequívoco aceptado de forma universal como, por ejemplo, las matemáticas. Es por esto que, afirma White, entre los historiadores hay una falta de acuerdo no sólo sobre cuáles son las posibles reglas de causalidad social que podrían invocar para explicar determinada secuencia de sucesos y sobre qué debe de contar como una explicación realista del pasado, sino, también, sobre la cuestión de la forma (el lenguaje que podría ser usado) que debe tener dicha explicación. Lo que está en juego en el debate historiográfico, son diferentes nociones de la naturaleza de la realidad histórica y de la forma apropiada que un relato histórico, considerado como una argumentación formal, debe adoptar¹⁷ — existe sólo un pasado pero muchas historias sobre él.

¹⁴ *Ibid*, p. 105.

¹⁵ Eagleton, *op. cit.*, p. 164-165.

¹⁶ Leon J. Goldstein, “History and the Primacy of Knowing”, en *History and Theory*, vol. 16, no. 4, 1977, p. 33.

¹⁷ Véase, White, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México, Fondo Cultura Económica, 1992, p. 22, 23 y 24.

Una interpretación histórica no sólo recibe su validez y fuerza explicativa con base en la evidencia documental y las técnicas y métodos de investigación que utiliza, sino también, en una parte muy importante, por los mecanismos lingüísticos que despliega y que, a su vez, sancionan tácitamente sus conceptos teóricos. No está por demás decir, aunque suene repetitivo pero entender esto es esencial, que esos mecanismos lingüísticos con los cuales se explica el pasado no son inherentes o intrínsecos al pasado mismo sino son impuestos por el historiador. Éste, para describir sus hechos históricos, debe tejer por fuerza una narración. Si no fuera así, no habría historiografía (entendido desde el sentido de “escritura de la historia”) ya que su discurso se limitaría a una pura serie inestructurada de anotaciones: este es el caso de las cronologías y los anales.

La historiografía es en esencia diferente a las crónicas y los anales precisamente porque narrativiza sus sucesos y no se limita a registrar una mera recopilación de hechos. En la historiografía, los acontecimientos no sólo han de registrarse dentro del marco cronológico en que sucedieron originariamente, sino también han de revelarse como sucesos dotados de una estructura, un orden de significación que no poseen como mera secuencia.¹⁸ A su vez, la narración utilizada por el historiador condiciona la disposición que los hechos registrados pueden adoptar en su seno, según los tipos de argumentación que decida utilizar para explicarlos y según los tipos de trama que escoja para darles significado. De forma que, según las tramas y argumentaciones elegidas, un hecho podrá adquirir diferentes significados.¹⁹ Se podría decir, pues, que el texto histórico en su conjunto es también una construcción significativa del pasado que el historiador crea a partir de la evidencia material (documentos, objetos, etc.) e inmaterial (fuentes orales, tradiciones, etc.).

Así, dentro de los estudios de la filosofía narrativista de la historia, cobra importancia capital el análisis de los mecanismos de construcción de las narraciones, los nexos que los diversos componentes de ellas establecen entre sí y las relaciones intertextuales de las narrativas (así como es ingenuo dudar que la obra histórica produce conocimiento, también es ingenuo pensar que dicho conocimiento es una copia pura y simple del pasado en sí como sostendrían, precisamente, los llamados “realistas ingenuos”). Al tomar conciencia de que el texto histórico es también un complejo de símbolos y de que el lenguaje tiene un papel central en esta construcción, lo que aparece como digno de evaluación es la estrategia ficcional y retórica utilizada por el historiador.

Ahora bien, por todo lo que he venido esbozando a lo largo de este trabajo, se podría inferir el sentido que le doy a la palabra “ficción”. Sin embargo, ahora me gustaría dejar en claro cuál es mi postura en cuanto a este término, y por consiguiente cómo se debe entender dentro de esta obra, ya que me parece el momento indicado. Dentro de nuestro vocabulario historiográfico, la palabra “ficción” es, por decirlo así, un término muy “radioactivo” que genera mucho revuelo e incomodidad. El término se asocia generalmente con lo falso, lo mítico o con el engaño; cuando a un historiador le dicen que hace ficción se encoleriza y argumenta que, con justa razón, en su trabajo no se dedica a falsear la información, a in-

¹⁸ White, “El valor de la narrativa en la representación de la realidad”, en *El contenido de la forma... op. cit.*, p. 21.

¹⁹ José Carlos Bermejo Barrera, “Historia y Teoría”, en José Carlos Bermejo Barrera y Pedro Andrés Piedras Monroy, *Genealogía de la historia. Ensayos de Historia Teórica III*, Madrid, Akal, 1999, p. 159.

ventar datos y crear engaños premeditados y conscientes. El filósofo francés Jacques Rancière, de quien tomo prestado el sentido en el que se debe entender la susodicha palabra,²⁰ habla sobre una ficción “positiva”. Para él, la ficción positiva o racional requiere de la distinción entre ficción y falsedad; fingir no es proponer engaños, sino proponer estructuras inteligibles (cosa que, por supuesto, hace el historiador). El arreglo ficcional es un arreglo entre signos/significados: es una modalidad de contar historias que consiste, ante todo, en dotar de sentido al mundo “empírico” de las acciones oscuras y los objetos cualquiera.²¹

Si bien el historiador no inventa los hechos y los personajes, sí impone a estos hechos y personajes toda una coherencia ilusoria al narrativizarlos. El historiador dota de sentido al pasado porque intrínsecamente no tiene ninguno, le atribuye significaciones diferentes que influyen en la manera en que son captados tanto por él como por sus lectores. Este significado, sigo insistiendo, no los descubre en los hechos *per se*, sino que emanan del lenguaje mismo. El historiador utiliza diversas estrategias conceptuales, retóricas, tropológicas, poéticas, en otras palabras lingüísticas, para dar un aura de inteligibilidad a los hechos, así como para permitir la representación del tipo histórico. Esta imposición de estructuras lingüísticas, que no pertenecen al orden de lo real, de lo efectivo, de lo empírico en sí mismas, es lo que permite afirmar que el historiador crea ficciones. De modo que, como indica Hayden White, los historiadores producen a partir de los rastros del pasado, algo que esos rastros nunca fueron ni nunca indicaron, a saber: “*Un texto histórico de estructura narrativa o verbal cuyo contenido es tanto creado como descubierto*”.²² Sin embargo, como demostraré, estas ficciones no son para nada arbitrarias ni engaños premeditados: son parte importante del quehacer historiográfico ya que permiten tanto la representación como la comprensión del pasado.

²⁰ Jacques Rancière, “Si de ello se desprende que la historia es ficción. De las modalidades de ficción”, en François Perus, *op. cit.*, p. 270-271.

²¹ *Ibidem*. Téngase en mente las críticas nietzschianas, heideggerianas y posestructuralistas al “ser como presencia”: la convicción de que las cosas tienen en sí mismas una esencia que las reviste. Ahora podemos darnos cuenta que esa esencia no es más que el resultado del arreglo ficcional. Un gran ejemplo de dicha crítica dentro de la historiografía mexicana es la excelente y sugestiva obra de Edmundo O’Gorman (¿cuál de todos sus trabajos no son así?), *La invención de América. Investigación acerca de la estructura histórica del nuevo mundo y del sentido de su devenir*, México, Tierra Firme, 1958. Aquí O’Gorman afirma que “el ser de las cosas no es algo que ellas tengan de por sí, si no es algo que se les concede u otorga”; véase igualmente, del mismo autor, “Fantasmas de la narrativa historiográfica” en O’Gorman (selección y presentación de Álvaro Matute), *Ensayos de filosofía de la historia*, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Históricas, 2007. He tomado y desarrollado un poco más las implicaciones de esta importante crítica *antifundamentalista* en la sección “Algunas consideraciones de la historia” de mi artículo “La filosofía narrativista de la historia: Hayden White y Frank Ankersmit” publicado en Manuel Ordóñez Aguilar, *op. cit.*

²² White, *Metahistoria... op. cit.*, p. 9.

3. La ficción en el escrito histórico: “la poética de la historia”

3.1 Narración y representación histórica

Como hice mención anteriormente, la filosofía narrativista de la historia se concentra en el estudio del texto histórico acabado. Estudia a la historiografía no desde lo que *debe y puede ser*, sino desde lo que *evidentemente es*: antes de atender lo que lo que los historiadores dicen que hacen, atiende lo que efectivamente escriben. Ahora bien, es innegable que la narrativa ha sido siempre, y continua siendo, el modo imperante de escribir la historia. Como afirma White, debemos de partir del irrefutable hecho histórico de que los discursos distintivamente históricos producen de modo característico interpretaciones narrativas de su tema de estudio —este hecho es, como dije, lo que diferencia a la historiografía de otras formas de historizar el pasado como la crónica y los anales.¹ Así, utilizando para mis fines las palabras de Benedetto Croce, podemos afirmar que donde no hay narrativa no hay historiografía. Ignorar la dimensión narrativa de la representación del pasado a través del texto histórico, es negar el “contenido” sin el que este tipo de discurso nunca podría llegar a existir: el lenguaje.² Esto nos lleva a formular la siguiente pregunta: como estructura verbal, ¿cuál es la implicación de la narrativa en el proceso de representación del pasado a través del texto histórico?

Para intentar responder satisfactoriamente a dicha pregunta, retomaré la idea formulada anteriormente de la diferencia entre anales, crónicas e historiografía. Al enfrentarnos con una escritura histórica en forma de anales, uno observa inmediatamente su principal característica: es una lista concisa de hechos registrados cronológicamente (año por año). Los anales presentan una total falta de narratividad, es decir, no posee ninguna de las caracte-

¹ White, “Teoría literaria y escrito histórico” en Françoise Perus, *op. cit.*, p. 232.

² La escuela de los *Annales*, en específico la tendencia braudeliana, ha visto con malos ojos la historia narrativa. Su rechazo se debe a que han encasillado la narrativa como una expresión heredera de la tradición puramente literaria, cuya forma es inherentemente “novelística” y “dramatizadora” más que científica. Véase White, “La cuestión de la narrativa en la teoría historiográfica actual” en *El contenido de la forma... op. cit.* La dificultad radica en que generalmente se asocia el concepto “literatura” no con el fenómeno de la escritura en general, sino con una expresión de ésta en particular: la novela (que a su vez es caracterizada como un relato ficticio y con intenciones puramente estéticas). Sin embargo, la narrativa no es exclusivamente “novelística”; es, más bien, una forma cultural de carácter general que se usa para representar tanto acontecimientos reales como ficticios y cuya implicación es más ontológica que epistemológica. Los debates en torno a la adecuación de la narrativa para representar fielmente la realidad pasada o presente en términos puramente epistemológicos, nos llevan a un callejón sin salida. Así, la narrativa puede ser concebida como un aparato o sistema semiológico eficaz para la producción de significados. Al final, la preferencia por una forma narrativa o no narrativa de representación e, igualmente, por una cientifización de la historiografía, no representa más que la afirmación de una preferencia por una modalidad específica de conceptualización cuyas bases son más ideológicas y morales antes que verdaderamente objetivas.

rísticas que atribuimos a un relato. No hay un tema central ni mucho menos una trama que ligue entre sí a los hechos (causas y efectos), estos no tienen un comienzo bien diferenciado, un medio y un final, ni tampoco una voz narrativa identificable. Pareciera que los hechos simplemente ocurrieron, y así como ocurrieron simplemente terminaron (carece de conclusiones).³ En su escueto registro no hay rastros de subjetividad ni juicios de valor, consideraciones o análisis de otro tipo. Irónicamente, pareciera que los anales representan los perfectos ideales de objetividad que se exigen a cualquier texto histórico desde el siglo XIX. Lo más parecido a la subjetividad sería sólo la decisión de registrar ciertos hechos y no otros —el significado de los hechos recaería igualmente en esta decisión.

Desde nuestra perspectiva como lectores modernos, en los anales hay muchos cabos sueltos; nos dejan con una sensación de vacío ya que entre hecho y hecho no existe información detallada ni necesidad de explicar por qué y cómo ocurrieron los acontecimientos que registra. Como afirma White, lo que falta en los anales para dar ese efecto de plenitud y regularidad a los hechos que registra, es una noción de centro por la cual ubicarlos unos respecto de otros y dotarles de significación moral y ética (en todo el sentido de ambas palabras). La ausencia de esta noción de centro, —ficticio pero necesario, recuérdese la crítica de Derrida a esta noción— ya sea social, político, religioso, filosófico, etc., es lo impide a los anales clasificar los acontecimientos que trata como elementos de un campo histórico coherente. Y es la ausencia de este centro lo que evita o corta cualquier impulso que pudiese haber tenido de configurar su discurso de forma narrativa. Así, White concluye que “Hegel tenía razón cuando afirmó que un relato verdaderamente histórico tiene que exhibir no sólo una cierta forma, a saber, la narrativa, sino también un cierto contenido a saber, un orden político-social”⁴ incluyendo el filosófico, religioso, cultural, etc.

En las crónicas es donde encontramos estos intentos por otorgar un centro significativo a los acontecimientos para dotarlos, así, de coherencia al insertarlos dentro de una incipiente narrativa. La diferencia que presenta respecto de los anales es que la crónica posee una mayor globalidad, organiza sus contenidos por “temas y ámbitos” y, obviamente, contiene mayor coherencia narrativa. Tiene también un tema central —la vida de un individuo, ciudad o región; alguna gran empresa como una guerra, conquista o cruzada; o alguna institución como la iglesia, la monarquía etc. La crónica se vincula a los anales por la perseverancia de organizar el discurso entorno a la cronología y por no presentar un cierre, sino que, al igual, simplemente termina (termina en el presente del autor dejando las cosas sin resolver). Esta falta de cierre es lo que impide a la crónica exhibir los rasgos de una narratividad propiamente desarrollada. Presenta los acontecimientos como relatos, pero gracias a su incon-

³ White, “El valor de la narrativa...” en *ibid* p. 22-23. Aquí, White, a quien sigo en su argumentación sobre la diferencia entre anales, crónica e historiografía, analiza un anal medieval titulado *Monumenta Germaniae Historica*. Sus observaciones bien pueden ser aplicadas a otros ejemplos de anales como los códices históricos prehispánicos. No debe considerarse a estas y a las crónicas como formas históricas imperfectas o carentes de *historicidad*, más bien son productos particulares de concepciones específicas sobre el tiempo, el presente y la realidad histórica. Dicho de otras palabras, son *diferentes modos que tiene colectividades dadas de concebir el tiempo y figurarse su relación con el pasado*. Véase Françoise Perus, “Introducción. Deslindes” en Perus, *op. cit.*, p. 13. Bajo esta idea, la historiografía académica que actualmente empleamos es solamente *otro modo diferente* de concebir el tiempo y relacionarnos con el pasado; un modo no superior, como muchos prefieren creer, sino simplemente diferente.

⁴ White, “El valor de la narrativa...” en *El contenido...* *op. cit.*, p. 26-27.

clusión es un relato inacabado. La crónica parece estar dando una trama a sus hechos pero, debido a la presentación como riguroso orden de sucesión de unos a otros, no logra llegar al tipo de significación que encontramos en un discurso narratológicamente regido; el centro que parece dar la estabilidad a la narración se quiebra en *in media res*.⁵ Al igual que los anales, la crónica carece de toda referencia a una significación moral inmanente que pueda justificar y dar coherencia al centro: describe llanamente los acontecimientos.

Es esta necesidad de hallar un centro que pueda servir como base organizadora y moral del sistema social, político y cultural lo que hace a cualquier discurso ser una narrativa propiamente dicha. En efecto, como afirma White, “si toda narración plenamente realizada, definamos como definamos esa entidad conocida pero conceptualmente esquiva, es una especie de alegoría, apunta a una moraleja o dota a los acontecimientos, reales o imaginarios, de una significación que no poseen como mera secuencia, parece posible llegar a la conclusión de que toda narrativa histórica tiene como finalidad latente o manifiesta el deseo de moralizar sobre los acontecimientos de que trata.” La narración fáctica, como también la ficticia, está íntimamente ligada con (si no en función de) el impulso de moralizar la realidad, es decir, identificarla con el sistema social y cultural que está en la base de cualquier moralidad imaginable.⁶ El impulso moralizador es el que a su vez diferencia a los anales y la crónica de la historiografía. Por todo lo anterior, se puede afirmar que la historiografía, antes de ser un discurso producto de los paradigmas científicos, es un discurso producto de los paradigmas culturales —lo mismo se puede decir de la propia ciencia.

Esta es la implicación de la narrativa en el proceso de representar el pasado a través del texto histórico. La obra histórica no se limita a narrar cronológicamente los acontecimientos, no se limita a describirlos y hallar sus posibles vínculos causales. No basta con que el historiador sea objetivo ni que sea escrupuloso en sus técnicas y métodos de valoración de pruebas, su exposición seguirá siendo algo menos que una “verdadera historia” si no ha conseguido dar a la realidad la forma de un relato; si no ha conseguido dotar a la realidad de un significado o centro que le de coherencia, forma y cierre. Si bien se argumenta que la diferencia entre discursos realistas y discursos ficcionales está en sus referentes (la obra histórica no inventa a sus personajes y acontecimientos), lo que tienen en común es su condición de aparatos semiológicos que producen significados mediante la sustitución sistemática de objetos significativos y contenidos conceptuales por las entidades extradiscursivas que les sirven de referente. Aquí, la narrativa, antes de ser una forma de hablar pura y transparente sobre la realidad, es, como bien afirma White, un sistema particularmente efectivo para la producción de significados discursivos mediante el cual puede enseñarse a las personas a vivir una «relación característicamente imaginaria con sus condiciones de vida reales». Es una relación irreal o ficticia pero válida con las formaciones sociales en las que están inmersas y en las que despliegan su vida y cumplen su “destino” como sujetos sociales.⁷

⁵ *Ibid*, p. 32.

⁶ *Ibid*, p. 29.

⁷ *Ibid*, p. 11-12.

Ahora bien, un historiador profesional puede seguir argumentando que él no crea significados ni ficciones morales de ningún tipo (eso iría contra sus ideales de objetividad) ya que todo lo que puede inferir acerca del pasado lo halla allí. La suposición es que cualquier centro o estructura significativa se encuentra en el pasado mismo y que él sólo se limita a contarlo; es como si el pasado “hablara por sí mismo” o “contara su propia historia”. Pero ¿en verdad los acontecimientos reales (pasados y presentes) se nos presentan a nuestros sentidos con las formas y estructuras que solemos encontrar en las narrativas —con significados, tramas y centros inmanentes? O, por el contrario ¿no será que debido a nuestros impulsos y necesidades de coherencia y realismo nosotros mismos dotamos a la realidad de esas formas y estructuras que sólo podemos encontrar gracias a la narratividad? Sólo con echar un vistazo a la historia de la historiografía podemos darnos cuenta de la artificialidad de la primera idea. E, igualmente, con ese mismo vistazo, podemos considerar seriamente la posibilidad de la segunda idea.

Desde este punto de vista, la función de la narrativa en el proceso de representación histórica no reside sólo en comunicar un estado de cosas sobre la realidad pasada, sino construir literalmente un discurso significativo de ella. No debemos considerar que la narrativa sea más “literaria” ni que “explique” mejor o peor que otros tipos de discursos, como el científico. La cuestión central aquí es que el discurso narrativo produce un tipo de significación bastante diferente del que producen sus homólogos.⁸ Y lo hace imponiendo una forma discursiva a los acontecimientos que contiene su crónica utilizando para este fin diversas estrategias conceptuales, retóricas, tropológicas, en otras palabras lingüísticas. White llama a esta dimensión lingüística de la representación y del texto histórico la “poética de la historia” ya que se extrae más del ámbito realizativo de la *poiesis* que de la *noesis* (de lo creativo o producido que de lo inferido por un acto intencional de intelección).

Esta consideración permite una discriminación más sutil de la relación entre forma y contenido del discurso histórico de la que se realiza tradicionalmente partiendo de la idea de que los hechos constituyen solamente el cuerpo del discurso (contenido) y el estilo (forma) su elegante ropaje, fungiendo este último un papel más estético que cognitivo.⁹ Sin embargo, ahora es posible reconocer que el lenguaje es tanto una forma como un contenido, o, en otras palabras, que la forma de representación es parte del contenido, es, también, la *sustancia* de la historiografía.

3.2 Retórica y tropología en la representación histórica

En el discurso histórico, pues, la narrativa sirve para transformar en historia una lista de acontecimientos que de otro modo serían sólo una serie acomodada de forma cronológica. A fin de conseguir esta transformación, los acontecimientos, agentes y acciones representadas en la crónica deben codificarse como elementos de un relato. Es decir, los datos hallados en las “huellas” o evidencias del pasado (los referentes reales que permiten comprobar algún estado de cosas ocurridas en él) deben dotarse de una significación —los tipos de centros criticados por Derrida— y estructura argumental que les permitan seguir un desa-

⁸ *Ibid*, p. 60.

⁹ White, “Teoría literaria y escrito histórico” en Perus, *op. cit.*, p. 233.

rollo lógico y coherente por medio de una operación que White denomina “tramado” (entendiéndose ésta como la codificación de los hechos contenidos en la crónica como componentes de *tipos* específicos de estructuras de trama: trágica, cómica, romántica, satírica, etc.). Los textos históricos ganan parte de su efecto explicativo gracias a estas operaciones lingüísticas.

La dotación de una trama a los acontecimientos es llevada a cabo a partir de técnicas discursivas que en su naturaleza son más tropológicas (uso de lenguaje figurado) que lógicas, un fenómeno enteramente dentro del lenguaje. Los “giros” trópicos, y no los lógicos —el discurso histórico no tiene una estructura silogística— gobiernan tanto la dotación de coherencia estructural a una serie de acontecimientos en forma de trama, como la transferencia de supuestos significados a una serie de hechos. Como afirma White:

Indudablemente es debido sólo al tropo, y no a la deducción lógica, que una serie dada de tipos de acontecimientos pasados que desearíamos llamar históricos pueda ser (primero) *representada* en el orden de una crónica; (segundo) *transformada* por la trama en un relato con fases identificables de comienzo, nudo y fin; y (tercero) *constituida* como el tema de cualquier argumento formal que pueda aducirse para establecer su “significado” cognitivo, ético o estético, según el caso. Estas tres abducciones tropológicas tienen lugar en la composición de todo discurso histórico, aun en aquellos que como la historiografía estructuralista moderna, esquivan el relato, e intentan limitarse al análisis estadístico de instituciones y procesos de gran escala, efectivamente sincrónicos, ecológicos y etnológicos.¹⁰

El lenguaje figurativo o tropológico (metafórico) es el que nos permite enlazar un orden de cosas o palabras con un orden de pensamiento (por ejemplo *manzana* con *tentación*). En este sentido, como mencioné en el primer capítulo de este trabajo al hablar de las ideas de Nietzsche, los tropos nos invitan a ver una cosa en términos de otra. En la narrativa histórica, el uso de un tropo (metáfora, sinécdoque, metonimia, ironía) no sólo permite las abstracciones de tipo inductivo, deductivo y causal, sino que también permite enlazar, de manera simbólica y no lógica, un acontecimiento con una trama (trágica, romántica, cómica, satírica). La trama permite el desenvolvimiento del relato y la caracterización de los hechos con un tipo específico de significado: como dice Paul Ricoeur, aprendemos a ver *como* trágicos, *como* cómicos, *como* satíricos, *como* románticos ciertos acontecimientos.¹¹

En la narrativa histórica, la trama aparece como si fuera inmanente a los hechos históricos mismos pero realmente son producto de la dinámica tropológica y retórica. Es un arreglo ficcional o realización significativa que tiene que ver más con la herencia cultural del histo-

¹⁰ *Ibid.*, p. 240.

¹¹ Paul Ricoeur, en el tercer volumen de su *Tiempo y Narración*, estudió lo que él llamó “el entrecruzamiento de la historia y de la ficción”, y concuerda con White en que la narrativa histórica imita los tipos de construcción de la trama recibidos de la tradición literaria. Pero que el préstamo no se reduce sólo al plano de la composición, sino también concierne a la función representativa de la imaginación histórica. Los tropos metafóricos con su invitación al “*como si...*” (ver “esto” *como si* fuera “aquello”), nos enseñan a ver *como* trágicos, *como* cómicos, *como* románticos, etc., ciertos acontecimientos. Así, afirma Ricoeur, “la tropología se convierte en el imaginario de la *representancia* histórica.” Pero lo sorprendente para este autor es que esta interconexión entre la historia y la ficción no debilita el proyecto de *representancia* de ésta última, sino que contribuye a realizarlo. P. Ricoeur, *Tiempo y Narración. El tiempo narrado*, vol. III, México, siglo XXI, 1996, pp. 901-917.

riador que con un hallazgo supuestamente científico. Esta idea se refuerza más con la consideración de que cualquier conjunto de acontecimientos reales puede soportar el peso de ser contado como un tipo diferente de trama. Ningún acontecimiento histórico es intrínsecamente trágico, cómico o romántico; puede ser concebido como tal sólo desde un punto de vista determinado o dentro del contexto de una situación concreta. Lo que puede ser trágico para una sociedad puede ser cómico para otra; todo depende del sistema de valores, creencia y pensamiento en el cual se desarrolla. En otras palabras, no hay necesidad lógica o natural intrínsecamente en los acontecimientos que gobierne la decisión de tramarlos de una forma específica. Como afirma White, todo lo que el historiador necesita hacer para transformar una situación trágica en una cómica es adoptar otro punto de vista o modificar el alcance de sus percepciones. Solamente pensamos en las situaciones como trágicas o cómicas porque esos conceptos son parte de nuestra herencia, cultural en general y, en particular, literaria.¹²

El historiador comparte con su audiencia *nociones generales* de las *formas* que las situaciones humanas significativas *deben* adquirir en virtud de su participación en los procesos específicos de dotación de sentido que lo identifican como miembro de un cierto legado cultural. Cuando se enfrenta al proceso de estudio de un conjunto dado de acontecimientos, comienza a percibir la *posible* forma narrativa que tales acontecimientos *pueden* adoptar. En su relato acerca de cómo ese conjunto de acontecimientos adquirió la forma que percibe como inherente, el historiador trama su narración como un relato de un tipo particular.¹³

Los sistemas de producción de significado están determinados por los sistemas morales e ideológicos de una cultura dada. Lo real en sí mismo no está provisto de estas estructuras simbólicas, se les otorga de forma discursiva. Como mencioné anteriormente, es en este sentido que podemos considerar al texto histórico como un objeto semiótico, un complejo de símbolos que nos señala direcciones para encontrar un icono de la estructura de los acontecimientos, que nos enseña a mirarlos desde una óptica determinada y que carga nuestros pensamientos de ciertas valencias emocionales. Sin embargo, el que este arreglo sea ficcional no es motivo para descartarlo como mera construcción arbitraria; ello supondría la negación de que discursos no científicos como la literatura, la poesía y la filosofía tengan algo válido que enseñarnos sobre la realidad. ¿Acaso no organizamos nuestras vidas sociales, políticas, culturales y económicas entorno a centros ficcionales como la democracia, la igualdad, la libertad, etc.? ¿No es verdad que regulamos nuestras acciones por medio de sistemas éticos, morales, ideológicos o filosóficos? Es cierto que estas ficciones fueron y son creadas por medio de nuestras experiencias con lo real, pero de ninguna manera quiere decir que estén de forma natural en él.

Dentro de una cultura, nada de lo cultural es, por definición, natural. Vivimos literalmente dentro imaginarios que construyen nuestra realidad y esta labor, en parte, se debe a nuestros discursos históricos. Ankersmit tiene razón al señalar que el historiador es en esencia algo más que el detective de Collingwood que está en busca del asesino de Juan Pérez. Sin, por ejemplo, la interpretación iusnaturalista y secular del mundo (sin olvidar el racionalismo y empirismo) de los Ilustrados del siglo XVIII, no existirían las Naciones modernas ni nues-

¹² White, "El texto histórico..." en *El texto histórico como artefacto literario... op. cit.*, p. 115.

¹³ *Ibid.*, p. 116.

tros sistemas de organización social tal cual las concebimos hoy. O sin la visión dialéctica de la realidad de Hegel, no hubiera sido posible la interpretación marxista de la historia y el consecuente arreglo social entorno a la política y la economía que ella establece. Lo que tienen en común todas ellas es un entendimiento y entramado diferente de la historia y sus procesos. Es sólo gracias a su comprensión poética de la realidad (pasada), a su genio metafórico, que cogieron una visión de él y pudieron informar a sus lectores sobre sus experiencias del pasado¹⁴, construyendo y ampliando, así, el entendimiento de su realidad presente.

De esta forma, la narrativa histórica, considerada como un sistema de signos, apunta hacia dos direcciones o, más bien, nos señala dos referentes: el referente primario, que son los acontecimientos reales que se describen; y el referente secundario, que son de naturaleza lingüística (retórica) y constituyen los tipos de trama (*mythos*), cultivados en una cultura determinada, que el historiador ha elegido como estructura de los acontecimientos —la forma es parte del contenido. Desde esta perspectiva, se puede afirmar que el historiador hace tanto ciencia (*neosis*) como arte (*poiesis*). En el nivel de la ciencia o la investigación, el historiador se ocupa del estudio de un archivo o cualquier otro tipo de lugar donde halle las “huellas”, evidencias o “datos duros” del pasado. Su tarea se centra en distinguir la “verdad” y recolectar datos precisos acerca de las entidades pasadas. Igualmente recupera información ya olvidada, suprimida u obscurecida. En el nivel del arte o la escritura, el historiador no se limita solamente a “reportar” los resultados de su investigación, sino que compone un discurso que dota a sus hallazgos de toda una estructura y coherencia significativa. Su tarea es producir *interpretaciones* de cualquier información y conocimiento del pasado adquirido en la fase de investigación, cuyo procesamiento se da en un modo narrativo de representación para la comprensión de sus referentes¹⁵ adquiriendo, así, todas las características que hasta ahora he mencionado.

Parte del rechazo de algunos historiadores profesionales a la filosofía narrativista de la historia, se debe a que han demeritado la distinción entre el proceso de investigación y el proceso de escritura. Éste último sólo es considerado como una información de lo que encontraron en los archivos, habla del mundo que está a su lado: ella no hace nada (el lenguaje como vehículo neutro y transparente de hablar sobre la realidad). Sin embargo, ya no es posible sostener tales argumentos que se sustentan en el mito de que la disciplina histórica es contemplativa o meramente constatativa. El discurso histórico es también producto de enunciados performativos que son de naturaleza retórica, y cuyo efecto, entre otros, es la construcción ideológica de la realidad.¹⁶

¹⁴ Ankersmit, “Hayden White’s Appeal to the Historians” en *History and Theory*, vol. 37, mayo 1998, p. 186.

¹⁵ White, “Teoría literaria...” en Perus, *op. cit.* p. 239.

¹⁶ Alfonso Mendiola, “Hayden White: la lógica figurativa en el escrito histórico moderno” en <http://elnarrativista.blogspot.com/2007/01/hayden-white-la-lgica-figurativa-en-el.html>. Los términos “enunciados constatativos” y “enunciados performativos” vienen de la teoría de los actos del habla que es uno de los primeros postulados de la filosofía pragmática del lenguaje. Su formulación original se debe a John Langshaw Austin en su obra póstuma *Cómo hacer palabras con cosas*. En términos generales, un enunciado constatativo es aquel que, como su nombre lo indica, constata o confirma hechos y debido a esto se puede esclarecer su verdad o falsedad. Un enunciado performativo es aquel que no se limita solamente a constatar un hecho, sino que por la misma acción de ser expresado *realiza* o *construye* el hecho; en este nivel los criterios de verdad o

Otra parte del rechazo se debe, precisamente, a la actitud negativa que algunos despliegan respecto a la retórica. Desde la institucionalización de la historia en el siglo XIX, se nos ha enseñado que el historiador no hace retórica porque ésta es “algo malo”, ya que no está interesada en la verdad, sólo está interesada en la persuasión y que de esa forma impone su ley aunque está no sea “justa” ni “buena”. El término “retórica” se ha asociado con el engaño, con los razonamientos “falsos” y, por lo tanto, los historiadores debemos alejarnos de ella y evitarla. Por supuesto que esta visión es más ideológica que verdaderamente objetiva. La retórica no es una mera técnica de persuasión, es como señala Hayden White, toda una filosofía del lenguaje:

Los inventores de la retórica, Gorgias y Protágoras y todos los demás [sofistas] que fueron atacados tanto por Platón como por Aristóteles, eran en realidad filósofos del lenguaje. [Porque]... la retórica es filosofía; es una filosofía materialista y presume toda una ontología. Lo que los sofistas enseñaban es que la metafísica es imposible... [mientras que] *la retórica es concebida como una teoría de cómo se produce el significado, o cómo se construye el significado, no cómo se descubre el significado.*¹⁷

La retórica crea una actitud política (en todo el sentido de la palabra) entre el historiador, la realidad (pasada) y su narración sobre esa realidad. Así, siguiendo a White, la retórica es la teoría de la política del discurso:

No existe una manera “correcta” de decir y representar el mundo porque el lenguaje es arbitrario en su relación con el mundo al cual se refiere. Y cuál es el habla correcta o verídica depende de quién tiene el poder de determinarlo. Por tanto, la retórica es la teoría de la política del discurso [...] Dice que el discurso se elabora a partir de conflictos entre personas. Los que determinan quién tendrá el derecho, el poder, la autoridad de decir cuál es el habla correcta, y los que intentan definir el habla correcta [...] legislarla, son siempre autoritarios, de Platón en adelante.¹⁸

La retórica nos enseña que no existe un campo extraideológico, extramoral o extracultural para decidir el significado, la significación, el propósito o la verdad última, ya que estas siempre son producidas mediante las maquinaciones de *regímenes de verdad*. De este modo concebida, la retórica no es aquella practicada por Quintiliano o Cicerón, entre otros, que se

falsedad no pueden ser aplicados. En la disciplina histórica esta diferencia se puede aplicar para caracterizar las declaraciones singulares sobre el pasado (hechos), por un lado, y las interpretaciones sobre el pasado, por el otro. Por ejemplo, un enunciado constatativo de un acontecimiento histórico sería: “Cristóbal Colón arribó a una isla el 12 de octubre de 1492”; nosotros podemos constatar la verdad o falsedad del enunciado con base en las pruebas o evidencias documentales (o de cualquier otro tipo); en este nivel se desenvuelven las declaraciones singulares. Un enunciado performativo del mismo hecho histórico sería: “Cristóbal Colón descubrió América el 12 de octubre de 1492”; aquí no podemos apelar a los criterios de verdad o falsedad ya que lo que se hace no es *describir* el hecho, sino *interpretar* o *construir* el hecho con base a un cierto número de declaraciones singulares. La diferencia es sutil pero muy reveladora. Así, podemos afirmar que la fase de investigación histórica es constatativa, mientras que la fase de escritura es performativa. Para una mayor explicación de la diferencia entre enunciados constatativos y performativos, véase J. L. Austin, *How to Do Things With Words*, Cambridge (Mass.), Paperback: Harvard University Press, 2ª ed., 2005. Existe versión electrónica en español: J. L. Austin, *Cómo hacer cosas con palabras*, www.philosophia.cl / Escuela de Filosofía Universidad de ARCIS. (formato pdf).

¹⁷ Citado en Jenkins, *op. cit.*, p. 204. Las cursivas son mías.

¹⁸ *Ibid.*, p. 206-207.

caracteriza por ser un tipo de manual de reglas sistemáticas para la composición del contenido de un discurso (la retórica clásica del *inventio*, *dispositio*, *elocutio*, etc.). Es la retórica del siglo XVII (la escuela de Port Royal y Vico) que fue reinventada con una base semiológica y que se identifica con la teoría de los tropos, es decir, con el habla figurativa o metafórica. Ésta retórica nos habla sobre la relación entre las figuras, entre las palabras y las cosas, el lenguaje y la realidad, y en cómo se relacionan dentro de un discurso.

Así, como teoría tropológica, replantea la visión tradicional de considerar opuestas y mutuamente excluyentes (como oposiciones binarias) el habla literal y figurativa, fáctica y ficcional, referencial e intencional. Más bien nos invita a ver tales oposiciones como los polos de un *continuum* lingüístico, en los cuales se tiene que mover el habla para la articulación de cualquier discurso, “serio” o “frívolo”.¹⁹ En otras palabras, nos sugiere que en cualquier representación de hechos reales o ficticios el habla tanto literal como figurativa se tienen que valer inevitablemente una de la otra; se tienen que relacionar de una manera íntima para lograr su objetivo de representación: ni todo discurso es 100% literal o lógico, ni 100% figurativo o metafórico.

Desde esta perspectiva, la tropología aplicada al discurso historiográfico redefine la relación entre hecho y ficción. Implica que no debemos confundir hechos con interpretaciones. Un hecho o acontecimiento ocurre independientemente de nosotros, mientras que las interpretaciones son constituidas por las descripciones lingüísticas.²⁰ Así, la tropología nos permite contrastar las relaciones entre lo que en una cultura determinada se considera como verdades literales y verdades figurativas expresadas en sus discursos o tipos de relatos acerca de sí mismas o acerca de otros. Debido a que esas verdades figurativas en el escrito histórico pueden ser identificadas con las interpretaciones, significaciones y *mythos* que debe o puede alcanzar la realidad, la retórica y la tropología como filosofía del lenguaje adquieren gran relevancia para la teoría histórica contemporánea. Esto, por supuesto, no quiere decir, como he intentado aclarar a lo largo de la tesis, que el texto histórico sea un producto puramente imaginario y que la filosofía del lenguaje deje fuera toda tentativa de una explicación lógica, razonable o realista. Más bien quiere decir que sus verdades son tanto fácticas como figurativas, y que debido a la codificación metafórica del campo histórico éste puede presentar el material para la manipulación lógica o, más técnicamente, nomológica-deductiva.²¹

3.3 Análisis tropológico-composicional de la obra histórica

3.3.1 La teoría tropológica de Hayden White

Ya que el objetivo principal de esta tesis es identificar los elementos de ficción que el historiador crea para entender y explicar el pasado dentro del texto histórico, la teoría tropológica de Hayden White me es muy útil para mis fines. Así, antes de empezar con lo que será la demostración “práctica” de toda la teoría esbozada, me parece pertinente ocupar algunas

¹⁹ White, “Teoría literaria...” en Perus, *op. cit.*, p. 252.

²⁰ *Vid supra* nota 16.

²¹ White, “Teoría literaria...” en Perus *op. cit.*, p. 242.

cuartillas para hacer una exposición más profunda sobre los fundamentos de la llamada “poética de la historia” encarnada en la teoría tropológica de Hayden White. Hasta ahora ningún teórico de la historia ha sido más influyente en la introducción del giro lingüístico en la teoría histórica como White. Desde la publicación de su *Metahistoria*, se disparó el debate acerca de la *realidad histórica* y la forma en que los historiadores describen y explican dicha realidad. Debido a que su obra se concentra en problematizar el hasta ese momento olvidado lenguaje del historiador, White demostró *no* la imposibilidad de conseguir la apropiación de la realidad pasada (como sus críticos más radicales y tradicionalistas suelen creer), sino la ingenuidad del tipo de intuición positivista, que habitualmente se aprecia en la disciplina histórica, de creer que sus explicaciones son un mero reflejo limpio y transparente de esa realidad.

Como afirma Ankersmit, White demostró que esas intuiciones positivistas presentadas orgulosamente como la realidad histórica misma, es una ilusión que se crea en la disciplina histórica (producto de cambios de paradigmas y *regímenes de verdad*²²). Por supuesto que, sin duda alguna, hay una realidad histórica que, en principio, es accesible para el historiador. Pero White nos invita a pensar que muchos historiadores se han olvidado de esta realidad histórica, y confunden el producto de su codificación tropológica del pasado con el pasado en sí mismo. Así, White, en lugar de criticar la práctica del historiador y convertirla en mera propaganda u opinión, es el realista que nos recuerda la diferencia entre la realidad histórica *per se*, y la mera construcción intelectual de esa realidad.²³

Como representante de la filosofía narrativista de la historia, White está en contra de la noción objetivista y transparente del lenguaje del historiador. Su teoría y metodología, expresada más ampliamente en su célebre obra *Metahistoria* publicada por primera vez en 1973, está inspirada en las filosofías literarias estructuralistas y formalistas del lenguaje. Es decir, como acepta el propio White, su tratamiento es una consideración estructuralista de la escritura y el texto histórico. Esto le permitió considerar a la historiografía como un discurso, y más exactamente como un discurso expresión de razones de tipo culturales antes que científicas. Pensada así, el texto histórico introduce, en su tratamiento del pasado, una variable que White identifica con las estructuras poéticas (*poiesis*) y más específicamente

²² Suele pensarse que la historia de la disciplina histórica es una línea progresiva hacia el mejoramiento, es decir, que entre más avancen los estudios, técnicas y métodos de investigación, más cerca estaremos de la realidad histórica misma. El historiador, que se dice conocedor de los cambios y procesos históricos, olvida que su propia disciplina está sujeta a esos mismos cambios y procesos. Me gusta pensar que las sucesiones de una forma de *historizar* el pasado a otra, se dan más por cuestiones de “estilos” que por un aparente progreso en el conocimiento histórico. Paul Feyerabend, filósofo de la ciencia, consideró que el método de la historia del arte, según el cual la sucesión de estilos no supone que el estilo consecuente sea mejor que el antecedente, podría permitirnos comprender mejor el desarrollo de las teorías tanto científicas como históricas. La validez de cada estilo es producto de una convención entre académicos que está determinada, en última instancia, por el sistema de valores, creencias y pensamientos de determinada época. J. C. Bermejo Barrera y P. A. Piedras Monroy, “Genealogía de la historia”, en J. C. Bermejo Barrea y P.A. Piedras Monroy, *op. cit.*, p. 69. Otro filósofo de la ciencia, Karl Popper, señaló que no existe como tal *la* historia sino, más bien, muchas historias entre las cuales nosotros seleccionamos y rehacemos las que nos interesan. K. Popper, *Miseria del historicismo*, Madrid, 1987, en *Ibid*, p. 64.

²³ Ankersmit, “Hayden White’s Appeal to the Historians” en *History and Theory*, *op. cit.*, p. 186.

lingüísticas de las que se sirve el historiador, incluyendo con esto todas las implicaciones que hasta ahora explícitamente he mencionado.

El punto de partida del análisis de White es considerar a la obra histórica como “una estructura verbal en forma de discurso en prosa narrativa”. El texto histórico, dice, “combina cierta cantidad de ‘datos’, conceptos teóricos para ‘explicar’ esos datos, y una estructura narrativa para presentarlos como la representación de conjuntos de acontecimientos que supuestamente ocurrieron en tiempos pasados”.²⁴ Este es el primer nivel manifiesto de todo texto histórico ya que tales datos y conceptos aparecen en su superficie y pueden ser identificados con relativa facilidad. Es el segundo nivel, el “metahistórico”, el objetivo de toda la teoría tropológica de White:

Yo sostengo que además tienen un contenido estructural profundo que es en general de naturaleza poética, y lingüística de manera específica, y que sirve como paradigma precriticamente aceptado de lo que debe ser una interpretación de especie “histórica”. Este paradigma funciona como elemento “metahistórico” en todas las obras históricas de alcance mayor que la monografía o el informe de archivo.²⁵

En este contenido estructural profundo de conciencia, el historiador escoge estrategias conceptuales con las cuales *prefigura* el campo histórico y lo constituye como un dominio sobre el cual aplicará las teorías específicas para explicar lo “que en *realidad* estaba sucediendo” en él.²⁶ Esto quiere decir que, en este segundo nivel, el lenguaje opera como una estructura prefigurante del objeto de conocimiento e implica que los conceptos, explicaciones y significados no dimanen de los acontecimientos mismos, sino que les son *impuestos* desde afuera con base en una relación figurativa (tropológica) entre él y la realidad histórica. En suma, se trata, como hice mención anteriormente, de distinguir entre la realidad histórica misma y la representación que de ella hace el historiador, ya que éste nunca aprehende la realidad histórica *per se* sino siempre una forma ya conceptualizada o narrativizada de ella. Por eso, para que los acontecimientos puedan servir de base y ser objetos de explicación histórica, es preciso que, previamente, sean construidos conceptualmente como temas de estudio y objetos de conocimiento.²⁷ Ahora bien ¿cómo opera el lenguaje figurativo en el proceso de prefiguración del campo histórico?; ¿cuáles son los elementos y características específicas de esta estructura metahistórica o poética?

Como he declarado, para que el pasado, o una parte del pasado, pueda ser interpretado, primero tiene que ser construido como terreno habitado por figuras discernibles. Las figuras, a su vez, deben ser consideradas clasificables como distintos órdenes, clases, géneros y especies de fenómenos. Además, debe considerarse que existen ciertos tipos de relaciones entre ellas, cuyas transformaciones constituirán, como dice White, los “problemas” a resolver por las “explicaciones” ofrecidas en los niveles del tramado y la argumentación de la narración.²⁸ Así, este autor identifica cuatro formas principales de prefigurar el campo

²⁴ White, *Metahistoria...*, *op. cit.*, p. 9.

²⁵ *Ibidem.*

²⁶ *Ibid.*, p. 10.

²⁷ White, “Hecho y figuración en el discurso histórico” citado en Cabrera, *op. cit.*, p. 124.

²⁸ White, *Metahistoria...*, *op. cit.*, p. 39.

histórico cuyos nombres corresponden a los cuatro tropos principales del lenguaje retórico: metáfora, metonimia, sinécdoque e ironía. Estos cuatro tropos permiten caracterizar y relacionar los componentes del campo histórico (actores humanos o abstractos, objetos, procesos, fenómenos, etc.) y prepararlos para su aprehensión consciente.

En la metáfora (literalmente “transferencia”) los fenómenos pueden ser caracterizados en términos de su semejanza con, y diferencia de, otros al modo de la analogía o el símil. Como ya he dicho en varias ocasiones, la metáfora nos invita a ver una cosa en términos de otra, como en la frase “mi amor, una rosa”. Cuando un historiador prefigura el campo histórico utilizando principalmente el tropo de la metáfora, lo imagina de forma *representativa* ya que busca *identificar* de alguna u otra forma sus diversos componentes pese a lo que puede ser una evidente y manifiesta diferencia entre ellos. Su función principal es buscar una *fusión simbólica* de las diferentes entidades que ocupan el campo histórico, antes que por un medio de caracterizarlos como símbolos individuales. No es que se *reduzcan* o *integren* los diferentes fenómenos en una característica general, sino que se *identifican* con un símbolo en particular, como por ejemplo, cuando ciertos historiadores ven los cambios de los procesos del campo histórico *como* símbolos evolutivos de la libertad o el progreso humano; esto es, cambio = progreso/libertad (al igual que lo hicieron historiadores decimonónicos en su mayoría, como románticos y positivistas). Así, la metáfora, basada en su principio de similitud y representación, sanciona las prefiguraciones del mundo de la experiencia en términos objeto-objeto.²⁹ Si nosotros leyéramos literalmente las expresiones “cambio, progreso” y “mi amor, una rosa” no las entenderíamos ya que no existen conexión lógica entre ellas (son cosas diferentes), su identificación o relación se debe *sólo* a un proceso figurativo metafórico.

En la metonimia (literalmente “cambio de nombre”), el nombre de una parte de una cosa puede sustituir al nombre del todo, como en la frase “cincuenta velas” cuando lo que se quiere decir es “cincuenta barcos”. El término “barco” es sustituido por el término “vela” para *reducir* el todo a una de sus partes.³⁰ El papel del tropo de la metonimia en la prefiguración del campo histórico es, precisamente, caracterizar las relaciones de los fenómenos que habitan en ellas como una relación de todo a parte. Al reducir uno a la condición manifiesta del otro, como cuando decimos “el rugido del trueno”, puede adoptar la forma de una relación agente-acto (“el trueno *ruge*”) o de una relación causa-efecto (“el rugido *del* trueno”). Así, la metonimia, basada en el principio de contigüidad y reduccionismo, sanciona las prefiguraciones de la realidad en términos parte-parte. La metonimia nos invita a ver que los fenómenos en su totalidad son identificables con sus partes existiendo entre ellos una relación *extrínseca*. La “parte” de la experiencia que es aprehendida como “efecto” es relacionada con la parte que es aprehendida como “causa” a manera de una reducción. Como afirma White (e igualmente Nietzsche antes que él), por estas reducciones el mundo de los fenómenos se puebla de una muchedumbre de agentes y agencias que supuestamente existen *detrás* de él. Una vez separado el mundo de los fenómenos en dos órdenes de seres (agentes y causas por un lado, actos y efectos, por el otro), la conciencia queda dotada sólo por medios *puramente lingüísticos* de las categorías conceptuales (agen-

²⁹ *Ibid.*, p. 45.

³⁰ *Ibid.*, p. 43.

tes, casusa, esencias, centros) necesarias para la teología, la teleología, la ciencia y la filosofía de la reflexión “civilizada”.³¹ Es debido a estas reducciones que podemos hablar de una Historia universal o una macrohistoria. Como demostraré más adelante, en el nivel macrohistórico de *El queso y los gusanos*, Carlo Ginzburg opera dentro de una conciencia histórica metonímica.

Con el tropo de la sinécdoque, que muchos consideran una extensión de la metonimia, un fenómeno puede ser caracterizado utilizando la parte para simbolizar alguna *cualidad* presuntamente inherente a la totalidad, como en la expresión “es todo corazón”. Esta expresión leída como metonimia, nos invita a ver que una parte del cuerpo se ha utilizado para caracterizar al cuerpo entero del individuo. Pero en la sinécdoque, el término “corazón” debe ser entendido como una *cualidad* que es característica de todo el individuo. La sinécdoque señala una relación *intrínseca* de cualidades en común a manera de una *integración* de las cuales las partes no son más que réplicas *microcósmicas* de la totalidad. En la prefiguración del campo histórico, este tropo caracteriza las relaciones de los fenómenos como parte a todo, sanciona las prefiguraciones del mundo en términos objeto-totalidad; indaga las esencias intrínsecas en las partes que las lleven a caracterizarlas como constitutivas cualitativamente en el todo.³² Así, la sinécdoque se basa en el principio de *integración* y busca la identificación de las partes de una cosa como pertenecientes a un todo. Como mencione anteriormente, este tropo categoriza, objetiva, generaliza y simplifica, porque deduce de una observación la supuesta esencia de las cosas. Las partes participan del todo ya que tienen en común la esencia intrínseca que se dedujo en una modalidad de relación microcosmos-macrocosmos. Como igualmente demostraré más adelante, en el nivel microhistórico de su relato Ginzburg opera dentro de este tropo.

A pesar de las diferencias manifiestas en la forma de prefigurar el campo histórico, estos tres primeros tropos tienen una afinidad en común: la creencia en la capacidad del lenguaje para captar la naturaleza de las cosas. A estos tres tropos, que White adjetiva como “ingenuos”, se les opone un cuarto: el tropo de la ironía. El objeto de la declaración irónica es afirmar en forma tácita la negativa de lo afirmado positivamente en el nivel literal, o lo contrario. Presupone que el lector u oyente ya sabe, o es capaz de reconocer, lo absurdo de la caracterización de la cosa designada en la metáfora, la metonimia o la sinécdoque utilizada para darle forma. White declara que la ironía es un tipo de “metatropo”, porque se despliega en el pensamiento autoconsciente del posible mal uso del lenguaje figurativo. Así, este tropo representa un estado de conciencia en que se ha llegado a reconocer la naturaleza problemática del lenguaje mismo: señala la potencial futilidad de toda caracterización lingüística de la realidad.³³ En la prefiguración del campo histórico, la ironía caracteriza las relaciones de sus diferentes componentes como aporéticas y contradictorias. Como paradigma de la forma en que puede adoptar una representación del mundo, es intrínsecamente hostil a las formulaciones “ingenuas” de las diferentes explicaciones del lenguaje. Así, tiende a desarrollar y favorecer una visión del mundo escéptica en el pensamiento y

³¹ *Ibid.*, p. 44.

³² *Ibid.*, p. 45.

³³ *Ibid.*, p. 46.

relativista en la ética.³⁴ Dentro de este tropo, por ejemplo, operan los posestructuralistas y los llamados posmodernos, así como el propio Hayden White y, por supuesto, mi propio trabajo de tesis.

Una vez prefigurado el campo histórico utilizando uno o varios de estos cuatro tropos, el historiador aplica lo que White llama “protocolos lingüísticos” para conceptualizar, explicar, interpretar y representar en su obra histórica las relaciones que supuestamente halló en dicho campo. Este autor distingue cinco niveles de conceptualización en el texto histórico: 1) crónica; 2) relato de la crónica; 3) modo de tramar el relato; 4) modo de argumentar la trama; y 5) modo de implicación ideológica. “Crónica” y “relato” se refieren a elementos primitivos de la narración histórica ya que ambos representan los procesos de selección y ordenación de datos del *registro histórico* (el nivel de investigación). Primero, los elementos del campo histórico se organizan en una crónica mediante la ordenación de los hechos que se deben tratar en el orden temporal en que ocurrieron. Después, la crónica se organiza en un relato mediante la ulterior ordenación de los datos como componentes de un “espectáculo” o proceso de acontecimientos, que se supone tienen un comienzo, medio y fin discernibles. Esta transformación de la crónica en relato se efectúa por la caracterización de algunos sucesos de la crónica en términos de motivos inaugurales, de otros en motivos finales, y de otros más en términos de motivos de transición.³⁵

Como bien se sabe, a diferencia de algunos novelistas, los historiadores no inventan sus acontecimientos; se enfrenta a un verdadero caos de sucesos *ya constituidos*. Sin embargo, debido precisamente a este sin fin de datos, debe escoger los elementos del relato que narra. Es decir, hace su relato incluyendo algunos hechos y excluyendo otros, subrayando algunos y subordinando otros. Como dice White, este proceso de exclusión, acentuación y subordinación se realiza con el fin de *constituir un relato de un tipo particular*. Generalmente los historiadores argumentan que ellos “hallan” sus relatos en el campo histórico que estudian, pero realmente, con base en los hechos (crónica), construyen su relato. Un mismo hecho puede servir como elemento de distinto tipo en diferentes relatos dependiendo del papel que se le asigne. Por ejemplo, la muerte de un rey o una guerra puede servir como elemento inicial, de transición o final en tres relatos distintos. En otras palabras, un suceso del que simplemente ocurrió en determinado momento y lugar se transforma en un hecho inaugural por su caracterización como tal. El historiador, entonces, ordena los hechos de la crónica en una jerarquía de significación asignando las diferentes funciones como elementos del relato a modo de revelar la coherencia formal de todo un conjunto de acontecimientos.³⁶

A fin de llevar a cabo la ordenación de hechos selectos de la crónica en un relato, se deben plantear preguntas específicas que el historiador se obliga a anticipar y responder en el curso de su investigación. Esas preguntas son del tipo: “¿Qué pasó después?” “¿Cómo sucedió todo eso?” “¿Por qué las cosas sucedieron así y no de otro modo?” “¿Cómo terminó todo?” Sin embargo, esas no son las únicas cuestiones que incumben al historiador ya que también en su obra histórica responde a preguntas como: “¿Qué significa todo eso?” “¿Cuál

³⁴ *Ibidem*.

³⁵ *Ibid*, p. 16 y 17.

³⁶ *Ibid*, p. 18.

es el sentido de todo eso?” Estas preguntas ya no pueden ser respondidas en el nivel simple de la crónica y el relato, sino que tienen que ver con la estructura del *conjunto completo de hechos* considerados como un relato *completo*,³⁷ es decir, en la obra histórica en su totalidad. Dichas preguntas se pueden responder con los tres siguientes niveles de conceptualización que he mencionado: 1) modo o explicación por trama; 2) modo o explicación por argumentación; 3) modo o explicación por implicación ideológica.

White llama explicación por trama a la que da el “significado” de un relato mediante la identificación del *tipo de relato* que se ha narrado. Es decir, es la codificación de los hechos contenidos en la crónica como componentes de *tipos* específicos de estructuras de trama. Si en el curso de la narración de su relato el historiador le da la estructura de trama de una tragedia, lo ha “explicado” de alguna manera; si le da la estructura de una comedia lo ha “explicado” de otra. El tramado es la manera en que una secuencia de sucesos organizada en un relato se revela de manera gradual como un relato de cierto tipo particular.³⁸ Toda historia, hasta la más “sincrónica” o “estructural”, está tramada de alguna manera. White identifica cuatro formas principales de tramar un relato: a) modo romántico; b) modo cómico; c) modo trágico; y d) modo satírico.

El modo romántico, explica White, es un drama de autoidentificación simbolizado por la trascendencia del héroe del mundo de la experiencia. Es un drama del triunfo del bien sobre el mal, la virtud sobre el vicio, de la luz sobre las tinieblas. Es un drama de desgarramiento por el temor de que finalmente el hombre sea el prisionero del mundo antes que su amo; y de que la conciencia y voluntad humanas son siempre inadecuadas para derrotar a la fuerza oscura de la muerte, enemigo irreconciliable del hombre. En el trama romántico, al final el hombre vence al mundo de la experiencia.³⁹

El modo de trama cómico sugiere la posibilidad de una liberación al menos parcial de la condición de la “caída”; y un escape provisional del estado dividido en que los hombres se encuentran en el mundo. Este triunfo provisional se da por medio de la perspectiva de ocasionales reconciliaciones de las fuerzas en juego del mundo social. Tales reconciliaciones, apunta White, están simbolizadas en las ocasiones festivas que el historiador cómico tradicionalmente utiliza para terminar sus dramáticos relatos de cambio y transformación. Igualmente, en este tipo de trama, las reconciliaciones son entre hombres y sociedad. La condición de la sociedad es representada como más pura y sana debido al resultado de la pugna entre elementos opuestos que al final se ven armonizables entre sí.⁴⁰ Yo sostengo que, en el nivel macrohistórico de su obra, Ginzburg trama su relato en un modo esencialmente cómico.

La trama trágica, al igual que la comedia, sugiere la posibilidad de una liberación parcial del hombre. Aquí no hay ocasiones festivas; hay intimaciones de estados de división entre hombres más terribles que el que incitó el *agon* trágico. Al final, se da la caída del protagonista y la cosmovisión del mundo en que habita. Pero esto no es totalmente amenazante:

³⁷ *Ibidem.*

³⁸ *Ibidem.*

³⁹ *Ibid.*, p. 19.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 20.

para los espectadores de la contienda ha habido una ganancia de conciencia. Se considera que dicha ganancia es una epifanía de la ley que gobierna la existencia humana. Es una revelación de las fuerzas que se oponen al hombre. Las reconciliaciones de la tragedia son más sombrías que las de la trama cómica. Es un tipo de resignación del hombre a las condiciones en que debe trabajar el mundo. El hombre no puede cambiarlas, sino trabajar dentro de ellas.⁴¹ Sostengo que en nivel microhistórico de su obra, es decir, en el relato de la historia de Menocchio, Ginzburg lo trama de un modo trágico.

La trama satírica, cuyo tropo dominante es la ironía, consigue sus efectos explicativos frustrando las expectativas de los otros tres modos de trama. Así, presupone la inadecuación última de las visiones del mundo representadas en los dramas romántica, cómica y trágica. Señala la convicción de que el mundo ha envejecido y, al igual, es consciente de su propia inadecuación como imagen de la realidad. La trama sátira impugna toda esperanza para comprender al mundo plenamente y, por tanto, prepara la conciencia del lector u oyente para el rechazo a toda conceptualización sofisticada de la realidad. Anticipa el regreso a una aprehensión mítica del mundo y sus procesos.⁴²

Tragedia y sátira son dos formas de tramar de historiadores que perciben una persistente estructura de relaciones o un eterno retorno de lo mismo en lo diferente. Romance y comedia acentúan la aparición de nuevas fuerzas o condiciones a partir de procesos que parecen ser inmutables. Debido a esto, para White, estas cuatro formas arquetípicas de trama permiten distinguir entre relatos diacrónicos (transformación de las estructuras a lo largo del tiempo) y sincrónicos (sentimiento de continuidad estructural a través del tiempo). Estos modos de tramar, dice White, no son mutuamente excluyentes ni deterministas ya que el historiador puede tramar un mismo relato usando dos o más tipos; más bien son una diferencia de énfasis en la relación continuidad-cambio.

Cada una de estas formas de tramar tiene su implicación para las operaciones cognoscitivas por las cuales el historiador busca “explicar” lo que “estaba sucediendo realmente”. A estas operaciones cognoscitivas White las relaciona con las formas de argumentar la trama. Con esto llegamos al segundo modo de conceptualización de la obra histórica: la explicación por argumentación formal. La argumentación formal ofrece una explicación de lo que ocurre en la trama del relato invocando principios de combinación que sirven como presuntas leyes de explicación histórica. Aquí, el historiador explica los hechos del relato (o la forma que él ha impuesto a los hechos al tramarlos de determinado modo) por medio de la construcción de una argumentación nomológica-deductiva. Para White, esta argumentación puede analizarse como un silogismo cuya premisa mayor consiste en una ley supuestamente universal de relaciones causales, la menor en las condiciones límite que esa ley es aplicable, y la conclusión de que los hechos analizados se deducen de las premisas por medio de una operación de deducción lógica (por ejemplo, la famosa ley de Marx sobre las relaciones entre la superestructura y la base).⁴³ Una cosa, dice este autor, es tramar el relato de “lo que sucedió” y “por qué sucedió así”, y otra muy distinta proporcionar un modelo verbal, en forma

⁴¹ *Ibidem.*

⁴² *Ibid.*, p. 21.

⁴³ *Ibid.*, p. 22.

de narración, por la cual explicar el *proceso de desarrollo* de la trama que lleva de una situación a alguna otra apelando a leyes generales de causalidad. Así, White distingue cuatro tipos distintos de argumentación formal o paradigmas que puede adoptar una explicación histórica: a) formista; b) organicista; c) mecanicista; y d) contextualista.

La explicación formista apunta a la identificación de las características exclusivas de los objetos que habitan el campo histórico. El historiador formista considera que una explicación está completa cuando determinado conjunto de objetos han sido debidamente identificados, y se les han asignado clase y atributos específicos y pegado etiquetas referentes a su particularidad. Los objetos aludidos pueden ser individuales o colectivos, entidades concretas o abstractas. Una vez que el historiador ha establecido la unicidad de los objetos particulares o la variedad de los fenómenos que el campo presenta, dice White, le ha dado una explicación formista. Este tipo de explicación se encuentra en cualquier historiografía donde la descripción de la variedad, el color, y la viveza del campo histórico es el objetivo central del trabajo. Los formistas tienden a hacer generalizaciones ya que son esencialmente “dispersivos” antes que “integrativos” en sus explicaciones.⁴⁴

La explicación organicista tiende a ser más “integrativa” y, por lo tanto, más reductiva en sus operaciones. Intenta describir los particulares discernidos en el campo histórico como componentes de procesos sintéticos. En el corazón de la estrategia organicista, dice White, hay un compromiso metafísico con el paradigma de la relación microcosmos-macrocosmos. El historiador que explica su relato utilizando este tipo de estrategia, ve las entidades individuales como componentes de procesos que se resumen en totalidades que son mayores a las sumas de sus partes. Así, tiende a estructurar su narrativa de manera que represente la consolidación o cristalización, a partir de un conjunto de hechos dispersos, de una entidad integrada cuya importancia es mayor que la de cualquiera de las entidades individuales. El interés en describir el proceso integrativo antes que sus partes, le da el carácter de “abstracto” a este modo. También tiende a orientarse hacia la determinación del fin o meta hacia el cual se “dirigen” los procesos del campo histórico. El organicista evita la búsqueda de “leyes” y, más bien, tiende a hablar de “principios” o “ideas” que informan los procesos individuales y todos los procesos en su conjunto. Estos principios e ideas son vistos como imagen o prefiguración del fin al que tiende el proceso como totalidad. Tales principios e ideas, apunta White, no funcionan como restricciones para realizar un objetivo distintivamente humano (como sí lo hacen las leyes), sino como garantías de una libertad humana esencial.⁴⁵

En la explicación mecanicista, las hipótesis son también integrativas en su objetivo, pero tienden a ser reductivas antes que sintéticas. El historiador mecanicista, dice White, se inclina a ver los “actos” de los “agentes” que habitan el campo histórico como manifestaciones de “agencias” extrahistóricas (leyes) que tienen su origen en el “escenario” donde se desarrolla la “actuación” descrita en la narración. Así pues, la teoría mecanicista gira en torno a la búsqueda de las leyes causales que determinan los desenlaces de procesos descubiertos en el campo histórico. Las configuraciones específicas de los objetos que habitan en

⁴⁴ *Ibid.*, p. 24-25.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 26-27.

el campo, son determinadas por las leyes que se presume gobiernan sus interacciones. Así, el mecanicista estudia la historia a fin de adivinar las leyes que gobiernan su operación, y escribe su historia a fin de mostrar en una forma narrativa los efectos de esas leyes. Esto hace que su relato sea igualmente abstracto que el organicista. Una explicación se considera completa sólo cuando ha descubierto las leyes que supuestamente gobiernan la historia, del mismo modo que se supone que las leyes de la física gobiernan la naturaleza. A continuación, el historiador mecanicista, aplica esas leyes a los datos con el fin de hacer sus configuraciones comprensibles como funciones de dichas leyes.⁴⁶

La explicación contextualista representa una concepción “funcional” de la significación de los hechos discernidos en el campo histórico. El presunto del contextualismo, declara White, es que los hechos pueden ser explicados colocándolos en el contexto de su ocurrencia. Por qué ocurrieron como lo hicieron se revelará por las relaciones específicas que tenían con otros sucesos que ocurrían en su campo histórico. El historiador contextualista insiste en que “lo que sucedió” puede ser explicado por las interrelaciones funcionales existentes entre los agentes y las agencias que ocupan el campo en cualquier momento determinado. La determinación de esa interrelación funcional, continua White, se hace por medio de una operación que algunos filósofos (W. H. Walsh e Isaiah Berlin) han llamado “coligación”. En esta operación el objetivo es identificar los “hilos” que ligan al individuo o a la institución con su específico “presente cultural”. Como estrategia explicativa, este modo de argumentar busca evitar tanto la tendencia dispersiva del formismo, como la tendencia abstracta del organicismo y mecanicismo. Lucha, en cambio, por una *integración relativa* de los fenómenos del acontecer histórico en términos de “tendencias” o fisionomías generales de periodos y épocas.⁴⁷

El contextualismo invoca tácitamente reglas de combinación para determinar las características familiares de entidades históricas. Estas reglas no son vistas como leyes de causa y efecto, sino que son interpretadas como relaciones efectivas (reales) que se presume han ocurrido en momentos y lugares específicos. Este modo de explicación, según White, procede aislando cualquier elemento del campo histórico como sujeto de su estudio, ya sea un elemento tan grande como la “Revolución Francesa”, o tan pequeño como un día en la vida de una persona específica. A continuación procede a recoger los “hilos” que unen el suceso a explicar con diferentes áreas del contexto. Los “hilos” son identificados y seguidos hacia afuera y hacia el espacio social y natural circundante dentro del cual el suceso ocurrió; y tanto hacia atrás en el tiempo a fin de determinar los “orígenes”, como hacia adelante en el tiempo a fin de determinar sus “efectos” e “influencias” en sucesos subsiguientes. El rastreo termina cuando los “hilos” desaparecen en el contexto de algún otro suceso, o bien convergen para causar la ocurrencia de algún suceso nuevo.⁴⁸

El impulso es vincular todos los sucesos en una cadena de caracterizaciones provisionales del acontecer “significativo”. El “fluir del tiempo histórico” es visto como un movimiento similar al de las olas, en que algunas fases o culminaciones son consideradas como intrín-

⁴⁶ *Ibid.*, p. 27-28.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 28.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 29.

secamente más significativas que otras. Es por esto que, afirma White, las estrategias explicativas se inclinan más hacia la representación sincrónica del proceso o hacia segmentos del proceso, cortes perpendiculares en el fluir del tiempo. De allí que las tendencias estructuralistas sean inherentes a una hipótesis contextualista del mundo.

En suma, estas cuatro formas de argumentación tienen afinidades con las cuatro formas tropológicas de prefigurar el campo histórico. Es decir, en el uso lingüístico mismo se provee al pensamiento de posibles paradigmas alternativos de explicación. La metáfora es representativa del mismo modo que se puede decir que es el formismo. La metonimia es reductiva de una manera mecanicista, y la sinécdoque es integrativa al modo como lo es el organicismo y el contextualismo.⁴⁹ Mientras que, para los historiadores profesionales, los paradigmas explicativos del mecanicismo y del organicismo han sido desechados por su estatus “abstracto” y “metafísico”, los modelos formista y contextualista han tendido a prevalecer como principales candidatos a la ortodoxia. Como menciona White, han representado los límites de la elección entre posibles formas que puede adoptar una explicación de tipo particularmente histórico. Sin embargo, como ya hice mención anteriormente, es debido a que no existe un acuerdo general sobre qué debería contar como una explicación histórica del pasado, ni sobre la forma que debe tener dicha explicación, que las preferencias hacia el formismo y el contextualismo parecería expresar solamente una preferencia del *establishment* académico. Esto sugiere una naturaleza “protocietífica” de los estudios históricos, ya que, como afirma White, “no hay bases epistemológicamente establecidas para la preferencia de un modo de explicar sobre otro”.

La decisión por una forma de explicación sobre otra parecería basarse en opiniones éticas y morales, antes que objetivas, y nos señala en qué medida el discurso histórico tiene un impulso no sólo a moralizar sobre los acontecimientos que narra, sino, también, a señalarnos la “forma” en que una *ciencia* del hombre y la sociedad debe adoptar. Como señala White, “la afirmación misma de haber distinguido un mundo de pensamiento y praxis social pasado en uno presente, y de haber determinado la coherencia formal de ese mundo pasado, implica una concepción de la forma que de adoptar también el conocimiento del mundo presente, en cuanto que es continuo con el mundo pasado”.⁵⁰ El compromiso con determinada forma particular de conocimiento predetermina los tipos de generalizaciones que se pueden hacer sobre el mundo presente, los tipos de conocimiento que se pueden tener de él, y, por lo tanto, los tipos de proyectos que se puede legítimamente concebir para cambiar ese presente o mantenerlo indefinidamente en su forma actual. En este sentido es que afirmo que el discurso histórico no sólo nos da un conocimiento del pasado (como discurso constataivo), sino que, literalmente, construye nuestra realidad presente (como discurso performativo): nos señala y nos enseña las posibles formas en que puede relacionarse el individuo con la sociedad y cómo vivir en ella. White tiene razón al decir que, indiscutiblemente, parece haber un componente ideológico irreductible en toda descripción histórica de la realidad.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 45.

⁵⁰ *Ibid.*, p. 31.

Así, las dimensiones ideológicas de una narración histórica reflejan el elemento ético y moral en la asunción de una postura particular por parte del historiador sobre el problema de la naturaleza del conocimiento histórico y las implicaciones que pueden derivarse del estudio de acontecimientos pasados para la comprensión de los hechos presentes.⁵¹ White distingue cuatro posiciones ideológicas básicas las cuales representan sistemas de valores que afirman la autoridad de la “razón”, la “ciencia” o el “realismo” como elementos indispensables para una apropiación “cognoscitivamente responsable” de la realidad: a) conservador; b) liberal; c) radical; y d) anarquista. Soy consciente de que aquí se me podría hacer una objeción: White utiliza implícitamente esta clasificación de ideologías para analizar a historiadores del siglo XIX ¿cómo utilizarla, sin llegar a un error de categorías, para analizar la obra de un historiador del siglo XX? Puedo argumentar a mi favor que la taxonomía de White resulta útil para analizar la historiografía del siglo XX por que los términos “conservador”, “liberal”, “radical” y “anarquista” no designan emblemas de partidos políticos específicos, sino preferencias o posturas ideológicas generales. Con este término, White se refiere a un conjunto de prescripciones para tomar posición en el mundo presente de la praxis social y actuar sobre él (ya sea para cambiarlo o mantenerlo).

En efecto, estos términos representan diferentes actitudes con respecto a la posibilidad de reducir el estudio de la sociedad a una ciencia, y la deseabilidad de hacerlo; diferentes nociones de las lecciones que pueden enseñar a las ciencias humanas; diferentes concepciones de la deseabilidad de mantener o cambiar el *status quo* social; diferentes concepciones de la dirección que deben tomar los cambios en el *status quo* y de los medios para efectuar tales cambios; y, finalmente, diferentes orientaciones temporales (ya sea hacia el pasado, el presente o el futuro como repositorio de un paradigma de la forma “ideal” de la sociedad). Así como la ideología va acompañada de por una idea específica de la historia y sus procesos, cada idea de la historia va acompañada por implicaciones ideológicas específicamente determinables, afirma White.⁵²

Los historiadores afines a un modo de implicación ideológica conservadora se caracterizan por desconfiar en las transformaciones programáticas del *status quo* social. Tienden a ver el cambio social a través de la analogía de gradaciones de tipo vegetal. La estructura social se considera sólida, y hay algún cambio que se considera como inevitable, pero se cree que es más eficaz cuando cambian partes particulares de la sociedad antes que relaciones estructurales. En cuanto al ritmo de los cambios, insisten en uno “natural”. Los conservadores, señala White, tienden a ver la evolución histórica como una elaboración progresiva de la institución que prevalece actualmente, estructura que consideran como utopía. Creen, al igual que los simpatizantes de las otras tres ideologías, que el “significado” de la historia puede ser descubierto y presentado en esquemas conceptuales cognoscitivamente responsables y no sólo autoritarios. Su concepción de un conocimiento distintivamente histórico, requiere una fe en la intuición como base sobre la cual construir una presunta “ciencia” de la histo-

⁵¹ *Ibid.*, p. 32.

⁵² *Ibid.*, p. 34.

ria. El conservador tiende a *integrar* sus varias intuiciones de los objetos del campo histórico en una visión general organicista del proceso entero.⁵³

Por su parte, los liberales desconfían relativamente menos del cambio en general, y en consecuencia son más o menos optimistas acerca de las perspectivas de transformaciones rápidas del orden social (esto también lo demuestran radicales y anarquistas). Ven el cambio social a través de la analogía de ajustes, de “afinaciones” de un mecanismo. White afirma que los liberales favorecen un ritmo de cambio llamado “social” del debate parlamentario, o el de procesos educativos y contiendas electorales entre partidos comprometidos a la observancia de las leyes de gobierno establecidas. Tienden a imaginar la evolución histórica como una elaboración progresiva de la estructura institucional. Imaginan un momento en el futuro en que esa estructura había sido mejorada, pero proyectan esa condición utópica hacia un futuro remoto, de manera que desalientan todo esfuerzo presente por realizarla precipitadamente, por medios “radicales.” Su creencia en un “significado” de la historia cognoscitivamente responsable, favorece su estudio de manera “científica” y “racional”. Buscan las tendencias generales o la corriente principal del desarrollo histórico.⁵⁴

En cuanto a los radicales, White asevera que creen en la necesidad de cambios estructurales con el fin de reconstruir la sociedad sobre bases nuevas. Contemplan la posibilidad de transformaciones cataclísmicas, pero tienden a tener mayor conciencia de la fuerza necesaria para realizar tales transformaciones, más sensibilidad a la fuerza de la inercia de las instituciones heredadas y, por lo tanto, a preocuparse más por los *medios* para realizar esos cambios que los anarquistas. Tienen la propensión a ver la condición utópica de la evolución histórica como *inmanente*, que es lo que inspira su preocupación por proveer los medios revolucionarios para realizar esa utopía ahora. Al igual que las otras tres ideologías comparten la creencia en la posibilidad de un estudio “racional” y “científico”, pero su intención es buscar las leyes de las estructuras y los procesos históricos.⁵⁵

Los anarquistas creen en la posibilidad de cambios estructurales con el fin de abolir la “sociedad” y sustituirla por una “comunidad” de individuos que se mantengan unidos por el sentimiento compartido de su “humanidad” común. En cuanto al ritmo de los cambios, señala White, que los anarquistas, al igual que los radicales, contemplan la posibilidad de cambios cataclísmicos, pero, a diferencia de estos, carecen de la sensibilidad y preocupación por los medios a realizarlos. Tienden a idealizar un pasado remoto de inconsciencia natural-humana de la cual los hombres han caído corruptos al estado “social” en que ahora se encuentran. A la vez, proyectan esa utopía en lo que es efectivamente un plano intemporal ya que la ven como posibilidad de realización en *cualquier momento*. Los hombres tan sólo deben adquirir el dominio de su propia humanidad esencial, ya sea por un acto de voluntad o por un acto conciencia que destruya la creencia socialmente originada en la legitimidad del establecimiento social presente. El anarquista se inclina hacia las técnicas esencialmente empáticas del romanticismo en sus relaciones históricas.⁵⁶

⁵³ *Ibidem.*

⁵⁴ *Ibidem.*

⁵⁵ *Ibidem.*

⁵⁶ *Ibid.*, p. 36.

En vano es tratar de juzgar de manera objetiva como más “realista”, más “racional”, más “científica” o más “verdadera” una concepción determinada del proceso y conocimiento histórico que las ideologías invocan. Porque como tales ideologías tienen su origen en consideraciones éticas, la adopción de determinada posición por la cual juzgar su adecuación cognoscitiva no representa más que otra elección ética. En otras palabras, no hay terreno extraideológico, extraético o extramoral la cual sirva de base para decidimos por una visión determinada del mundo. Para White, el momento ético de una obra histórica se refleja en el modo de implicación ideológica por el cual una percepción estética (trama) y una operación cognitiva (la argumentación formal) pueden combinarse de manera que derivan en afirmaciones perspectivas de lo que podían parecer afirmaciones puramente descriptivas o analíticas. Así, las implicaciones morales de cualquier argumento histórico deben ser extraídas de la relación que el historiador presume que existió, dentro de un conjunto de hechos en consideración, entre la trama de la conceptualización narrativa por un lado, y la forma de la argumentación ofrecida como explicación explícita “científica” (“realista”) del conjunto de hechos, por el otro.⁵⁷

Por ejemplo, un conjunto de hechos que ha sido tramado como tragedia puede ser explicado “científicamente” apelando a leyes estrictas de determinación causal o presuntas leyes de la libertad humana. En el primer caso la implicación es que los hombres están sometidos a un destino ineluctable en virtud de su participación en la historia; en el segundo caso la implicación es que pueden actuar de tal manera que pueden controlar, o al menos afectar, su destino. Como indica White, no es necesarios que estas implicaciones estén expuestas de manera formal en el propio relato, sino que serán identificables (al igual que la trama y la argumentación formal) por el tono o la actitud en que están expresadas.

White llama “estilo historiográfico” a una combinación particular de modos de tramar, de modos de argumentación formal y de modos de implicación ideológica. Para él, las combinaciones no son arbitrarias ya que existen afinidades electivas entre los diferentes modos; gráficamente las representa así:

<i>Modo de tramar</i>	<i>Modo de argumentación</i>	<i>Implicación ideológica</i>
Romántico	Formista	Anarquista
Trágico	Mecanicista	Radical
Cómico	Organicista	Conservador
Satírico	Contextualista	Liberal

Sin embargo, aun cuando existen afinidades electivas, no se deben tomar estas combinaciones como necesarias. Para White, existe una tensión dialéctica en toda obra histórica que surge del esfuerzo por “casar” un modo de tramar con un modo de argumentación e implicación ideológica que no es consonante con él. Dicha tensión dialéctica evoluciona dentro del contexto de una visión coherente o imagen gobernante de la forma del campo histórico

⁵⁷ *Ibid.*, p. 36 y 37.

completo (cuando se prefigura el campo utilizando uno de los cuatro tropos). Eso da a la concepción de ese campo particular del pensador el aspecto de una totalidad autoconsciente, y esa coherencia y consistencia dan a su obra sus atributos estilísticos distintivos.⁵⁸

Como ya he mencionado innumerables veces, la base de esa coherencia y consistencia del campo histórico es de naturaleza poética y específicamente lingüística. En suma, dice White, el problema del historiador consiste en construir un protocolo lingüístico completo, con dimensiones léxica, gramatical, sintáctica y semántica, por el cual caracterizar el campo histórico y sus elementos en sus propios términos (antes que en los términos con que vienen clasificados en los propios documentos) y así prepararlos para la explicación y la representación que después ofrecerá de ellos su narración.⁵⁹

3.3.2 La poética de la historia en la obra *El queso y los gusanos* de Carlo Ginzburg

El célebre libro del historiador italiano Carlo Ginzburg, *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*, ha sido caracterizado por muchos de sus colegas como el ejemplo perfecto de la corriente historiográfica llamada “microhistoria italiana”. Como ya lo ha señalado, entre otros, Carlos Antonio Aguirre Rojas, la principal novedad de dicha corriente historiográfica radica en el supuesto teórico de que los acontecimientos históricos pueden ser estudiados *reduciéndolos* lo más posibles a sus partes constitutivas. Es decir, el procedimiento consiste en un movimiento de *reducción* o “dialectización” que va del círculo macrohistórico al propio círculo microhistórico. Este movimiento permite un análisis exhaustivo e intensivo del espacio microhistórico: remite a un examen global de todas las dimensiones, actores y factores que habitan el campo histórico para agotar la totalidad de los elementos constitutivos de la dimensión macrohistórica o historia global y, así, tener una imagen más completa de ésta.⁶⁰

Definida su tarea de este modo, el paradigma teórico de la microhistoria italiana así como sus estrategias explicativas, son sancionados implícita e inequívocamente por el modo topológico de la sinécdoque. Es sólo gracias a la previa prefiguración sinécdoquica del campo histórico, que un estudioso del pasado puede hablar de relaciones macrohistóricas-microhistóricas. Se analiza el todo (o los todos) en partes —*reducción*—, y luego con las partes se reconstruye el todo (o los todos) —*integración*— en el curso de la narración efectivamente escrita, de manera que la gradual revelación de la relación que tiene las partes con el todo es experimentada como la *explicación de por qué las cosas fueron como fueron*. El intento de describir, analizar e interpretar exhaustivamente los fenómenos y actores habitantes del campo histórico reducido como componentes de procesos sintéticos (más grandes) es una “proyección metodológica” del modo de argumentación organicista. Es al abrigo lingüístico de estos dos modos de topologizar los acontecimientos, en donde *El queso y los gusanos* mueve y proyecta su discurso. Sin embargo, ésta es tan sólo una parte del complejo aparato poético que Ginzburg invoca en su relato ya que, de forma admirable,

⁵⁸ *Ibid.*, p. 39.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 40.

⁶⁰ Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Contribución de la historia de la microhistoria italiana*, Argentina, Rosario, 2003, p. 24.

se desplaza por la “red tropológica” con la cual, por un lado, nos da la sensación de plenitud y profundidad analítica y, por otro, explica el innegable éxito de su obra. Mi tesis a este respecto es que Ginzburg narra su historia en dos niveles diferentes: el macrohistórico (que se identifica con el relato de las relaciones existentes entre la “cultura de las clases hegemónicas o dominantes” y la “cultura de las clases subalternas”); y el microhistórico (identificado con el relato del caso particular de Menocchio contra la Inquisición). En estos dos niveles, este autor aplica diferentes estrategias retóricas para explicar “lo que sucedió” y “el sentido de todo eso”. Empezaré primero con el nivel macrohistórico de su narración.

Pues bien, el interés académico de Ginzburg se concentra en el estudio de la cultura, entendida esta como un conjunto de actitudes, creencias, patrones de comportamiento, etc. La propuesta de historia cultural de este autor, más específicamente, se centra en el estudio de lo que denomina “sociedades civilizadas” que, por supuesto, hace referencia a las “sociedades civilizadas occidentales”. El punto de partida es que dentro de estas sociedades, existen diferencias culturales evidentes. Para caracterizar mejor estas diferencias culturales, Ginzburg hace una clasificación dicotómica clasista: entre, por un lado, lo que llama “cultura de las clases hegemónicas o dominantes” y, por otro, lo que llama “cultura de las clases subalternas”. Como es evidente, entre la cultura de estas dos clases sociales existen un tipo de relaciones y procesos de desarrollo que pueden ser descritas e interpretadas de diversas maneras. ¿Cómo trama e interpreta Ginzburg estas relaciones? En un artículo divulgado en 1979 donde hace una reflexión sobre su obra recientemente publicada, Ginzburg afirmaría que:

A partir de un análisis preciso, la idea de una religión popular, ahistórica e inmóvil, se revela como insostenible. En su lugar hay que plantear la idea compleja de una lucha entre religión de las clases hegemónicas y religión de las clases subalternas, conformada, como toda lucha, por confrontaciones abiertas, por compromisos, por situaciones de una paz forzada, por guerrillas.⁶¹

Así, para Ginzburg, las relaciones entre la “cultura de las clases hegemónicas” y la “cultura de las clases subalternas” es una *lucha*, una batalla constante por la hegemonía ideológica y cultural de una clase sobre otra:

[El siglo XVI] está marcado por una distinción cada vez más delimitada entre cultura de las clases dominantes y cultura artesana y campesina, así como por el adoctrinamiento en sentido único de las clases populares. Podemos situar esta censura cronológica [...] hacia la mitad del siglo XVI, en no menos significativa coincidencia con la acentuación de las diferencias sociales impulsadas por la revolución de los precios. Pero la crisis decisiva se había producido unas décadas atrás con las revueltas campesinas y el reino anabaptista de Münster. Fue entonces cuando se les plantea dramáticamente a las clases dominantes el imperativo de recuperar, también en lo ideológico, a las masas populares que amenazaban con sustraerse a cual-

⁶¹ Carlo Ginzburg “Premessa Giustificativa” en *Quaderni Storici*, no. 41, 1979, citado en Carlos Antonio Aguirre Rojas, “El queso y los gusanos: un modelo de historia crítica para el análisis de las culturas subalternas” en *Revista Brasileira de História*, São Paulo, vol. 23, no. 45, 2003, p. 72.

quier forma de control desde arriba, pero manteniendo, incluso acentuando, las diferencias sociales.⁶²

En esta lucha interclasista la parte más poderosa siempre intenta dominar y reprimir a la más débil utilizando, para este fin, diversas maneras:

Este renovado esfuerzo hegemónico adopta diversas formas en los distintos países de Europa, pero la evangelización del agro por obra de los jesuitas, y la organización religiosa capilar, sobre el núcleo familiar, realizadas por las iglesias protestantes, pueden conciliarse dentro de una tendencia única. A ésta corresponden, en el plano represivo, la intensificación de los procesos de brujería y el rígido control de grupos marginales como vagabundos y gitanos. Sobre este fondo de represión de la cultura popular se inscribe precisamente el caso de Menocchio.⁶³

Sin embargo, pese a estos intentos de las “clases hegemónicas” por reducir a sus designios a las “clases subalternas”, en opinión de Ginzburg, éstas no se “aculturán” sin más. Como bien dice Aguirre Rojas, Ginzburg afirma que en las “clases subalternas” existe una cultura popular generada, reproducida y renovada constantemente por ellas mismas y de la cual las “clases hegemónicas” roban los temas, productos y motivos para transformarlos y utilizarlos como armas de su legitimación social y cultural. Así, las “clases sometidas” resisten la imposición cultural de las “clases dominantes”, salvaguardando elementos de su propia cultura y, a veces, refuncionalizando el sentido de la ideología que se les quiere imponer.⁶⁴ Lo que Ginzburg señala, es que, entre ambas clases, existe una relación de *circularidad* o *retroalimentación* en donde todos los esfuerzos de imposición tienen un éxito muy limitado en el mejor de los casos, fracasando la mayoría de las veces. Al final, las luchas culturales interclasistas terminan en una reconciliación, al menos parcial, entre las fuerzas contendientes simbolizada, precisamente, por esa circularidad o retroalimentación entre ellas:

En varias ocasiones hemos visto aflorar, por debajo de la profunda diferencia de lenguaje, sorprendentes analogías entre las tendencias de fondo de la cultura campesina [...] y las de sectores más avanzados de la alta cultura del siglo XVI. Explicar estas analogías mediante la simple difusión de arriba abajo, significa aceptar, sin más, la tesis, insostenible, según la cual las ideas nacen exclusivamente en el seno de las clases dominantes. [El caso de Menocchio] replantea con fuerza un problema del que sólo ahora se empieza a ver la envergadura: el de las raíces populares de gran parte de la alta cultura europea, medieval y posmedieval. Figuras como Rebellais y Bruegel no fueron probablemente espléndidas excepciones.⁶⁵

Y como refuerzo de esta visión histórica en las relaciones culturales entre clases, Ginzburg dice en el prefacio de su obra:

Las confesiones de Menocchio, el molinero friulano protagonista de este libro, constituyen en ciertos aspectos un caso análogo al de los *benandanti*. También aquí la irreductibilidad a esquemas conocidos de parte de los razonamientos de Menocchio nos hace entrever un caudal no

⁶² Carlo Ginzburg, *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*, Barcelona, Muchnik, 1986, p. 185.

⁶³ *Ibidem*.

⁶⁴ Rojas, “El queso y los gusanos...” *op. cit.*, p. 79.

⁶⁵ Ginzburg, *El queso y los gusanos... op. cit.*, p. 184.

explorado de creencias populares, de oscuras mitologías campesinas. Pero lo que hace más complicado el caso de Menocchio es la circunstancia de que estos oscuros elementos populares se hallan engarzados en un conjunto de ideas sumamente claro y consecuente que van desde el radicalismo religioso y un naturalismo de tendencia científica, hasta una serie de aspiraciones utópicas de renovación social. La abrumadora convergencia entre la postura de un humilde molinero friulano y las de los grupos intelectuales más refinados y consecuentes de la época, vuelve a plantear, de pleno derecho, el problema de la circulación cultural formulado por Bachtin.⁶⁶

Las “clases subalternas”, apunta Ginzburg, no cuentan con una cultura unitaria u homogénea; más bien se trata de diferentes culturas que tiene en común no sólo su estatus de avasallamiento, sino también, un profundo núcleo de creencias populares que los llevan a tener, entre ellas, una “cultura rural convergente”. Un tipo de “espíritu común” o como el Ginzburg la llama, unas “oscuras mitologías campesinas”. Es, precisamente, esta homogeneidad dentro de la heterogeneidad, a la que se llega a través de un ejercicio de deducción, lo que hace que las “clases subalternas” mantengan una lógica y especificidad propia, que, a su vez, alimenta “la resistencia cultural de los oprimidos”. Así, para el autor de *El queso y los gusanos*, el espacio de la cultura es aun mismo tiempo un *campo de batalla permanente* donde se enfrentan sin cesar “clases hegemónica” y “clases subalternas”, y, también, un terreno marcado por una *circularidad constante* en donde ambas versiones culturales intercambian todo el tiempo elementos, cosmovisiones y motivos como parte de esa misma batalla cultural que los interconecta y sobre determina de manera general.⁶⁷

Ahora bien, en esta visión del proceso histórico en el nivel macrohistórico ¿en qué consiste la llamada “poética de la historia”? En la tesis de Ginzburg, la civilización europea del siglo XVI (que bien puede extenderse, según podemos inferir, hasta nuestra sociedad actual) se divide en dos estratos sociales o clases: la “clase hegemónica” y la “clase subalterna”. Estas dos clases sociales despliegan cada una formas específicas culturales. A continuación, dentro de estas dos formas culturales, se postula una serie de características y formas de organización generales adecuada para la expresión de las virtudes y poderes peculiares de ambas. Esto permiten una generalización tal que pueden ser llamadas “alta cultura” para las primeras clases, y “cultura popular” para las segundas. Después se invoca una modalidad particular de relación entre ellas —expresada en la forma de una *batalla ideológica* continua, y también, a su vez, una forma de reconciliación identificada con la *circularidad* o *retroalimentación cultural*— como el proceso de desarrollo histórico que han venido apuntando: un conflicto de poder por la dominación y supervivencia cultural.

Así, se analizan las partes (“clases hegemónicas” y “clases subalternas”/“alta cultura” y “cultura popular”) como componentes de un todo (civilización europea/cultura en general), poblando de esta manera el campo histórico con agencias que supuestamente existen detrás de él en el modo de la metonimia; es decir, se traza el mapa del campo histórico como patrón de totalidades integradas que están en relación parte-parte entre sí, de tal modo que sugiera una coherencia formal discernible tanto del proceso histórico como de la forma de organización social y cultural que puede percibirse legítimamente en dicho proceso. La

⁶⁶ *Ibid.*, p. 21.

⁶⁷ Rojas, “El queso y los gusanos...”, *op. cit.*, p. 86.

metonimia permite relacionar las partes del todo entre ellas, haciendo posible no sólo hablar de entes “reales” como son las “clases hegemónicas”/“alta cultura” y las “clases subalternas”/“cultura popular” dentro de un fenómeno más extenso como es la civilización europea/cultura en general, sino también caracterizar su relación como un tipo de tensión y lucha dialéctica entre ambas.

Por la forma en que son caracterizados los objetos y fenómenos habitantes del campo histórico (esto es, *como* “clases hegemónicas” y “clases subalternas”/ “alta cultura” y “cultura popular”) y por el énfasis en una explicación *integrativa* y por tanto *reductiva*, se sugiere una visión y argumentación organicista. Ginzburg ve las totalidades como componentes de procesos que se resumen en sus partes. Tanto en el nivel macrohistórico como en el microhistórico, estructura su narrativa de modo que represente la consolidación, a partir de un conjunto disperso de hechos, de una entidad u *organismo* integrado: las “clases subalternas” o la “cultura popular”.

La trama del proceso macrohistórico está hecha en el modo cómico. Ginzburg trama la historia como un conflicto clasista, y hasta cierto punto maniqueo, en el que el protagonista (en este caso las “clases subalternas”) y el antagonista (las “clases hegemónicas”) están trabados en una lucha feroz por la dominación, el avasallamiento y la hegemonía cultural. El antagonista intenta impedir al protagonista su asenso hasta un sentido pleno de autorealización, obstaculizando y frustrando su crecimiento y su fin hacia una liberación del “control desde arriba”. Es en la forma de resolución de este conflicto, donde se puede observar las implicaciones de la trama cómica por la cual la narración contada por Ginzburg sobre la historia cultural europea, debe ser entendida como una narración que representa un significado específico. El fracaso en el intento del antagonista por someter totalmente al protagonista (las “clases sometidas” resisten la imposición cultural de las “clases dominantes”, salvaguardando elementos de su propia cultura) da a éste último un triunfo provisional; el fracaso de uno y el escape de la completa sumisión del otro, lleva a ocasionales reconciliaciones parciales entre ambas, simbolizadas estas, como ya había hecho mención, por lo que Ginzburg llama *circulación cultural* o retroalimentación recíproca entre las culturas de las “clases subalternas” y las “clases hegemónicas”.

Así, se puede representar gráficamente la dimensión tropológica o poética del nivel macrohistórico de *El queso y los gusanos* de la siguiente manera:

<i>Tropo dominante</i>	<i>Modo de trama</i>	<i>Modo de argumentación</i>
Metonimia	Cómica	Organicista

Ahora bien, con esto no quiero decir que no exista ese algo que llamamos “cultura”, o que ésta no tenga diferentes advocaciones (sería, obviamente, una fuerte contradicción de mi parte). Tampoco estoy diciendo que no haya cierto tipo de relaciones entre los grupos humanos dentro de las cuales, por sus ideas diferentes, unos quieran sacar ventaja sobre otros o, también, de las cuales haya una retroalimentación cultural, por decirlo así, entre un grupo y otro. Mucho menos estoy negando la existencia, dentro del período histórico que conocemos como “siglo XVI”, de un personaje llamado Domenico Scandella (Menocchio),

quien tenía ciertas ideas sobre su realidad, y de una institución religiosa como el Santo Oficio, que, a su vez, tenía otras ideas sobre su realidad. Todo esto, ciertamente, es bastante obvio; tan sólo con apoyarnos en el registro documental o de otra índole, podemos comprobar lo indubitable de su existencia.

Lo que yo quisiera decir es que una cosa es hallar con base en los datos disponibles una serie de personajes, objetos y fenómenos (culturales), además de ciertas relaciones entre ellos, y otra cosa muy distinta es *caracterizarlos* como pertenecientes a una tipo de ente “real” que subyace detrás de ellos como serían las “clases subalternas” y las “clases hegemónicas”; e igualmente, caracterizar sus relaciones como una “lucha clasista y cultural”. Este tipo de verdades que se creen objetivas y reales, son, en realidad, verdades figurativas y ficcionalizadas (entendiéndose “ficción” en los términos antes descritos al final del capítulo 2), en el sentido de que no se hallan en la realidad (pasada) misma, sino que son impuestas a esa realidad (pasada) como una forma de reducirla a nuestras categorías y conceptos con el fin de entenderla y comprenderla: “hacer conocido lo extraño”. En otras palabras, utilizando la idea de Hayden White, esas “verdades reales” son verdaderas en un sentido metafórico, y en el sentido en que una figura retórica puede ser verdadera.⁶⁸

¿Por qué caracterizar estas abducciones como tropológicas o verdades figurativas? En primer lugar porque agrupar a una cantidad “x” de personas que se deduce *comparten más o menos* una cierta “condición social” y una forma de pensar y actuar bajo la denominación de “clases subalternas” y “clases hegemónicas”, no es *hallar* la “esencia de su realidad” ni *descubrir* la “verdad objetiva de las determinadas personas”. Tenemos que aceptar que es, más bien, *otorgar* una esencia a su realidad y *crear* una verdad (figurativa) sobre su sujeta “condición social”; dicho de otro modo, es construir la forma en que debemos entender la realidad. Como diría Nietzsche, asignar nombres, medidas y dimensiones a las cosas, o en este caso a las personas, es crear conceptos y categorías para dotarlas de cierto sentido. Esas categorías y conceptos no pertenecen a las cosas, o personas mismas, ya que su coligación es producto del sistema de valores creencias y pensamiento de una cultura. Así, conceptos como “clases subalternas” y “clases hegemónicas” no descubren e imparten conocimiento, más bien, organizan conocimientos previos de una manera figurativa o ficcional —sólo se pueden ligar palabras y cosas, conceptos y personas, de una manera metafórica—; a este tipo de conceptos retóricos, como abordaré en el capítulo siguiente, Frank Ankersmit los llama “sustancias narrativas”.

En segundo lugar porque, como diría White, mientras los acontecimientos sucedan en el tiempo, los códigos cronológicos usados para ordenarlos en unidades temporales específicas son culturalmente determinados y no naturales. Estos códigos cronológicos representan diferentes concepciones del desarrollo temporal que imponen una estructura ficticia (imaginaria) de desenvolvimiento. Insertar los hechos en nuestro calendario, por ejemplo, nos da la sensación de que sus componentes constituyen fases de un proceso continuo y lineal de desarrollo histórico. Así, en la narrativa histórica, la constitución de un relato como una serie de acontecimientos ordenados que puede proporcionar la crónica, es una operación de

⁶⁸ White, “Teoría literaria...” en Perus, *op. cit.*, p. 241.

naturaleza más poética que científica: un mismo acontecimiento puede funcionar como elemento inicial, medio o final en tres relatos diferentes.

En tercer lugar porque relacionar un relato de acontecimientos con un tipo específico de trama (en este caso una visión cómica del proceso como lucha y reconciliación) requiere de una elección libre y no de una necesidad lógica o natural. Esta elección es facilitada por la tradición cultural del historiador. Como afirmé en la sección anterior, cualquier tipo de acontecimientos que pueda contener el relato no son intrínsecamente trágicos, cómicos o románticos, sino que depende de la perspectiva con que se contemplen. Esto se debe, como dice White, a que los relatos no son vividos; no hay relatos “reales”: los relatos son contados o escritos, no encontrados. Sólo pueden ser verdaderos figurativamente. Igualmente cualquier tipo de argumento que el historiador utilice para explicar el significado (cognitivo, ético, estético, según el caso) de los acontecimientos contenidos en su crónica —en el libro analizado una argumentación organicista—, versará no sólo acerca de los acontecimientos mismos obviamente, sino también, como se puede ver, de la forma en que se ha prefigurado el campo histórico (como metonimia en el nivel macrohistórico de *El queso y los gusanos*) y de la forma en que se han tramado dichos acontecimientos. Es decir, tanto el modo tropológico dominante como el tramado de los hechos, presenta el material para la manipulación lógica o, más técnicamente, nomológica-deductiva.

Sin embargo, aquí no acaba todo el despliegue tropológico usado por *El queso y los gusanos* para dar cuenta de su tema de estudio. Es en la forma en que Ginzburg relaciona la macrohistoria con la microhistoria donde se puede observar más claramente los elementos poéticos utilizados. Había mencionado anteriormente que en el corazón de la estrategia explicativa de la corriente historiográfica llamada “microhistoria italiana”, hay un paradigma en la relación macrocosmos-microcosmos. Este paradigma se basa en el supuesto de que los fenómenos históricos individuales son expresiones de fenómenos cualitativamente más extensos. Así, piensa Ginzburg, la historia particular de Menocchio el molinero friulano, es el reflejo no sólo de una historia mayor acaecida desde muchos años atrás, sino también de todo un estrato social:

En algunos estudios biográficos se ha demostrado que un individuo mediocre, carente en sí de relieve y por ello representativo, pueden estructurarse, como en un microcosmos, las características de todo un estrato social en un determinado periodo histórico [...] De la cultura de su época y de su propia clase nadie escapa, sino para entrar en el delirio y en la falta de comunicación. Como la lengua, la cultura ofrece al individuo un horizonte de posibilidades latentes, una jaula flexible e invisible para ejercer dentro de ella la propia libertad condicionada. Con claridad y lucidez inusitadas Menocchio articuló el lenguaje del que históricamente disponía. Por ello en sus confesiones podemos rastrear, con facilidad casi exasperante, una serie de elementos convergentes, que en una documentación análoga contemporánea o algo posterior aparecen dispersos o apenas mencionados.⁶⁹

Así pues, el caso particular de Menocchio representa una réplica microcósmica de todo un estado de cosas que sucedían a nivel macrocósmico. Insertado el caso de dicho molinero friulano en su supuesto contexto general, es decir, ligando macrocosmos-microcosmos, se

⁶⁹ Ginzburg, *El queso y los gusanos... op. cit.*, p. 22.

empieza a vislumbrar de mejor manera el significado que Ginzburg *abstrae* de los acontecimientos: el proceso histórico como una lucha interclasista por la hegemonía y supervivencia cultural (y, por ende, política, social y económica). Así lo resume el historiador italiano:

Dos grandes acontecimientos históricos hacen posible un caso como el de Menocchio: la invención de la imprenta y la Reforma. La imprenta le otorga la posibilidad de confrontar los libros con la tradición oral en la que se había criado y lo provee de las palabras para resolver el conglomerado de ideas y fantasías que sentía en su fuero interno. La Reforma le otorga audacia para comunicar sus sentimientos al cura del pueblo, a sus paisanos, a los inquisidores, aunque no pudiese, como hubiera deseado, decírselo a la cara al papa, a los cardenales, a los príncipes. La gigantesca ruptura que supone el fin del monopolio de la cultura escrita por parte de los doctos y del monopolio de los clérigos sobre los temas religiosos había creado una situación nueva y potencialmente explosiva. Pero la convergencia entre las aspiraciones de un sector de la alta cultura y de la cultura popular había quedado eliminada definitivamente medio siglo antes del proceso de Menocchio, con la feroz condena de Lutero a los campesinos sublevados y a sus reivindicaciones. A partir de entonces no aspirarían a tal ideal más que exiguas minorías de perseguidos como los anabaptistas. Con la Contrarreforma (y, paralelamente, con la consolidación de las iglesias protestantes) se inicia una época altamente caracterizada por la rigidez jerárquica, el adoctrinamiento paternalista de las masas, la erradicación de la cultura popular, la marginación más o menos violenta de las minorías y los grupos disidentes. Y también Menocchio acabaría en la hoguera.⁷⁰

El modo de caracterización tropológica que sanciona la estrategia explicativa de *reducción* del macrocosmos al microcosmos, es la sinécdoque. Retomando lo que ya había mencionado, Ginzburg tiende a ver las entidades individuales (en este caso Menocchio) como componentes que se resumen en totalidades (las “clases subalternas”). De este modo, se analiza el todo (“clases subalternas” vs. “clases hegemónicas”) en partes (Menocchio vs. Inquisición), y luego con las partes se reconstituye el todo de manera que la gradual revelación de la relación que tienen las partes con el todo es experimentada como la *integración* de un todo histórico —del microcosmos en el macrocosmos. La estrategia explicativa *reducción-integración*, es, de nuevo, la “proyección metodológica” del organicismo. Este modo de argumentación organicista, que es una constante en el discurso de Ginzburg, explica el por qué su narrativa tiende a estructurarse de manera que represente la consolidación, a partir de un conjunto de hechos dispersos, de una entidad integrada: las “clases subalternas” por un lado, y las “clases hegemónicas”, por otro. Así pues, en el nivel microhistórico de su relato, este autor traza el mapa del campo histórico como patrón de totalidades integradas que están en la relación microcosmos-macrocosmos, o parte-todo entre sí, en el modo de la sinécdoque.

Sin embargo, el organicismo no es la única estrategia argumental que Ginzburg invoca implícitamente para dar cuenta de su tema. En este nivel microhistórico, los modos explicativos del contextualismo y del formismo se combinan para dar una coherencia aun mayor a su discurso. En efecto, como se puede ver en la cita anterior, uno de los objetivos explicativos de Ginzburg es ubicar e insertar el contexto inmediato de Menocchio al contexto ma-

⁷⁰ *Ibid.*, p. 27.

crohístico en el cual se desenvuelve. A la pregunta ¿por qué sucedió así? el historiador italiano le da respuesta revelando las relaciones específicas que el caso de Menochio tenía con otros sucesos que ocurrían en su campo histórico. De esta forma identifica los “hilos” que ligan a Menochio con su “presente cultural”, dando así la impresión de una rica textura de relaciones suceso-contexto que van desde un vago luteranismo y la atmósfera creada en la Italia y Europa del siglo XVI por las polémicas de la reforma y contrareforma religiosa, hasta cosmogonías y cultos milenarios, algunos de trasfondo chamánico como los *benandanti*:

Es una coincidencia asombrosa, digamos inquietante, para quien no disponga de explicaciones inaceptables como el inconsciente colectivo o, demasiado fáciles, como el azar, pues ciertamente Menochio hablaba de un queso bien real, nada mítico; el queso que había visto hacer (o quizás él mismo había hecho) en innumerables ocasiones; Por el contrario, los pastores de Altai habían traducido la misma experiencia en el mito cosmogónico. Pero, a pesar de esta diferencia, que no subestimamos, la coincidencia persiste. No podemos excluir que ésta constituya una de las pruebas, fragmentaria y casi extinta, de una tradición cosmológica milenaria que, por encima de diferencias del lenguaje, conjuga el mito con la ciencia [...] puede que se tratara de un eco, aunque inconsciente, de aquella antigua cosmología india que [Thomas] Burnet no dejaba de dedicar algunas páginas en su libro, pero en el caso de Menochio no podemos por menos de pensar en una transmisión oral de generación en generación. Esta hipótesis resulta menos inverosímil si consideramos la difusión, en aquellos mismos años y precisamente en el Friuli, de un culto de trasfondo chamánico como el de los *benandanti*. Es enteste terreno, aún casi inexplorado, de migraciones y relaciones culturales, que se inserta la cosmogonía de Menochio.⁷¹

Además, como refuerzo del modo contextualista de explicación, el formismo ayuda a Ginzburg a aislar las características exclusivas de la cosmogonía de Menochio por la cual ésta puede ser identificada legítimamente con los demás contextos culturales mencionados. Así, Ginzburg describe la variedad, individualidad y viveza del pensamiento del molinero friulano, estableciendo su unicidad y etiquetándola, al mismo tiempo, como expresión de ese ente llamado por él “clases subalternas”:

Así pues, vemos aflorar en los discursos de Menochio, como una grieta en el terreno, un estrato cultural profundo tan insólito que resulta incomprensible. A diferencia de los casos examinados hasta ahora, aquí no se trata únicamente de una reacción filtrada a través de la página escrita, sino de un remanente irreductible de cultura oral. Para que esta cultura *distinta* pudiese salir a la luz, tuvieron que producirse la Reforma y la difusión de la imprenta. Gracias a la primera un sencillo molinero había podido pensar en *tomar la palabra* y decir sus propias opiniones sobre la Iglesia y el mundo. Gracias a la segunda, dispuso de *palabras* para expresar la oscura e inarticulada visión del mundo que bullía en su fuero interno. En las frases o retazos de frases arrancadas de los libros encontró los instrumentos para formular y defender durante años sus propias ideas, primero ante sus paisanos, luego ante los jueces armados de doctrina y poder.⁷²

Las estrategias explicativas del contextualismo y del formismo permiten a Ginzburg observar el campo histórico como un conjunto de acontecimientos dispersos que se relacionan

⁷¹ *Ibid.*, p. 102.

⁷² *Ibid.*, p. 103.

entre sí (o, más bien, que los relaciona entre sí) mediante la discriminación de las características específicas individuales y, con esto, de los “hilos” que ligan a un suceso con otro suceso, a un contexto con otro contexto. Estos dos modos de argumentación dan la impresión de una continuidad estructural a través del tiempo, una persistente estructura de relaciones de “lo mismo en lo diferente”. Este énfasis en la relación continuidad-cambio hace del relato de Ginzburg una narración sincrónica del pasado. En el nivel microhistórico del relato, el tropo de la sinécdoque y los modos de argumentación del organicismo, formismo y contextualismo tienen el objetivo de reforzar la tesis principal de su obra en el nivel macrohistórico: por un lado, mostrar la “existencia” de ese ente llamado “clases subalternas” que generan su propia cultura independientemente del otro ente llamado “clases hegemónicas” y, por otro, mostrar que las relaciones entre ellos es una lucha por la dominación y la supervivencia.

El modo de trama con la cual Ginzburg le da un significado específico al caso de Menocchio es la tragedia. Como réplica microcósmica del drama conflictivo entre “clases subalternas” y clases hegemónicas”, Menocchio, identificado con aquellas, se enfrenta a los jueces de la Inquisición, identificados con éstas. El protagonista intenta alcanzar las “cosas altas”, mostrando gran capacidad y libertad para crear sus propias ideas, apropiarse la de sus “rivales” y formar una cosmogonía del mundo propia, independiente y original:

Menocchio compró el *Florilegio de la Biblia*, pero pidió prestado también el *Decamerón* y los *Viajes de Mandeville*; afirmaba que las escrituras podían resumirse en cuatro palabras, pero también sintió la necesidad de apropiarse del patrimonio intelectual de sus adversarios, los inquisidores. En el caso de Menocchio se entrevé, pues, una actitud libre y agresiva, decidida a ajustar cuentas con la cultura de las clases dominantes.⁷³

El antagonista intenta impedir a toda costa estos intentos por llegar al sentido pleno de autorealización del protagonista. La lucha llega a su clímax cuando éste último valientemente encara y pretende derribar las barreras artificialmente erigidas por el antagonista para prohibir que se liberase del yugo opresor. Pese a las dificultades y los pronósticos en su contra, Menocchio da batalla, se defiende de sus adversarios. Ginzburg describe el momento con estas palabras: “Y sobre este punto centró el inquisidor su ataque”; “De su carcaj escolástico, el inquisidor extrajo un silogismo”; “Entonces el inquisidor volvió a la carga”; “Menocchio intentó parar golpe tras golpe”; “Así, ni siquiera el dolor físico había conseguido que Menocchio se doblegara”. Un aura de martirio se deja sentir a lo largo del proceso narrado por Ginzburg: “Menocchio se consideraba una especie de José, no sólo por ser víctima inocente, sino también por ser capaz de revelar verdades para todos desconocidas”; “Destrozado en cuerpo y alma, Menocchio regresó a Montereale”; “La única reacción que tuvo frente a la injusticia que se abatía sobre él, fue aquella, inmediatamente reprimida, de la violencia individual. Vengarse de sus perseguidores, golpear los símbolos de su opresión...”

Al final, y pese a todos los esfuerzos, el protagonista es derrotado por las fuerzas que se le oponen; cae, y con él cae su cosmovisión. Lo que hace de esta una trama trágica, no es sólo el hecho de que Menocchio no logre el triunfo, sino también el hecho de que los espectado-

⁷³ *Ibid.*, p. 175.

res de la contienda han tenido una ganancia de conciencia. Una especie de epifanía que revela tanto las fuerzas que se oponen a la libertad e igualdad humana (representada en las “clases hegemónicas” o “dominantes”), como la deseabilidad de cambiar el orden social para lograr esa libertad e igualdad. A su vez, ésta ganancia de conciencia que se da gracias al tramado trágico del nivel microhistórico, permite que el drama macrohistórico sea tramado como cómico. De lo trágico se puede llegar a lo cómico, es decir, a la posibilidad de un triunfo o reconciliación de las fuerzas en pugna.

Toda narrativa tiene la necesidad intrínseca de moralizar sobre los acontecimientos que trata, de crear centros que organicen su desarrollo, y *El queso y los gusanos* no es la excepción. Con todo lo antes dicho, se puede inferir cuáles son las implicaciones ideológicas de la obra Ginzburg. La historia de las “clases subalternas” contra las “clases dominantes”, de Menocchio contra la Inquisición, es también la historia por la libertad, la igualdad, la tolerancia; una clase de proyecto emancipatorio que busca “redimir a la humanidad” e invitarla a nuevo orden social “más sano”. Al final de la introducción de su obra Ginzburg dice:

[En el corpus cultural de Menocchio] sólo un juicio *a posteriori* nos permite aislar aquellos temas con las tendencias de un sector de la alta cultura del siglo XVI, que se convertirían en patrimonio de la cultura «progresista» del siglo siguiente: la aspiración a una renovación radical de la sociedad, la corrosión interna de la religión, la tolerancia. Por todo ello, Menocchio se inserta en una sutil, pero nítida, línea de desarrollo que llega hasta nuestra época. Podemos decir que es nuestro precursor. Pero Menocchio es al mismo tiempo el eslabón perdido, unido causalmente a nosotros, de un modo oscuro, opaco, y al que sólo con un gesto arbitrario podemos asimilar a nuestra propia historia. Aquella cultura fue destruida. Respetar en ella el residuo de indescifrabilidad que resiste todo tipo de análisis no significa caer en el embeleso estúpido de lo exótico y lo incomprensible. No significa otra cosa que dar fe de una mutilación histórica de la que, en cierto sentido, nosotros mismos somos víctimas. «Nada de lo que se verifica se pierde para la historia», recordaba Walter Benjamin, más «sólo la humanidad redenta toca plenamente su pasado». Redenta, es decir, liberada.⁷⁴

De esta cita se pueden derivar dos observaciones. Primero, Ginzburg identifica las aspiraciones de Menocchio y de las “clases subalternas” con las aspiraciones de “nuestra época”: la renovación radical de la sociedad. A través del tramado de los sucesos de una forma trágica y explicándolos “científicamente” (o “realistamente”) apelando a argumentos de libertad humana —cuya implicación es que, a pesar de las fuerzas, agentes o agencias que se le oponen, los seres humanos pueden controlar o afectar sus destinos— Ginzburg hace deseable y alcanzable tal utopía. En otras palabras, un modo de explicación predominantemente organicista le sirve para sancionar un relato trágico de la historia que es de tono heroico y militante. En un sentido, la trama y la implicación ideológica es similar a las formas que Marx le daba a sus relatos, según Hayden White. La diferencia estriba en que el historiador alemán ocupaba una explicación mecanicista, es decir, buscaba las presuntas “leyes” causales que determinaban las acciones humanas; mientras que, por su parte, el historiador italiano busca las “formas” o “ideas” de los agentes y agencias que habitan el campo histórico al modo organicista.

⁷⁴ *Ibid.*, p. 28.

Así, legítimamente se puede concluir que por el tono heroico y militante de la trama trágica y la explicación organicista, las implicaciones ideológicas que se derivan son *radicales*. Cuando el lector se enfrenta a una historia así interpretada, contempla el campo histórico como una estructura habitada por agentes (“clases subalternas” y “clases hegemónicas”) y agencias (“cultura popular”, “alta cultura”, “libertad” “igualdad”, “tolerancia”, etc.) que están en una lucha constante por la hegemonía, y con el tipo de sentimiento causado por un drama trágico que puede alcanzar una resolución cómica. Este tipo de relato mueve nuestras valencias emocionales para hacernos ver que pese a que no vivimos en el mejor de los mundos posibles, ya que hay fuerzas que lo impiden, esas mismas fuerzas son barreras artificialmente erigidas y, por lo tanto, pueden ser superadas para alcanzar *ahora* los ideales utópicos que sirven como centro de la estructura pasada y presente:

En cualquier caso, las palabras de Menocchio hacen aflorar, ya sea brevemente, las profundas raíces *populares* de la utopía, tanto culta como plebeya, con harta frecuencia considerada mero ejercicio literario. Tal vez la imagen de un «mundo nuevo» incorporaba una vieja tradición, un legado remoto en la memoria de una lejana época de bienestar. Es decir, no era una ruptura de la imagen cíclica de la historia humana, típica de una época que había visto afianzarse los mitos del *renacimiento*, de la *reforma*, de la nueva Jerusalén. No podemos excluir nada de esto, pero subsiste el hecho de que la imagen de una sociedad más justa se proyectaba conscientemente en un futuro no escatológico. No se trataba del Hijo del Hombre encumbrado en nimbos, sino la lucha emprendida por hombres como Menocchio —los campesinos de Montereale a quienes él había inútilmente tratado de convencer, por ejemplo— lo que habría debido aportar un «mundo nuevo».⁷⁵

Un ejemplo perfecto de cómo el discurso de Ginzburg mueve nuestras emociones y logra estos “efectos de realidad” en la relación pasado-presente-futuro, lo encontramos en el análisis que Aguirre Rojas hace, precisamente, de *El queso y los gusanos*:

Pero si no hay capital sin trabajo ni dominio sin dominados, el trabajo en cambio puede existir tranquilamente *sin* el capital, y los antiguos dominados *sin* el dominio al que antes estuvieron sometidos. Por eso, la cultura de las clases populares podrá también sobrevivir, desarrollarse y expandirse sin problemas cuando todas las culturas hegemónicas y todas las clases dominantes y explotadoras hayan ya desaparecido de la historia y de la faz del planeta. Y entonces, sin duda alguna, esas culturas subalternas dejarán de ser tales y florecerán sin trabas, cuando esa humanidad “redenta, es decir, liberada” de la que habla Carlo Ginzburg citando a Walter Benjamin, haya sido capaz de inaugurar una nueva y más feliz etapa de esta historia humana, por la que hoy todavía nos desvelamos, teórica y prácticamente, todos los seguidores genuinamente críticos de esa caprichosa pero extraordinaria e interesantísima Musa Clío.⁷⁶

¿Acaso no es así como nos imaginamos nuestra realidad? ¿No es gracias a la proyección de estos centros y estructuras ficticias, pero necesarias, como nosotros *construimos* y *damos sentido* conceptual e ideológicamente a nuestras vidas?

⁷⁵ *Ibid.*, p. 137.

⁷⁶ Rojas, “El queso y los gusanos...”, *op. cit.*, p. 94.

Y esto nos lleva a la segunda observación: la tarea del historiador y la historiografía como resultado de la implicación ideológica radical. Si, como dice White, es el *valor* atribuido al establecimiento social actual lo que explica tanto la *forma* de la evolución histórica como la *forma* que debe adoptar el conocimiento histórico —así como cada ideología va acompañada por una idea específica de la historia y sus procesos, cada idea de la historia va acompañada por implicaciones ideológicas específicamente determinables— entonces el método utilizado por Ginzburg no es una mera operación cognoscitiva inocua y trasparente. Detrás de él existe toda una posición respecto a la concepción de la realidad pasada y presente que lo sustentan, tanto en su aspecto epistemológico como en su aspecto ontológico, por el cual se puede llegar a un conocimiento satisfactorio de la historia y sus procesos.

En la introducción a su obra, el historiador italiano critica fuertemente los aspectos ideológicos y los procedimientos metodológicos de estudios culturales previos a *El queso y los gusanos*. En el primer caso, la amonestación se dirige a que se ha desarrollado una visión “aristocrática” de la cultura que tiene como resultado la negación de la existencia de ese algo llamado por Ginzburg “cultura popular”. Muchas veces, dice él, “ideas o creencias originales se consideran por definición producto de las clases superiores, y su difusión entre las clases subalternas como un hecho mecánico de escaso o nulo interés”.⁷⁷ En su opinión, con tal visión verticalista o “desde arriba” por parte de los historiadores, “las clases inferiores quedarán condenadas al «silencio»”. Por otra parte, esta “violencia ideológica” aunada al “positivismo ingenuo” que demuestran, dice Ginzburg, orilla a otros investigadores a incurrir en una visión aun más peligrosa y errada: el escepticismo. Aquí, su crítica se centra en los estudios realizados por Michael Foucault en la obra *Historia de la locura* en donde, afirma, “el irracionalismo estetizante es la única meta de esta serie de investigaciones”. La simple contemplación muda “cae en éxtasis ante una enajenación absoluta, éxtasis que no es más que el resultado de eludir el análisis y la interpretación”.⁷⁸

Lo que Ginzburg hace explícito con sus críticas es que, si se quiere llegar a una valoración y conocimiento “correcto” del pasado, se tiene que repudiar tanto las visiones “aristocráticas” con sus explicaciones mecanicistas de causalidad (que se identifican con una ideología tanto conservadora o reaccionaria como liberal), como las valoraciones irónicas con sus implicaciones escépticas y relativistas en lo moral —identificadas, a su vez, con una ideología anarquista.⁷⁹ Así, Ginzburg favorece una historia que de “voz a los olvidados” y “reintegre a las clases inferiores en la historia”. Esto sólo es posible si, desde el punto de vista ideológico, se da un vuelco en el enfoque “desde arriba” para verse “desde abajo”, es

⁷⁷ Ginzburg, *El queso y los gusanos...*, *op. cit.*, p. 15.

⁷⁸ *Ibid.*, p. 19.

⁷⁹ En una entrevista hecha a Ginzburg por el noruego Trygve Riiser Gundenser para la revista *Samtidem*, aquel, al ser preguntada su opinión respecto al relativismo, contestó: “Refugiarse en el relativismo es un modo demasiado fácil de substraerse a los retos a que nos enfrentamos en el estudio de la historia y de la sociedad en general. La posición relativista anda fundamentalmente extraviada y es falsa: falsa intelectualmente, falsa políticamente y falsa moralmente [...] Eso ha sido un error fatal de la izquierda académica. Elegir el deseo frente a la realidad (incluida la realidad indeseada), me parece a mí ensimismamiento y autoaniquilación. En este respecto, me siento muy distanciado de la cultura del 68 y de su impacto a largo plazo”. Ginzburg es reconocido por ser uno de los críticos más energéticos del “posmodernismo historiográfico”, la entrevista citada es una fuente muy útil para conocer sus ideas respecto al método microhistórico. Puede consultarse en http://www.kaosenlared.net/noticia.php?id_noticia=16557.

decir, “desde el punto de vista de las víctimas” como diría él. La superación de la visión irónica, sólo puede ser posible si se desarrolla una historiografía “socialmente responsable” (entendiendo lo socialmente responsable bajo las condiciones que impone la ideología radical claro está), en el que el historiador sea consciente de que tiene una “obligación con los muertos” y de que una de sus tareas principales es “contar la verdad sobre ellos”.⁸⁰ El historiador, entonces, tiene la función de recobrar lo olvidado y, al hacerlo, redimir a la humanidad; recordaré nuevamente las palabras de Ginzburg:

Respetar en ella el residuo de indescifrabilidad que resiste todo tipo de análisis no significa caer en el embeleso estúpido de lo exótico y lo incomprensible. No significa otra cosa que dar fe de una mutilación histórica de la que, en cierto sentido, nosotros mismos somos víctimas. «Nada de lo que se verifica se pierde para la historia», recordaba Walter Benjamin, más «sólo la humanidad redenta toca plenamente su pasado». Redenta, es decir, liberada.⁸¹

Ahora bien, nada de lo anterior sería posible para el historiador (ni tampoco sus pretensiones de llegar a la verdad) si no cuenta con un método adecuado. Además de que habitualmente carecen de una buena documentación, Ginzburg dice que las explicaciones mecanicistas han echado mano de un método que carece de profundidad y verosimilitud a medida que intenta integrar de una forma acrítica, determinista y generalizante los datos hallados en el campo histórico. Este método es el empleado en los estudios de historia cuantitativa y seriada. El historiador italiano alega, parafraseando a E. P. Thompson, que las limitaciones de la historia cuantitativa se encuentran en “el grosero impresionismo de la computadora, que repite *ad nauseam* un elemento simple recurrente, ignorando todos los datos documentales para los que no ha sido programada”. Sin embargo, estas limitaciones pueden ser superadas “con una serie de profundas indagaciones particulares” que lleven a “desentrañar los múltiples hilos con que un individuo está vinculado a un ambiente y a una sociedad históricamente determinados”. Sólo de esta manera, afirma Ginzburg, “podremos eventualmente extender las conclusiones a que podamos llegar”.⁸²

Por lo tanto, para este autor, una investigación “correcta”, que genere conocimiento “verdaderamente histórico”, debe proceder en dos niveles simultáneamente: la investigación de los factores particulares de los sucesos históricos, y la comprensión de su relación universal. En otras palabras, la comprensión del macrocosmos no puede prescindir de la comprensión del microcosmos, ya que sin una investigación exacta de lo particular, la concepción de lo universal caería en lo abstracto. Esta implicación ideológica del radicalismo puede explicar el por qué Ginzburg prefiere una prefiguración sinecdóquica del campo histórico así como una explicación organicista, formalista y contextualista de él. El trabajo del historiador y el “significado” de la historiografía consisten en comprender la coherencia formal de segmentos finitos del campo histórico que se estructuran como integraciones mayores de la vida y la sociedad: la relación de la parte con el todo.

En resumen, para Ginzburg la historia es el conocimiento del suceso individual en su realización concreta (formismo, contextualismo) para relacionarlo con el contexto universal en

⁸⁰ *Ibidem*.

⁸¹ Ginzburg, *El queso y los gusanos... op. cit.*, p. 28.

⁸² *Ibid*, p. 23, 26 y 27.

que aparece y se desarrolla (organicismo). El propósito del estudio histórico, en su concepción, es rescatar a los olvidados para redimirlos en un sentido de justicia histórica. Así, es innegable que la reflexión sobre el pasado es impulsada por preocupaciones específicamente morales e ideológicas.

Con todo lo antes dicho, se puede representar gráficamente las dimensiones poéticas del nivel microhistórico del *El queso y los gusanos* de la siguiente manera (la implicación ideológica radical también se aplica al nivel macrohistórico de la obra):

<i>Tropo dominante</i>	<i>Modo de trama</i>	<i>Modo de argumentación</i>	<i>Implicación ideológica</i>
Sinécdoque	Trágica	Organicista Formista Contextualista	Radical

Pero cualquier historiador podría muy bien preguntarse, como de hecho Arnaldo Momigliano hizo con Hayden White: ¿y qué? “¿Por qué me debería preocupar si un historiador prefiere presentar la parte por el todo más que el todo por la parte? Después de todo, a mí no me importa si un historiador ha decidido escribir en un estilo épico o introducir disertaciones en su narración. No tengo motivos para preferir los historiadores sinécdoquicos a los irónicos o viceversa. Con seguridad, para ser llamados historiadores tienen que convertir su investigación en alguna forma de relato. Pero sus relatos *tienen que ser relatos verdaderos*”.⁸³ Las formas lingüísticas de representar la realidad pasada no importan, sólo importa que el historiador diga la verdad y nada más que la verdad.

No obstante, como le replicaría White, sí que importa si los acontecimientos son presentados como partes de un todo (como lo hace Ginzburg en *El queso y los gusanos*) o si una totalidad es presentada tan sólo como la suma de sus partes (como lo hacen los historiadores cuantitativos que tanto critica Ginzburg). Esto resulta importante, dice White, para el tipo de verdad que uno espera obtener de un estudio de cualquier serie dada de acontecimientos: “Y confío en que incluso Momigliano admitiría que la elección de un estilo grotesco para la representación de algunos tipos de acontecimientos históricos constituirían no sólo una falta de gusto sino también una distorsión a la verdad”.⁸⁴ ¿Qué diría Ginzburg si algún otro historiador utilizara los mismos documentos que él uso en la historia de Menocchio para contarnos ahora la historia de la Inquisición (esto es, “desde arriba”) con una visión irónica tramada como romance o como comedia? ¿Qué dirían los historiadores del Holocausto si otros historiadores tramaran el mismo hecho como una sátira? Se puede apreciar cada vez más claramente la importancia capital que tiene el lenguaje en el proceso de representación del pasado a través del texto histórico.

⁸³ Arnaldo Momigliano, “La retorica della storia e la storia della retorica”, en *Sui fundamenti della storia antica*, Turin, Einaudi, 1984, p. 466, citado en Perus, *op. cit.*, p.245-246. Las cursivas son mías.

⁸⁴ *Ibidem*.

4. El lenguaje en el escrito histórico: “la estructura lógica de la narrativa historiográfica”

Como he intentado demostrar con todo lo antes dicho, el historiador emplea el lenguaje no sólo para comunicar sus hallazgos, sino, también, para construir toda una estructura ficcional en torno a ellos. La teoría tropológica de Hayden White resulta muy útil para localizar en el texto histórico esos elementos poéticos/lingüísticos sin los cuales sería casi imposible representar el pasado. El que estos elementos vengan de un lugar distinto del pasado mismo y que, además, sean provistos principalmente por el lenguaje figurativo y no lógico, no debe ser visto como una lamentable deficiencia de la historiografía que deba corregirse: es, más bien, la condición de la posibilidad misma de la historiografía tal cual la conocemos. Ahora podemos ver la relación entre el pasado y la narrativa histórica muy distinta a lo que se piensa en los enfoques más “cientificistas” o “realistas”. Como afirma Frank Ankersmit, el pasado no es como un paisaje que tiene que ser proyectado sobre el nivel lingüístico, a la manera de una copia, con la ayuda de “reglas de traducción lógicas”. Porque el “paisaje histórico” no es *dado* al historiador: él tiene que *construirlo*. De este modo, la estructura de la narrativa historiográfica es una estructura *plasmada* sobre el pasado, y no el reflejo de una estructura emparentada presente objetivamente en el pasado mismo.¹

Las visiones o interpretaciones de los historiadores, demuestran que hay en la historiografía una flexibilidad o indeterminación en la relación entre el lenguaje y la realidad. Es decir, como ya he insistido desde los primeros capítulos, el lenguaje no es un medio pasivo para adquirir y comunicar conocimiento. Esto quiere decir que la narrativa histórica tiene una cierta independencia respecto al pasado mismo; en otras palabras, adquiere una sustancialidad y lógica propias. Si es así, entonces, ¿cuál es el nivel de referencialidad entre las interpretaciones narrativas y el pasado mismo? ¿Las interpretaciones narrativas sobre el pasado son conocimiento propiamente dicho? ¿Hay lazos epistemológicos que unan a la narración con la realidad histórica? Si, como parece ser, no es así ¿por qué de todos modos logra aumentar nuestra comprensión del pasado? Para responder estas interrogantes, me serviré de la teoría narrativista del historiador holandés Frank Ankersmit cuyo objetivo es, como dice el título del presente capítulo, develar la “estructura lógica de la narrativa historiográfica”.

Dicha teoría se fundamenta en tres pilares o postulados los cuales desarrollaré a lo largo de este último capítulo: 1) No se puede decir que la narración sea una “foto” o “imagen” del pasado ya que éste es descrito en términos de entidades que no se refieren a las cosas en sí, o a los aspectos del pasado; 2) Estas entidades representan “tesis sobre el pasado” o “pro-

¹ Frank Ankersmit, *Narrative Logic. A Semantic Analysis of the Historian's Language*, The Hague/Boston/London, Martinus Nijhoff Publishers, 1983, p. 81.

puestas de cómo ver el pasado”. Ankersmit afirma que la historiografía es esencialmente la creación de estas propuestas, las cuales llama “sustancias narrativas”; 3) Como consecuencias de aquello, existe una estrecha semejanza entre la metáfora y la narración: ambas nos invitan a ver la realidad que se propone desde un “punto de vista” particular.² Con estos tres postulados, uno se puede dar cuenta de las semejanzas entre las ideas de Hayden White y Frank Ankersmit. De hecho, éste último ha mencionado que mucho de su pensamiento se debe a aquél. Sin embargo, esto no quiere decir que Ankersmit sea una copia de White, ya que su pensamiento es original, sobre todo en su concepto de “sustancias narrativas” como a continuación veremos.

4.1 El texto histórico: entre la declaración y la interpretación (narrativa)

Para Ankersmit, el estudio tradicional de la escritura de la historia —en sus aspectos epistemológicos— se ha centrado solamente en nivel de las palabras y oraciones (o declaraciones), en lo que llama un nivel “*atomicista*”. Esto dio lugar a que la narrativa fuera considerada como la combinación “molecular” del “átomo” más básico, es decir, como resultado total de una combinación de declaraciones u oraciones singulares cuyo nivel de verdad dependía de la correcta enunciación de éstas.³ Sin embargo, como ya se ha visto, es fácil comprobar que la narrativa es más que sólo un conjunto de oraciones o declaraciones constata-tivas, y que, como dice Ankersmit, si la narrativa es vista como una mera secuencia de oraciones, se descuida algo muy esencial. Retomando lo mencionado en páginas anteriores, el texto histórico es producto tanto de enunciados constata-tivos, como de enunciados performativos.

Los primeros, se recordará, confirman hechos y, en historiografía, son formulados como declaraciones singulares de un estado de cosas ocurrido en el pasado; por ejemplo, para seguir con la obra *El queso y los gusanos*, un enunciado constata-tivo sería: “Menocchio fue denunciado al Santo Oficio el 28 de septiembre de 1583” o “Menocchio declaró que rechazaba todos los sacramentos por ser «mercancías»: ‘creo que la ley y los mandamientos de la Iglesia son mercancías y viven de esto’”. La verdad o falsedad de estas declaraciones pueden ser comprobadas tan sólo con corroborar el enunciado con los “testimonios” o “huellas” del pasado. Así, una declaración se refiere a un estado histórico específico de las cosas y está ligado a él por las convenciones *demonstrativas*.

Los segundos, que obviamente se obtienen por los primeros pero por su forma performativa se separan de ellos, son aquellos que por la misma acción de ser expresados dejan de ser declaraciones, ya que *realiza* o *construye* el hecho: “El caso de Menocchio es un ejemplo de la lucha entre ‘clases subalternas’ y clases hegemónicas” o “la única reacción que tuvo frente a la injusticia que se abatía sobre él, fue aquella, inmediatamente reprimida, de la violencia individual. Vengarse de sus perseguidores, golpear los símbolos de su opresión...”. Aquí, el principio de verdad por correspondencia no puede ser aplicado, puesto que no tenemos con qué hacerlo (no podemos corroborarlos con los documentos ni tampoco podemos viajar al pasado para ver si realmente el caso de Menocchio es un ejemplo

² *Ibid*, p. 7 y 8.

³ *Ibid*, p. 57 y 58.

de “lucha de clases” o que actuó para vengarse de la “opresión”: es una invitación a ver el hecho desde cierto punto de vista, y no la afirmación de que ese sea el caso). Por lo tanto, se deduce que la narrativa no puede ser reducida a las declaraciones o enunciados constata-tivos y para comprenderla no podemos restringirnos al nivel de esa oración. Así, se puede afirmar que las declaraciones singulares son cuestión de hechos, y las narrativas son cues-tión de interpretaciones.

De manera general, en palabras de Ankersmit, la esencia de su argumentación es como si-gue. El texto histórico consiste en muchas afirmaciones individuales. Estas afirmaciones individuales quizá tengan muchas funciones dentro del texto, pero es inobjetable afirmar que en su mayoría, se presume, dan una descripción verídica o exacta de algún estado de cosas ocurridas en el pasado. Los historiadores formulan esas declaraciones basándose en las evidencias que ellos descubren en los archivos o en cualquier otro lugar, y son esas evi-dencias quienes decidirán a cerca de la verdad o falsedad de las declaraciones.⁴

Con excepción de campos como la arqueología y la historia antigua, la evidencia accesible para los historiadores les permite describir muchas más declaraciones verdaderas acerca del pasado, que las que de hecho encontramos en sus textos. De todas las declaraciones que estén en posibilidad de hacer, los historiadores seleccionan cuidadosamente por el conte-nido descriptivo y por la formulación, las declaraciones que en última instancia deciden mencionar en sus libros o artículos —podría decirse que la escritura del texto histórico re-quiere por parte de los historiadores de una política en relación con la afirmación, y el texto histórico es resultado de esa política. La razón por la cual los historiadores son tan cuidadosos en la selección de sus declaraciones, es que, dice Ankersmit, cuando se consideran en su conjunto, determinan el “cuadro” de una parte del pasado que los historiadores desean mostrar a sus lectores; para los historiadores, el “cuadro” no es menos importante que las declaraciones que lo conforman.⁵ Tales “cuadros” son de un tipo diferente al de las afirmaciones individuales, de manera que por último es imposible probarlos. Porque si bien las afirmaciones individuales pueden ser corroboradas en el archivo histórico, los “cuadros” del pasado nunca pueden probarse de esa manera tan sólo porque las afirmaciones que se combinaron para formar ese “cuadro” no tenían un “cuadro” propio anterior a ese ensam-blaje contra el cual probar el resultado.⁶

En *El queso y los gusanos*, uno puede apelar a los archivos históricos que Ginzburg utilizó para formular sus afirmaciones (como el Archivo de la Curia Arzobispal de Udine y Porde-none, el Archivo de Estado de Modena, Venecia y Podenone, etc.), para corroborar si Menocchio dijo o pensaba tal o cual cosa, sí estuvo o no en tal o cual lugar, o si los aconte-cimientos se dieron tal cual los describe Ginzburg. Pero el “cuadro” de los acontecimientos que nos presenta en su totalidad, esto es, el caso de Menocchio como un ejemplo de la trá-gica lucha entre “clases subalternas” y “clases hegemónicas” por la supremacía y domina-ción cultural, no puede ser corroborado apelando a tales archivos ya que ellos no nos indi-can la forma exacta en que los acontecimientos deben ser aprehendidos; no nos dicen cómo

⁴ Ankersmit, “[Historiography and Postmodernism: Reconsiderations]: Reply to Professor Zagorin”, en *History and Theory*, vol. 29, no. 3, 1990, p. 277.

⁵ *Ibidem*.

⁶ Jenkins, *op. cit.*, p. 231.

mirarlos o cuál es la forma “correcta” de verlos. En otras palabras, los “cuadros” del pasado son, como piensa White y Ankersmit, una invitación para ver los acontecimientos desde un punto de vista específico; una propuesta de cómo puede verse el pasado y no de cómo es el pasado.

La implicación de esto es que los “cuadros” o interpretaciones del historiador (sus tramas, sus estrategias de argumentación, sus configuraciones tropológicas y sus implicaciones ideológicas) no imparten un conocimiento cognitivo —aunque las declaraciones que contengan sí tengan esa capacidad— ya que es una forma de mostrar algo, y no una afirmación de que ese algo sea el caso.⁷ Así, curiosamente, aunque la narración histórica en su conjunto se refiera al pasado, entre éste último y la narración parece que no existe propiamente un nivel de referencialidad o correspondencia epistemológica. Es decir, no hay lazos epistemológicos que los unan ya que los “cuadros” del pasado no son conocimiento, sino, como Ankersmit argumenta, organizaciones de conocimiento: ordenan las afirmaciones cognitivas de modos específicos de tal forma que nos invitan a pensarlos desde diversos puntos de vista.

En este sentido es que uno se puede referir a la narración histórica en su conjunto como una *representación* de la realidad (pasada). Representación porque la historiografía no es una mimesis, imitación o foto del pasado, sino, un sustituto de ese pasado. Con esto no quiero decir que sea un sustituto porque la realidad pasada no existió y por eso tiene que ser inventada, más bien quiero decir que, en el texto histórico, la realidad se hace presente de nuevo con un cierto disfraz. Aunque el historiador siempre tenga en mente hacer su narración lo más parecido posible a la realidad (que en última instancia, como ya señalé, nunca sabremos si obró o no de la forma más realista o si su narración se parece o no al pasado en sí), no podemos descartar las diferencias drásticas entre la representación y lo que se representa (entre el acontecimiento y la interpretación de ese acontecimiento). De nuevo, parece que la epistemología no ocupa ninguna relevancia en este nivel. Como dice Ankersmit, si pensamos en la diferencia entre un caballo de juguete y uno real, por razones obvias la epistemología es inútil si se le pregunta por qué y cómo un simple palo de madera puede representar un caballo⁸ (o, en la obra de Ginzburg, por qué y cómo el caso de Menocchio representa una “lucha de clases”).

En resumen, las declaraciones individuales hechas por el historiador (enunciados constata-tivos) corresponden a una realidad extra-lingüística constatable de una manera definida por su referencia; es decir, se espera que sea verdadera o falsa en la medida en que su contenido corresponda con las “huellas” de la realidad histórica, y digo las “huellas” de la realidad histórica porque realmente nunca se enfrenta al pasado en sí. Pero esto mismo no puede decirse de la interpretación o “cuadros” del pasado que se generan cuando tomamos en cuenta el conjunto total de las declaraciones. Ya que las interpretaciones corresponden, como he intentado demostrar lo largo de esta tesis, a una realidad puramente lingüística (ficción) los principios de referencia y correspondencia para su valoración epistemológica y cognoscitiva no existen.

⁷ Ankersmit, “El uso del lenguaje en la escritura de la historia”, en *Historia y tropología... op. cit.*, p. 176

⁸ Ankersmit, “Representación histórica”, en *Ibid.*, p. 220 y 221.

Comparemos, en aras del argumento, el texto histórico con una pintura de algún paisaje, ambos con intensiones realistas. En los dos casos el autor intenta captar minuciosamente hasta el más mínimo detalle de su referente para que el espectador pueda apreciar una representación exacta de la realidad. En la obra pictórica, se puede comparar todo el cuadro del pintor con el paisaje mismo que intentó representar: comprobamos si los detalles y atributos que pintó de, por ejemplo, una montaña, un árbol o un río son los mismos que se encuentran en el paisaje real, y así decidimos si corresponde o no con la realidad. En la obra histórica, el lector nunca puede comprobar de esa manera el “cuadro” del pasado (con sus detalles y atributos) representado por el historiador porque el referente que intentó representar no existe. Es decir, nunca podremos comprobar las interpretaciones narrativas (sus tramas, sus estrategias de argumentación, sus configuraciones tropológicas y sus implicaciones ideológicas) con el pasado mismo.

Es debido a este estatus de la narrativa que afirma Ankersmit que “desde el punto de vista de la práctica histórica, la noción epistemológica de un pasado referencial es inútil”. Todo lo que tenemos son textos, y sólo podemos comparar textos con textos:

Cuando hablamos de la realidad con simples afirmaciones de constatación [declaraciones individuales comprobables], como “el gato está sobre la alfombra”, hay una serie de convenciones semánticas que deciden acerca del significado, la verdad y la referencia de tales afirmaciones. Cómo se organizan juntas esas convenciones —significado verdad y referencia— es un problema demasiado complicado [...] Pero esas convenciones semánticas están conspicuamente ausentes cuando utilizamos el tipo de conceptos históricos que estamos investigando ahora [las interpretaciones narrativas o, como él las llama, “sustancias narrativas”]; por tanto, en esta etapa no podemos hablar de verdad, falsedad, referencia o ausencia de referencia [...] La implicación es que al nivel del texto histórico y de la interpretación histórica no podemos utilizar con propiedad las palabras verdad o falsedad. Podemos decir mucho de las preposiciones, por ejemplo, que son fructíferas, bien consideradas, inteligentes, y así subsecuentemente, pero no que son verdaderas o falsas [...] Es una absurda falacia, así como algo peligroso, creer que podemos o pudiéramos restringir la interpretación y la argumentación histórica a lo que verdaderamente puede ser dicho acerca del pasado con base en la evidencia disponible.⁹

Pero ¿por qué no podemos usar con propiedad los términos verdadero y falso para referirnos a una interpretación cuando sabemos que alguna puede ser descartada apelando a datos históricos nuevos u olvidados? Porque, como han sostenido White y Ankersmit, la interpretación del historiador tiene la naturaleza de las *propuestas*, es decir, es un intento para definir la relación entre lenguaje y realidad. Cuando un historiador construye su narración, elige las declaraciones que cree serán la mejor guía para entender el pasado: cree que su selección es la mejor propuesta de cómo se puede ver el pasado (recuérdese cómo Ginzburg, al mismo tiempo que descalifica las visiones “verticalistas” de la historia cultural, establece, según él, cuál es la mejor forma de abordar el tema: “desde abajo”).

Al ser propuestas, las interpretaciones históricas, como ya se mencionó, no imparten conocimiento cognitivo. Como diría Ankersmit, sin importar lo buena que sea una razón para

⁹ Ankersmit, “Reply to profesor Zagorin”, *op. cit.*, p. 281-282.

sugerirle una propuesta a usted, mi propuesta es una invitación para que usted haga algo, y no la afirmación de que ese algo es el caso.¹⁰ En este sentido, las interpretaciones no establecen cómo es la realidad, sino más bien, establecen los *medios* de mostrar la realidad histórica. El acto de *mostrar* y las *propuestas* se quedan a medio camino entre basarse en el conocimiento y tener u obtener conocimiento. Mostrar el pasado y sugerir una propuesta de cómo debe verse el pasado abre un camino a su conocimiento e indican cómo abordarlo.¹¹ Organizan nuestro conocimiento sin ser conocimiento ellas mismas.

La naturaleza propositiva de las interpretaciones, también nos explica por qué en la disciplina histórica el debate es muy intenso; nunca se ha llegado a una historia definitiva, una historia que, de una vez por todas, sea aceptada de manera intersubjetiva por todos los historiadores. Y digo casi nunca por que en ciertos casos existen interpretaciones tan ampliamente aceptadas que pierden su naturaleza de propuestas y se convierten en *reglas* respecto de la manera en que debe verse la realidad y, por tanto, de la manera en que el lenguaje debe conectarse con la realidad; en el siguiente apartado desarrollaré más ampliamente esta idea. Lo esencial que quiero señalar aquí, es que el requerimiento de que debe existir una relación de correspondencia epistemológica entre interpretación y realidad histórica es el resultado de un error de categorías: es exigir a la interpretación lo que sólo puede darse a la declaración. Al no ser conocimiento como tal, sino organizadores de conocimiento, las interpretaciones narrativas crean categorías organizativas que funcionan como ordenadores heurísticos de las declaraciones. Estos ordenadores heurísticos describen el pasado en términos de entidades que no se refieren a la realidad en sí ya que pertenecen al mundo puramente lingüístico, pero son la columna vertebral de la historiografía. Ankersmit las llama “sustancias narrativas”.

4.2 Las sustancias narrativas

Las declaraciones contenidas en el texto histórico desempeñan una doble función: 1) tomadas individualmente, nos dan una descripción exacta, o casi exacta, de una situación o estado de cosas en la realidad pasada; 2) tomadas en conjunto, determinan el tipo de “cuadro” o interpretación del pasado que el historiador desea dar a sus lectores. Como dice Ankersmit, cualquiera que intente escribir historia, aunque sea un ensayo o artículo, debe admitir que sin tales “cuadros” del pasado el escrito narrativo de la historia es virtualmente imposible. Son el principio guiador en la construcción de la narrativa así como su contenido o núcleo cognitivo. Sin ellos, la narrativa se desintegra en un conjunto incoherente de declaraciones.¹² Tan pronto un conjunto de declaraciones se vuelve tan complejo que su contenido no puede ser reducido a la suma del significado de sus declaraciones individuales, el historiador tiene que crear categorías organizativas que las ordenen. Estas categorías u ordenadores heurísticos de las declaraciones, corresponden a conceptos historiográficos técnicos cuya función principal es, repito, *ordenar* nuestro conocimiento histórico. Para Ankersmit, tales conceptos narrativos o “sustancias narrativas” tienen una naturaleza dife-

¹⁰ Ankersmit, “El uso del lenguaje en la escritura de la historia” en *Historia y topología... op. cit.*, p. 176.

¹¹ *Ibidem*.

¹² Ankersmit, *Narrative Logic... op. cit.*, p. 92.

rente a la de las declaraciones, una naturaleza en esencia metafórica, ya que no describen ni se refieren al pasado.

Para clarificar mejor esta idea de Ankersmit, continuaré las referencias a la obra de Ginzburg, *El queso y los gusanos*, a manera de ejemplificación. Pues bien, en dicha obra, los “cuadros” del pasado que nos presenta están organizados bajo conceptos identificables tales como “la cultura popular”, “la cultura hegemónica”, “las clases subalternas”, “las clases dominantes”, “la lucha de clases” entre otros. Hay dos formas en las que Ginzburg emplea estos términos: la primera, cuyo uso digámoslo así es “realista”, refieren a acciones, costumbres, valores, ideas, pensamientos y relaciones reales sostenidas y ejercidas por personas reales en el pasado. La segunda, cuyo uso es lingüístico, denota conceptos historiográficos usados para organizar el conocimiento sin referirse al pasado o describirlo. Para Ankersmit, el hecho de que se haga este uso indistinto de los conceptos da lugar a la tendencia a confundirlos. Es decir, las acciones o costumbres mismas de personas reales en el pasado son confundidas con el concepto narrativista o lingüístico para representarlos. En ambos contextos el mismo nombre es usado para identificarlos, pero es imperativo hacer tal distinción. Los conceptos “la cultura popular”, “la cultura hegemónica”, “las clases subalternas”, “las clases dominantes”, “la lucha de clases”, etc., refieren a los “cuadros” del pasado y no al pasado *per se*, como sí lo hacen las declaraciones que los forman.

La peculiaridad de este tipo de conceptos historiográficos, dice Ankersmit, ya ha sido reconocida por W. H. Walsh. Él bautizó términos como “la cultura popular”, “la cultura hegemónica”, “las clases subalternas”, “las clases dominantes”, “la lucha de clases”, etc., con el nombre de “conceptos coligatorios”. Éstos, dice, permite al historiador juntar un gran número de fenómenos diferentes bajo un común denominador (cosa que, como vimos con White, viene más del uso metafórico del lenguaje que de su uso lógico). Los compara con los “lazos universales concretos” de Hegel: en ambos casos estamos lidiando con conceptos que discernen una unidad (el concepto mismo) en la diversidad (los diferentes fenómenos “coligados” en el concepto).¹³ Así, el “concepto coligatorio” “la cultura popular” se refiere a tan dispares fenómenos como una cierta forma de vestir, de comer, de actuar, una filosofía particular sobre el destino del hombre sobre la tierra, una concepción particular de la política, etc. En la obra de Ginzburg, son a todos estos aspectos de la sociedad europea del siglo XVI que dicho concepto intenta coligar dentro de una interpretación consistente y general de la cultura de ese periodo. Por tanto, dice Ankersmit, estos términos funcionan 1) como guía de los historiadores para construir su narración y 2) como la encarnación del contenido o núcleo cognitivo de las narrativas históricas.¹⁴

Sin embargo, el historiador holandés opta por una alternativa y propone el término “sustancia narrativa”. Su argumentación a este respecto es como sigue. El término “concepto coligatorio”, arguye, es ligeramente inconveniente ya que sugiere que ciertos aspectos o fenómenos del pasado *mismo* deberían ser coligados. Es decir, que conceptos como, en el caso de Ginzburg “las clases subalternas”, etc., deben referir a la realidad histórica. En este sentido, los “conceptos coligatorios” de la historiografía son concebidos de manera similar a

¹³ *Ibid.*, p. 92-93.

¹⁴ *Ibid.*, p. 93.

los conceptos teóricos de las ciencias naturales. Estos, como dice Ankersmit, indudablemente refieren a, o denotan, ciertas “cosas”, o aspectos de “cosas”, las cuales existen en la realidad empíricamente comprobable: “la velocidad de la luz”, “los campos magnéticos” o “la fuerza de gravedad” son un ejemplo. Las sustancias narrativas, en cambio, no refieren a “cosas” o aspectos de ellas identificables en la realidad histórica. Tienen una función meramente “expositora”; son aparatos lingüísticos, construcciones auxiliares por medio de las cuales los historiadores intentan transmitir una clara y consistente representación del pasado. Los conceptos teóricos correlacionan *cosas* con *palabras*; las sustancias narrativas sólo funcionan al nivel de las palabras.¹⁵ El término acuñado por Ankersmit, a diferencia del término “conceptos coligatorios”, es mucho menos sugerente de una referencia a la realidad histórica y, por ende, afirma, es preferible.

Lo que impide que la sustancia narrativa, por ejemplo “las clases subalternas”, refiera a algo fuera de ella, es que éstas no existen como tal en la realidad empíricamente observable. “Las clases subalternas” es un concepto producido ligando declaraciones internas del texto y, por lo tanto, no tiene nada fuera de él a qué referirse. No hay “clases subalternas” o “dominantes” “allá afuera” a la que corresponder antes de que la sustancia narrativa la cree como nombre colectivo para su conjunto de afirmaciones. Como dice Ankersmit, las reglas que gobiernan el uso de una sustancia narrativa no pueden ser halladas analizando el mundo sociohistórico, sino analizando la estructura lógica de la narrativa. De las sustancias narrativas se puede decir lo que Aristóteles escribió sobre la sustancia: “la sustancia es lo que ni es predicado de un sujeto ni presente en el sujeto, sino, en cambio, el hombre y caballo individuales”¹⁶, es decir, es siempre sujeto, sujeto lingüístico o narrativo. Así, las sustancias narrativas son las entidades lógicas primarias en los relatos historiográficos del pasado.

De esta forma, las declaraciones que contienen las sustancias narrativas no son sus partes constituyentes, sino su propiedad. En términos de la lógica narrativa esbozada por Ankersmit, en un texto histórico se afirma la presencia de, primero, los sujetos y predicados ordinarios contenidos en declaraciones simples sobre un estado de cosas en el pasado; después, de sujetos y predicados de declaraciones como “N contiene p”, “N contiene q”, “N contiene r”, etc. En donde “N” es el nombre apropiado de, y refiere a, una sustancia narrativa; “p”, “q” y “r” son declaraciones que describen un estado de cosas en el pasado. Afirmar “p”, “q” o “r” es constituyente de la declaración, mientras que “contener p, q o r” es propiedad de “N” (la sustancia narrativa).¹⁷ En consecuencia, dice Ankersmit, debemos diferenciar entre dos tipos de declaraciones: 1) declaraciones sobre sustancias narrativas y 2) declaraciones sobre otras cosas, por ejemplo, aquellas contenidas en el universo. Así, para individualizar las sustancias narrativas propuestas en un texto histórico, debemos leer las declaraciones pertinentes del texto como “N₁ es p₁...p_n” (donde N₁ es la sustancia narrativa en cuestión y p₁...p_n son los conjuntos de declaraciones pertinentes). Declaraciones como “N₁ es p” expresan el significado narrativo de las declaraciones individuales del texto

¹⁵ *Ibid*, p. 104.

¹⁶ Aristóteles, *Categorías*, 5, 2 a 11 citado en *Ibid*, p. 94.

¹⁷ *Ibid*, p. 94 y 94.

como contraste con su significado descriptivo (es decir, su capacidad para describir el pasado).¹⁸

Las declaraciones contenidas en una sustancia narrativa pueden, como ya mencioné, ser consideradas sus propiedades; mientras que las declaraciones sobre cosas normales no pueden, en la mayoría de los casos, ser consideradas así. Cuando tratamos con cosas ordinarias (como mesas, campos magnéticos, etc.) las declaraciones como “A es p” (donde “A” refiere a una cosa ordinaria) son usualmente verdades contingentes. Es decir, no es necesario que una mesa en particular tenga una cierta propiedad como color o altura: es atípico que el predicado de una declaración sobre cosas ordinarias contenidas en la realidad sea parte del significado del sujeto-término (de “A”). En el caso de la sustancia narrativa la situación es diferente. Declaraciones como “N es p” “N es q” o “N es r” son todas, por decirlo así, “analíticamente verdaderas” ya que es imposible que una sustancia narrativa pueda tener propiedades diferentes de aquellas que efectivamente tiene. En otras palabras, no pueden hacerse declaraciones contingentes sobre una sustancia narrativa: todos los atributos que pueden ser predicados sobre ella forman parte del sujeto-término de las declaraciones.¹⁹

En palabras de Ankersmit, “los predicados contenidos en una sustancia narrativa están con ella en una relación de necesidad. En este aspecto las sustancias narrativas difieren esencialmente de las cosas ordinarias; tan pronto como ellas adquieren o pierden una propiedad, cesan de ser las cosas que son. En la mayoría de los casos, las cosas ordinarias son indiferentes con respecto a sus propiedades [a pesar de tener diferencias en su peso, altura, color o inclusive material, las mesas pueden seguir considerándose mesas], mientras que las sustancias narrativas inmediatamente se ajustan ellas mismas a sus propiedades.”²⁰ En este sentido, declara Ankersmit, “el comportamiento de las sustancias narrativas dentro del texto histórico (en el caso de Ginzburg “las clases subalternas”, “las clases hegemónicas”, “la cultura popular” “la Reforma”, la “Contrareforma”, etc.) puede ser comparado con aquel de los “hoyos negros” en astrofísica. Todo con significación narrativa es absorbido vorazmente por el sentido de los nombres. Así como los hoyos negros absorben la materia de este universo, las sustancias narrativas “comen” las declaraciones del universo oracional a fin de formar una entidad lógica en otro universo narrativista. En un sentido, las sustancias narrativas son cosas, pero son cosas que llevan una vida vicaria: parasitan en las declaraciones sobre la realidad (histórica)”²¹.

Estos “hoyos negros” narrativos, como ya mencioné, no tiene una existencia en la realidad empírica o extralingüística (como sí las tiene las cosas normales). Su existencia se debe sólo al texto narrativo en el cual desarrollan su papel; no apuntan a ningún lado fuera de ellas mismas y, por obvias razones, no pueden ser usadas para expresar declaraciones verdaderas sobre otras cosas. Continuando con la metáfora astrofísica, Ankersmit señala que mientras las sustancias narrativas difieren de las cosas normales, “cuya estructura está determinada por lo que *emana* de ellas, se asemejan a los hoyos negros en el sentido de que ambos deben su forma o estructura a lo que es *absorbido* por ellos. Las sustancias narrati-

¹⁸ Ankersmit, “Reply to Professor Zagorin”, *op. cit.*, p. 279

¹⁹ Ankersmit, *Narrative Logic... op. cit.*, p. 126.

²⁰ *Ibid.*, p. 127.

²¹ *Ibid.*, p. 125.

vas no yacen ante nosotros listas para ser inspeccionadas desde cualquier punto de vista que gustemos; no podemos llegar al corazón de una a menos que permitamos ser capturados por ella.²²

Las sustancias narrativas tienen un rol más ontológico que epistemológico —su “ancla ontológica” reside en ellas mismas y no en una realidad extrínseca— en cuanto que sirven para dotar de significado o sentido al pasado y no como instrumentos cognitivos propiamente dichos (como es el caso de las declaraciones). De esta forma se puede concebir a la sustancia narrativa como aquellas estructuras ficcionales de las que habla Hayden White. Entidades como “la cultura popular”, “las clases subalternas” o “la Reforma” son imaginarios o proyecciones de una estructura en el pasado que, sin embargo, constituyen las unidades semánticas que en lo individual o en conjunto organizan nuestras “cuadros” o interpretaciones de la realidad (pasada). En palabras de Ankersmit, las sustancias narrativas:

No son “abreviaturas” (como desean mantener los seguidores de las filosofías especulativas de la historia y los protagonistas de la “historia como ciencia social”) que nos permiten hablar acerca de cosas en la realidad histórica: el pasado mismo no conoce de “Caídas del Imperio Romano” ni de “Renacimiento”, ni de “clases sociales”, ni “Estados” —en contraste con los objetos de nuestro mundo ordinario, estas “cosas” conducen sus vidas exclusivamente en el universo narrativista. Y este universo narrativista tiene un notable grado de autonomía: por lo menos, lo que contiene no son por ningún motivo simples proyecciones o fotografías del pasado histórico mismo.²³

Desde este punto de vista, se puede reafirmar la declaración de que el texto histórico (en cuanto a su nivel tropológico y de sustancias narrativas se refiere) al igual que el lenguaje, es un conducto esencialmente opaco y autoreferencial. No es transparente respecto a la realidad histórica, sino que atrae así mismo la atención del lector y al hacer esto oculta de la vista el pasado *per se*. Aunque el lenguaje tropológico así como las sustancias narrativas en parte están determinados por la realidad histórica misma, al encarnar “puntos de vista” particulares sobre el pasado (propuestas de cómo ver el pasado), “no nos *llevan de vuelta* a la realidad” sino, al contrario, “nos lanzan *fuera* de ésta”.²⁴

Pero aun siendo así ¿por qué el texto histórico aumenta nuestra comprensión del pasado? En primer lugar, pienso que no debemos perder de vista una de las hipótesis fundamentales de este trabajo. Me refiero a la consideración de que si bien el historiador crea ficciones (personificadas tanto en las estrategias explicativas tropológicas o retóricas como en la proposición de entes narrativos o sustancias narrativas) esto para nada quiere decir que proceda de una manera arbitraria. Sin estos elementos imaginarios no tendríamos interpretaciones del pasado; el texto histórico inmediatamente se desintegraría en una incoherencia sin sentido. Es por esto que me atrevo a decir que estos mecanismos lingüísticos son la condición misma de la existencia de la historiografía. Igualmente, el hecho de que no podamos aplicarles los criterios de verdad, falsedad, referencia o correspondencia no significa que nos tenemos que quedar con las manos vacías dentro del debate histórico. Todo lo contrario. Las

²² *Ibid*, p. 126.

²³ *Ibid*, p. 161.

²⁴ Ankersmit, “Reply to Professor Zagorin”, *op. cit.*, p. 280.

diferentes posturas en cuanto a interpretaciones son las que alimentan el debate “racional”: si tuviéramos una sola interpretación del pasado de hecho no tendríamos interpretación alguna si no sólo la pura y absoluta verdad. Como apunta Ankersmit, paradójicamente las grandes obras de la historiografía, aquellas de Marx, Burckhardt, Braudel, Ginzburg, etc., demostraron de forma repetida ser el estimulante más poderoso de una nueva ola de interpretaciones, en lugar de concluir el debate de una vez por todas. De nuevo vemos aquí que la discusión se nutre gracias al “juego de las diferencias” propuesta por los estructuralistas y posestructuralistas.

Y esto me lleva a mi segunda consideración para responder a la pregunta hecha. Muchos estarán de acuerdo conmigo en que lo que hace que obras como la de Marx, Braudel o Ginzburg sean consideradas “clásicos” de la historiografía no es su capacidad para dotarnos de datos nuevos, sino su capacidad para hacernos ver esos datos desde perspectivas muy sugerentes. Es decir, nos muestran formas novedosas de cómo ver el pasado, dándonos un entendimiento y entramado diferente de la historia y sus procesos. Parafraseando a Ankersmit, decir cosas verdaderas al nivel de la declaración individual es fácil, cualquiera puede hacerlo, pero decir cosas verdaderas al nivel de la interpretación es difícil ya que se requiere de mucha perspicacia, penetración y originalidad. A partir de lo anterior, se podría decir que los hechos y declaraciones mencionados en una narrativa, son instrumentales en seguir una interpretación particular del pasado. Cuando se aíslan del texto histórico su valor es insignificante: funcionan como simples contribuciones a una visión de la historia.²⁵

Con esto de ninguna manera quiero decir que los hechos y declaraciones no juegan un papel importante dentro del texto histórico. Todos estamos de acuerdo en que una de las tareas básicas del historiador es descubrir datos nuevos y verdaderos consultando archivos y otras fuentes. Sólo quiero decir que lo anterior sugiere que nuestro entendimiento e ideas sobre el pasado son en gran medida “canalizadas” por estas entidades lingüísticas ficcionales. En otras palabras, la comprensión histórica se logra por *describir* el pasado con la ayuda de una fuerte y consistente sustancia narrativa (como “la cultura popular” o “la lucha de clases”) así como por una astuta e ingeniosa codificación tropológica del campo histórico.

La razón por la que se considera que tales entidades ficcionales pertenecen y se refieren a una actualidad pasada es que, de alguna manera, una interpretación histórica llega a ser ampliamente aceptada por los historiadores. Entonces, pareciera que hubiera una lucha de clases o una cultura popular “allá afuera” y que ha sido “descubierta”. Estas propuestas de cómo puede verse el pasado se consideran razonables y, en tal situación, la pregunta de si en realidad hay o no una cultura popular o una lucha de clases será absurda de la misma manera en que lo es la pregunta de si existió o no un individuo llamado Domenico Scandella “Menocchio” que vivió en Montereale, Italia, durante mediados del siglo XVI (ésta última, por cierto, otra sustancia narrativa). Una propuesta universalmente aceptada se convirtió en un fenómeno histórico que forma parte del pasado en sí. Lo que ocurre en una situación de este tipo es que se ha producido una nueva convención en la lengua para relacionar palabras con cosas: de ahora en adelante la frase “las clases subalternas” (y todas las

²⁵ Ankersmit, *Narrative Logic... op. cit.*, p. 128.

demás sustancias narrativas) se referirá ya no a un ente del mundo lingüístico o narrativo, sino a una cosa del mundo real.²⁶ El desinterés de algunos historiadores por tomar en serio las implicaciones del lenguaje en el proceso de representación histórica, quizás explique su curiosa tendencia a atribuir a la realidad lo que es verdadero del lenguaje y viceversa.

La implicación de todo esto es importante. Ankersmit, al igual que White, Derrida, Barthes y Foucault, entre otros, están en lo correcto cuando sugieren que tanto historiadores como filósofos modernos siempre han dado por sentado de una manera demasiado rápida qué cosas creemos que existen: casi no se interesan en la cuestión de qué nos hace preferir reconocer una cosa o (clase de) cosas respecto de otras. El propio Foucault señaló que nuestro inventario de la realidad puede cambiar dramáticamente con el tiempo, pues la cuestión de qué cosas contiene la realidad está sujeta a un debate racional, y es una tarea importante de la filosofía [y de la filosofía de la historia] aclarar la naturaleza de tales debates.²⁷ Como dice Ankersmit, “qué (clase de) de cosas creemos que conforman el inventario de nuestra realidad es siempre el resultado de una interpretación en esencia *histórica* de esa realidad y nunca algo dado. La separación de lenguaje y realidad, y el reconocimiento de ciertas cosas en ésta última, son el resultado y la etapa final de una percepción histórica de la realidad”.²⁸

²⁶ Ankersmit, “El uso del lenguaje en la escritura de la historia” en *Historia y topología... op. cit.*, p. 181.

²⁷ Foucault, *The Order of Things*, pp. xv-xxiv citado en *Ibid*, p. 182.

²⁸ Ankersmit, “El uso del lenguaje...” *Ibidem*.

Conclusiones

En este trabajo, intenté responder a la pregunta: ¿cuáles son las implicaciones del uso lenguaje en el proceso de representar el pasado a través del texto histórico? Con ese objetivo general en mente, me propuse develar la relación entre lenguaje y realidad (pasada) para poder demostrar que el historiador crea ficciones (lingüísticas) en su intento por dar cuenta de su objeto de estudio. Para este fin, abordé la evolución en la concepción del lenguaje desde el punto de vista de la filosofía nietzscheana, pasando por los estructuralistas, formalistas y posestructuralista, hasta abordar, finalmente, su influencia en los estudios historiográficos contemporáneos. En este punto, me valí de la teoría tropológica de Hayden White, así como de la lógica narrativa de Frank Ankersmit con su concepto de “sustancias narrativas”, para analizar el texto *El queso y los gusanos. El cosmos, según un molinero del siglo XVI* del historiador italiano Carlo Ginzburg. Este análisis me permitió responder en un primer intento la pregunta planteada, y también ejemplificar y demostrar el uso de dichas teorías.

Digo “en un primer intento” porque estoy consciente de que el análisis de una obra aislada difícilmente puede llevar a conclusiones definitivas. Esto puede considerarse como una de las principales limitaciones del presente trabajo. Sólo un análisis comparativo entre un número más extenso de obras seleccionadas puede arrojar mayor luz sobre el tema y, eventualmente, se podrán extender, e inclusive rechazar, las conclusiones a las que aquí se han llegado. Sin embargo, más que llegar a conclusiones definitivas, mi ánimo fue el de delimitar un ámbito de estudio relativamente nuevo y revolucionario dentro de la historiografía y de la teoría y filosofía de la historia. Y mientras este ámbito de estudio aborda el quehacer del historiador, el interés sobre él debe tomarse en serio. Ya sea que se acepten o no los postulados narrativistas, al final algo es muy cierto: los historiadores, como intelectuales, tenemos la obligación de abordar críticamente estas cuestiones pues afectan tanto nuestro trabajo práctico, como nuestro entendimiento teórico y filosófico de él. Los historiadores somos muy diestros en reflexionar sobre los hechos y los procesos históricos, pero muy pocas veces nos detenemos a pensar sobre la naturaleza de nuestros discursos. Así como debemos ser críticos con nuestro objeto de estudio, también lo debemos ser con los mecanismos (lingüísticos) que desplegamos para hablar de él.

El desarrollo de las conclusiones a las que he llegado en este trabajo es como sigue.

La creencia de que sólo el lenguaje formal de las ciencias naturales y exactas es la única fuente de todo conocimiento fidedigno y realista del mundo, fue rechazada por los estudios de filósofos como Nietzsche, Wittgenstein, Barthes, Foucault y Derrida, entre otros. Ellos

criticaron la noción “ingenua” de que el lenguaje es un vehículo neutro y transparente entre el sujeto y la realidad, planteando, a su vez, la opacidad del mismo dada por su dimensión figurativa. Es decir, que el lenguaje es en esencia un sistema metafórico que cuando es usado para dar cuenta del mundo, dota a éste de toda una coherencia significativa y ficcional, poblándolo de estructuras y fenómenos que no pertenecen estrictamente a él (la crítica al “logocentrismo” y al “ser como presencia” de Derrida): el lenguaje literalmente construye la realidad.

A su vez, esto permitió afirmar que el lenguaje, antes de ser una matriz lógica, era una práctica culturalmente determinada regida por el “juego de las diferencias” (la idea de que la relación entre el significante y el significado, las palabras y las cosas, es arbitraria ya que no existe una correspondencia intrínseca en razón de una naturaleza común) y, en consecuencia, por las “formas de vida” o usos dentro de una *episteme* (conjunto de valores, creencias y pensamiento de una sociedad) específica. El rescate de la dimensión metafórica, cultural y relativa del lenguaje es lo que comúnmente nos referimos con el nombre de “giro lingüístico”.

La introducción del “giro lingüístico” en los estudio históricos, tiene su personificación en la así llamada “filosofía narrativista de la historia” cuyos representantes más característicos son el historiador estadounidense Hayden White y su homólogo holandés Frank Ankersmit. Así mismo, la principal aportación teórica de estos dos historiadores (lo constituye el meollo de todo el asunto) es la idea de que la relación entre el historiador y la realidad histórica está mediada por el lenguaje y no por la correcta aplicación de técnicas críticas y buenos métodos históricos. Las técnicas y métodos históricos responden a una concepción específica sobre la realidad (a una previa prefiguración del campo histórico) que la trabaja y la configura, y no a una adecuación científica sobre una realidad ya dada de antemano.

Visto así, una interpretación histórica no sólo recibe su validez y fuerza explicativa con base en la evidencia documental y las técnicas y métodos de investigación que utiliza, sino también, en una parte muy importante, por los mecanismos lingüísticos que despliega y que, a su vez, sancionan tácitamente sus conceptos teóricos. En consecuencia, el narrativismo desarrollado por White y Ankersmit centra su atención en las narraciones históricas producto de la investigación (al texto histórico acabado, considerado en su conjunto). Su énfasis se concentra en la naturaleza de los instrumentos lingüísticos que desarrollan los historiadores para avanzar en nuestra comprensión del pasado; en otras palabras, permanece en el campo del lenguaje histórico. Una de las características del lenguaje empleado por el historiador consiste, precisamente, en que hace una combinación de elementos formales o lógicos con elementos figurativos o metafóricos. Es decir, el lenguaje histórico no es una oposición entre el habla literal y figurativa (tradicionalmente la distinción entre novela (histórica) e historiografía se basa en la consideración precriticamente aceptada de que el primero hace ficción mientras que el segundo no) sino un *continuum* lingüístico de ambos en el cual se tiene que mover el habla del historiador para la articulación de su discurso.

Aquello se refleja en el hecho de que el historiador no sólo se limita a responder las preguntas qué, cuándo y cómo sucedieron los hechos sino también responde a la pregunta qué significa o qué sentido tiene todo eso. El discurso histórico no es una serie inestructurada de

hechos sino, al contrario, es un discurso que da a esa serie de hechos una estructura significativa inteligible y por tanto presenta aparatos tanto epistemológicos como ontológicos específicos. Ya que los sistemas de producción de significado (ontología) están determinados por los sistemas morales e ideológicos de una cultura dada, es razonable afirmar que uno de los objetivos del texto histórico es darnos una construcción ideológica de la realidad (pasada). Es en este punto donde radica el trabajo ficcional o poético del historiador. Las construcciones ficcionales de las que se vale para dar cuenta de su objeto de estudio, encarnan las dimensiones figurativas del lenguaje.

Los elementos ficcionales o figurativos del texto histórico corresponden a las interpretaciones narrativas sobre el pasado. Las interpretaciones narrativas no nos muestran cómo es en realidad el pasado (como sí lo hacen los hechos y declaraciones que contienen), sino que nos hacen una *propuesta de cómo ver el pasado* (por ejemplo, cuando Ginzburg nos insta a ver el caso de Menocchio como una lucha entre dos diferentes entes: “las clases subalternas” con su “cultura popular” contra “las clases dominantes” con su “alta cultura”). La naturaleza propositiva de las interpretaciones se refleja tanto en el “estilo historiográfico” particular del historiador (la combinación de un tropo, una forma de trama, un modo de argumentación y una implicación ideológica) para dar cuenta del pasado, como en las sustancias narrativas que formula (por ejemplo, “las clases subalternas”, “las clases hegemónicas”, etc.). Las interpretaciones narrativas son ficciones figurativas, es decir metáforas, porque intentan explicar el pasado con la ayuda de elementos que no pertenecen ni corresponden propiamente al pasado (conocer una cosa en términos de otra). Así, nos instan a ver el pasado desde puntos de vista específicos, por ejemplo *como* trágico, *como* cómico, *como* romántico, etc.

Desde este punto de vista, las implicaciones del lenguaje dentro del proceso de representación del pasado a través del texto histórico hacen que éste, lejos de ser un medio neutro para la representación de acontecimientos y procesos históricos, sea la materia misma de una concepción mítica de la realidad. Un contenido conceptual o pseudoconceptual que, cuando se utiliza para representar acontecimientos reales dota a estos de una coherencia y estructura ilusoria y de tipos de significaciones más característicos del pensamiento poético (en todo el sentido etimológico del término) que del pensamiento lógico o formal. Así, la obra histórica apunta simultáneamente en dos direcciones: 1) hacia su referente primario que son los hechos y acontecimientos del pasado en sí, y 2) a su referente secundario que son los aparatos lingüísticos desplegados (con los cuales el pasado en sí queda poblado por significados, fenómenos, fuerzas, agentes y agencias específicos, por ejemplo el pasado histórico como una trágica lucha de clases entre la cultura popular y la cultura hegemónica) para dar cuenta de ellos.

El lenguaje figurativo hace que el texto histórico pueda considerarse un aparato semiológico eficaz en la producción de significados (ficciones) y, por ende, en la construcción de lo que consideramos como realidad. Reconocer qué clase de cosas y fenómenos existen en nuestra realidad (las sustancias narrativas), es resultado de una interpretación histórica de dicha realidad y no algo dado. Se puede decir, junto con Ankersmit, que el historiador es en esencia algo más que el detective de Collingwood que anda en busca del asesino de Juan Pérez. Por otro lado, como me gusta pensarlo, esto no significa que la historiografía posea

una deficiencia que deba ser erradicada; más bien esos contenidos ficcionales son la condición misma de su existencia. Ellas son las que nos permiten tener una mayor comprensión del pasado y de nuestra realidad pues, en gran medida, “canalizan” nuestras ideas y pensamientos sobre ellos. La retórica, la figuración, el subjetivismo y, por ende, el relativismo no son problemas todavía por resolver, más bien, son una de las características principales tanto de la realidad histórica como del quehacer historiográfico. Como declara White, “nos encontramos frente a un fracaso de la conciencia histórica cuando olvidamos que la historia, tanto en el sentido de los acontecimientos como en el del relato de los acontecimientos, no sólo acaece sino que se hace”.¹

Percibido de esta forma, es razonable afirmar que la epistemología es pertinente sólo a la filosofía de la investigación histórica, ya que no juega un rol esencial en la filosofía del escrito histórico o interpretación narrativa. Por tanto, como defienden White y Ankersmit, es necesario distinguir entre investigación histórica (cuestión de hechos y declaraciones) y escritura histórica (cuestión de interpretaciones y propuestas de cómo ver el pasado). La filosofía narrativista de la historia podrá tomarse en serio si, y sólo si, se respeta tal distinción y se acepta una cierta autonomía de la segunda respecto de la primera. Aunque no existe una línea bien definida que pueda señalarnos dónde empieza una y termina la otra, eso no es un argumento para rechazar dicha distinción (de la misma forma que no existe una línea bien definida para decidir dónde termina un periodo histórico y comienza otro, eso no nos impide hablar sobre una “Edad Media” y un “Renacimiento”, por ejemplo).

Por último, como reflexión final, quiero decir que tanto la filosofía del lenguaje como la filosofía narrativista de la historia esbozada aquí, no deben interpretarse como un tipo de “vandalismo intelectual falaz y tramposo” que pugna a favor de rechazar la posibilidad del conocimiento (histórico), la significación y la verdad. Su afán, como mencioné en el primer capítulo, no es destruir el conocimiento y la verdad *per se*, sino la pretensión totalitaria y dogmática a la dominación inequívoca de un modo de significar sobre otro, de un modelo de verdad sobre otro. Y es que mientras vivamos en una estructura sociocultural y no en estado “natural”, como diría Barthes, todas nuestras decisiones para elegir un modo de verdad, de significación o de conocimiento sobre otro, inevitablemente estarán basadas en consideraciones morales e ideológicas antes que objetivas. De allí el ánimo antitotalitario o antifundamentalista de estas filosofías. Su relativismo y escepticismo no es una moda intelectual de carácter irresponsable, ni mucho menos una invitación al “todo vale”. Al contrario, de una manera que se podría denominar “idealista”, considero que son la base de la tolerancia social, de la autocrítica, la reflexión y el debate. Y no cabe duda que en un contexto histórico nacional e internacional como el nuestro, estos valores son más necesarios que nunca.

De esta forma, quien podría llamarse verdaderamente un “intelectual socialmente responsable”, es aquel que no sólo denuncia la naturaleza ficticia de programas políticos, económicos, sociales y culturales basados en pensamientos fundamentalistas, sino, también, aquel que está consciente de la naturaleza ficticia de su propio discurso. Para el historiador relativista y escéptico, de lo que se trata no es acabar con la historia como disciplina ni prescin-

¹ White, “Teoría literaria y escrito histórico”, en Perus *op. cit.*, p. 248.

dir de ella. A mi parecer, su tarea es enseñarnos la manera en *cómo pudiéramos relacionarnos con nuestra disciplina*, examinando y explorando valerosamente la zona donde ésta empieza a perder su alcance.² Como bien dice White, de lo que realmente se trata es llevar a la práctica histórica a un nivel superior de autoconciencia:

Finalmente, podemos observar que si los historiadores reconocieran el elemento de ficción en sus narrativas, eso no significaría degradar la historiografía a la calidad de ideología o propaganda. En realidad, ese reconocimiento serviría como un poderoso antídoto contra la tendencia de los historiadores a quedar presos en prejuicios ideológicos que no reconocen como tales, sino que reverencian como la percepción “correcta” de “cómo son las cosas en realidad”. Al llevar la historiografía más cerca de sus orígenes en la sensibilidad literaria deberíamos ser capaces de identificar lo ideológico, ya que es el elemento de ficción de nuestro propio discurso. Siempre podemos ver el elemento ficticio en aquellos historiadores con cuya interpretación de determinado conjunto de acontecimientos [o visión de la historia] discordamos, pero raramente percibimos ese elemento en nuestra propia prosa. Así, también, si reconociéramos el elemento literario o de ficción en todas las narraciones históricas, deberíamos estar en condiciones de llevar la enseñanza de la historiografía a un nivel superior de autoconciencia [...] Al llevar la historiografía de regreso a una conexión más íntima con su base literaria, deberíamos no sólo ponernos en guardia contra distorsiones *meramente* ideológicas, sino acercarnos a esa “teoría” de la historia sin la cual no puede ocurrir [...] en absoluto.³

En esta historiografía autoconsciente donde el significado y la teorización son más importantes que la reconstrucción, el asunto no es sólo descubrir una nueva parte del pasado sino una nueva dimensión del uso del lenguaje:

La búsqueda salvaje, avariciosa e incontrolada del pasado, que nace del deseo de descubrir una realidad pasada y reconstruirla de modo científico, ya no es la tarea incuestionada del historiador. Haríamos mejor en examinar el resultado de una búsqueda de ciento cincuenta años de forma más atenta y preguntarnos más a menudo qué viene a ser todo esto. Nos ha llegado la hora de *pensar* sobre el pasado más que de *investigarlo*.⁴

² Véase, Ankersmit, “Hayden White’s Appeal to the Historians”, en *History and Theory*, *op. cit.*, p. 182-193.

³ White, “Tropics of Discourse”, citado en Jenkins, *¿Por qué la historia?*, p.199-200.

⁴ Ankersmit, “Historiografía y posmodernismo”, en *Historia y topología... op. cit.*, p. 348.

Fuentes

Bibliografía

- Aguirre Rojas, Carlos Antonio, *Contribución de la historia de la microhistoria italiana*, Argentina, Rosario, 2003.
- Ankersmit, Frank y Kellner, Hans, *A New Philosophy of History*, Chicago, University of Chicago Press, 1995.
- , *Historia y tropología. Ascenso y caída de la metáfora*, Fondo de Cultura Económica, México, 2004.
- , *Narrative Logic. A Semantic Analysis of the Historian's Language*, The Hague/Boston/London, Martinus Nijhoff Publishers, 1983.
- Aróstegui, Julio, *La investigación histórica: teoría y método*, Barcelona, Crítica, 2001.
- Austin, John, *How to do Things with Words*, Cambridge (Mass.), Paperback: Harvard University Press, 2ª ed., 2005.
- Barrio Gutiérrez, José (trad., introducción y notas), *Protágoras. Fragmentos y testimonios*, tercera edición, Argentina, Aguilar, 1977.
- Barthes, Roland y et al., *Análisis estructural del relato*, Argentina, Tiempo Contemporáneo, 2ª ed., 1972.
- Bermejo Barrera, José Carlos y Piedras Monroy, Pedro Andrés, *Genealogía de la historia. Ensayos de Historia Teórica III*, Madrid, Akal, 1999.
- Campillo, Antonio, *Adiós al progreso. Una meditación sobre la historia*, Barcelona, Anagrama, 1985.
- Derrida, Jaques, *La escritura y la diferencia*, España, Anthropos, 1989.
- Eagleton, Terry, *Una introducción a la teoría literaria*, (trad. José Esteban Calderón), México, Fondo Cultura Económica, 1998.
- Evans, Richard J., *In Defense of History*, New York and London, W. W. Norton & Co., 2000.
- Foucault, Michel, *La arqueología del saber*, México, Siglo XXI, 1970.
- , *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, Argentina, Siglo XXI, 1968.
- Ginzburg, Carlo, *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*, Barcelona, Muchnik, 1986.
- Jacques, Lacan, *Escritos I*, Buenos Aires, siglo XXI, 3ª ed., 2009.
- Jenkins, Keith, *¿Por qué la historia?*, México, Fondo de Cultura Económica, 2006.
- , *Pensar la historia*, Madrid, siglo XXI, 2009.
- Lévi-Strauss, Claude, *Antropología estructural*, Buenos Aires, Eudeba, 1977.
- Lotman, Yuri, *Estructuralismo y Literatura*. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1964.

- Lyotard, Jean François, *La condición posmoderna. Información sobre el saber*, Madrid, Cátedra, 1987.
- Morales Moreno, Luis Gerardo (comp.), *Historia de la Historiografía Contemporánea (de 1968 a nuestros días)*, México, Instituto Mora, 2005.
- Nietzsche, Friedrich *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*, Obras Completas, vol. 1, Ediciones Prestigio, Buenos Aires, 1970.
- , *Escritos sobre retórica*, (ed. y trad. Luis Enrique de Santiago Gervós), Madrid, Trotta, 2000.
- O' Gorman, Edmundo (selección y presentación de Álvaro Matute), *Ensayos de filosofía de la historia*, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Históricas, 2007.
- , *La invención de América. Investigación acerca de la estructura histórica del nuevo mundo y del sentido de su devenir*, México, Tierra Firme, 1958.
- Ordóñez Aguilar, Manuel (coord.), *Introducción al análisis historiográfico. Problemas generales de teoría y filosofía de la historia y estudios de caso*, México, UNAM, FES Acatlán, DGAPA, 2010.
- Perus, Françoise, (comp.), *La historia en la ficción y la ficción en la historia. Reflexiones en torno a la cultura y algunas nociones afines: historia, lenguaje y ficción*, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Sociales, 2009.
- Ricoeur, Paul, *Tiempo y Narración. El tiempo narrado*, vol. III, México, siglo XXI, 1996.
- Saussure, Ferdinand, *Curso de lingüística general*, (traducción, prólogo y notas de Amado Alonso), Buenos Aires, 24ª edición, Losada, 1945.
- White, Hayden, *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, Barcelona, Paidós, 1992.
- , *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*, Barcelona, Paidós, 2003.
- , *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México, Fondo Cultura Económica, 1992.
- Wiseman, Boris, *Lévi-Strauss para principiantes*, Buenos Aires, Errepar, 1998.

Hemerografía

- Carlos Antonio Aguirre Rojas, “El queso y los gusanos: un modelo de historia crítica para el análisis de las culturas subalternas”, *Revista Brasileira de História*, São Paulo, vol. 23, no. 45, 2003.
- Ernesto Sosa, “En torno a la posmodernidad” *Revista Fuentes Humanísticas*, Departamento de Humanidades, UAM- Azcapotzalco, año 11, no. 21/22, 2001.
- Frank Ankersmit, “[Historiography and Postmodernism: Reconsiderations]: Reply to Professor Zagorin”, *History and Theory*, vol. 29, no. 3, 1990.
- , “Hayden White’s Appeal to the Historians”, *History and Theory*, vol. 37, mayo 1998.
- Jonathan Culler, “La crítica postestructuralista”, *Cráteres*, La Habana, no. 21-24, enero 1987-diciembre 1988.
- Leon J. Goldstein, “History and the Primacy of Knowing”, *History and Theory*, vol. 16, no. 4, 1977.
- Miguel Ángel Cabrera, “Hayden White y la teoría del conocimiento histórico. Una aproximación crítica”, *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, no. 4, 2005.

Fuentes electrónicas

Alfonso Mendiola, “Hayden White: la lógica figurativa en el escrito histórico moderno”
<http://elnarrativista.blogspot.com/2007/01/hayden-white-la-lógica-figurativa-en-el.html>.

John Landshaw Austin, *Cómo hacer cosas con palabras*, www.philosophia.cl / Escuela de Filosofía Universidad de ARCIS.

Trygve Riiser Gundersen, “El lado oscuro de la historia. Entrevista a Carlo Ginzburg”,
http://www.kaosenlared.net/noticia.php?id_noticia=16557.